G. I. GURDJIEFF

LA VIDA ES REAL SÓLO CUANDO "YO SOY"

INDICE

DEL TODO Y DE TODO
Diez libros en tres series
El conjunto, expuesto según principios enteramente nuevos de razonamiento lógico, tiende a realizar tres tareas fundamentales:

PRIMERA SERIE
Extirpar del pensar y del sentimiento del lector, despiadadamente y sin la menor componenda, las creencias y opiniones, arraigadas desde siglos en el psiquismo de los hombres, acerca de todo cuanto existe en el mundo.

SEGUNDA SERIE
Hacer conocer el material necesario para una reedificación y probar su calidad y solidez.

TERCERA SERIE
Favorecer la aparición, en el pensar y en el sentimiento del lector, de una representación justa, no fantasiosa, del mundo real, en lugar del mundo ilusorio que él percibe.

"Quienquiera que se interese en mis obras debe abstenerse rigurosamente de leerlas en un orden diferente del que está indicado; en otros términos, no debería leer jamás ninguno de mis nuevos escritos antes de conocer bien mis obras anteriores ".

G. I. GURDJIEFF

La Tercera Serie de las obras de G. I. Gurdjieff, inconclusa, debía constar originalmente de cinco libros.
Según los testimonios de sus alumnos más cercanos, que trabajaron numerosos años a su lado, sólo algunos capítulos parecen haber sido redactados bajo una forma más o menos definitiva.
La "Introducción" y las cinco " Conferencias" -de las cuales evidentemente la cuarta está inconclusa- estaban destinadas al primer libro. No hay ningún vestigio del quinto libro, ni tampoco del segundo ni del tercero, que debían incluir, entre otros, los tres capítulos anunciados en *Encuentros con Hombres Notables.* ¿No han sido nunca escritos, o el autor los ha destruido más tarde, como lo ha dejado entrever en varias ocasiones? Nunca se sabrá nada.
En cuanto al cuarto libro, todo lleva a creer que habría estado constituido por dos capítulos: el "Prólogo" (que luego de muchas deliberaciones hemos preferido finalmente publicar al comienzo de la obra donde mantiene su significado pleno) y el texto incompleto que debía servirle de conclusión, bajo el título "El mundo exterior y el mundo interior del hombre".
Se debe señalar que en el curso de la tercera conferencia Gurdjieff le hizo leer a su secretaria dos pasajes del último capítulo de la primera serie.
Puede que el lector se asombre de descubrir en ellos una versión un poco diferente de la que ha conocido en los *Relatos de Belcebú a su nieto.* Si se recuerda que *Belcebú* fue publicado en inglés en 1950, algunos meses después de la muerte de Gurdjieff, se encontrará en este texto, fechado en 1930, una confirmación del continuo trabajo de revisión y pulido al que el autor hace alusión varias veces en esta obra.
Aunque los textos aquí presentados no constituyen sino un esbozo fragmentario y apenas bosquejado de lo que G. I. Gurdjieff se proponía escribir bajo el título de la "Tercera Serie", *La Vida es real sólo cuando 'Yo soy',* nosotros nos sentimos obligados a obedecer la demanda de nuestro pariente en su deseo de compartir, con sus semejantes, todo lo que él había aprendido del mundo interior del hombre.
Creemos seguir fielmente sus intenciones cuando él escribió su "Introducción" y responder de

esta manera a la espera del numeroso público interesado en su enseñanza.

Por los herederos.
VALENTÍN ANASTASIEFF

PREFACIO

> "Mi último libro, por medio del cual quiero compartir con mis semejantes, criaturas de Nuestro Padre Común, casi todos los secretos del mundo interior del hombre que han permanecido hasta entonces ignorados y de los que he tomado conocimiento accidentalmente ..."

Gurdjieff escribe estas líneas el 6 de noviembre de 1934 y se entrega de inmediato al trabajo. Durante varios meses se dedica enteramente a la elaboración de esta obra.
De pronto, el 2 de abril de 1935, cesa definitivamente de escribir.
¿Por qué, se preguntarán, abandona de esta manera su proyecto, para no volver a él jamás?
¿Por qué deja inconclusa esta Tercera Serie y, según parece, renuncia a publicarla?
No es posible contestar a estas preguntas si uno mismo no ha estado comprometido en el trabajo intenso que emprendió Gurdjieff con cierto número de alumnos durante los últimos quince años de su vida, aportándoles diariamente las condiciones necesarias para un estudio directo y una efectiva puesta en práctica de sus ideas.
Además dejó entender claramente, en la última página de los *Relatos de Belcebú a su nieto,* que no permitirá acceso a la Tercera Serie sino sólo a los que fuesen seleccionados como "capaces de comprender las verdades objetivas" que en ella él pone en evidencia.
Gurdjieff se dirige al hombre de hoy, al que ya no sabe reconocer la verdad a través de las diversas formas bajo las cuales les fue revelada desde los tiempos más remotos; a este hombre profundamente insatisfecho, que se siente aislado, sin razón de ser.
Pero, ¿cómo despertar en él una inteligencia capaz de discernir lo real de lo ilusorio?
Según Gurdjieff, uno sólo puede acercarse a la verdad si todas las partes que constituyen al ser humano -el pensamiento, el sentimiento, el cuerpo- son tocadas con la misma fuerza y de la única manera que conviene a cada una de ellas; sin lo cual el desarrollo seguirá siendo unilateral y tarde o temprano tendrá que detenerse.
Sin la comprensión efectiva de este principio, todo trabajo sobre sí estará condenado a la desviación. Se interpretarán falsamente las condiciones esenciales y uno verá repetirse mecánicamente formas de esfuerzo que no sobrepasarán el nivel ordinario.
Gurdjieff sabía servirse de cada circunstancia de la vida para hacer sentir la verdad.
Lo he visto en acción, atento tanto a las posibilidades de comprensión de sus diferentes grupos como a las dificultades subjetivas de cada uno. Lo he visto poner deliberadamente el acento sobre un aspecto del conocimiento, luego sobre otro, según un plan bien determinado; unas veces actuando mediante un pensamiento que estimulaba la inteligencia hasta abrirla a una visión enteramente nueva, otras veces por medio de un sentimiento que exigía el abandono de todo artificio en beneficio de una sinceridad inmediata y total, y otras, a través del despertar y la puesta en movimiento de un cuerpo que respondía libremente a lo que le era demandado servir.
Por lo tanto, ¿cuál era su intención al escribir la Tercera Serie?
El papel que él le asignaba era indisociable de su manera de enseñar. En el preciso momento en que lo consideraba necesario, hacía leer en voz alta, en su presencia, tal capítulo o tal pasaje, aportando a sus alumnos sugerencias o representaciones que de repente los ponían frente a sí mismos y a sus contradicciones interiores.
Era un camino que no los aislaba de la vida, sino que pasaba a través de la vida, un camino que tomaba en cuenta el sí y el no, todas las oposiciones, todas las fuerzas contrarias, un camino que los hacía comprender la necesidad de luchar para mantenerse por encima de la batalla sin dejar de participar en ella.
Uno se encontraba ante el umbral por franquear, y por primera vez se sentía la exigencia de

una total sinceridad. El paso podía parecer duro, pero lo que uno dejaba ya no tenía más el mismo atractivo. Ante ciertas vacilaciones, la imagen que Gurdjieff daba de sí mismo hacía medir lo que era necesario comprometer, y a qué era necesario renunciar para no desviarse del camino.
Ya no era entonces la enseñanza de una doctrina, sino la acción encarnada de un conocimiento.
La Tercera Serie, aunque incompleta e inconclusa, revela la acción del maestro, de aquel que, debido a su sola presencia, lo obliga a uno a decidirse, a saber lo que uno quiere.

Antes de morir, Gurdjieff me llamó para decirme cómo veía la situación en su totalidad y me dio ciertas instrucciones.
"Publique a medida que usted esté segura de que ha llegado el momento. Publique la Primera y la Segunda Serie. Pero lo esencial, ante todo, es preparar un núcleo de gente capaz de responder a la demanda que aparecerá".
"En tanto que no haya un núcleo responsable, la acción de las ideas no sobrepasará un cierto umbral".

"Esto tomará tiempo... aún mucho tiempo".

"No es necesario publicar la Tercera Serie".

"Estaba destinada a otros fines".

"Sin embargo, si un día usted cree tener que hacerlo, publíquela".

La tarea era evidente. Desde que se publicara la Primera Serie, era necesario trabajar sin tregua para formar un núcleo capaz de hacer vivir, por su nivel de objetividad, de devoción y de exigencia hacia sí mismo, la corriente que había sido creada.

JEANNE DE SALZMANN

PROLOGO

Yo soy... ¿en qué se ha convertido entonces esta sensación entera de la totalidad de mí mismo, que experimentaba antes cuando pronuncié estas palabras en estado de recuerdo de sí?
¿Es posible que esta aptitud interior, adquirida al precio de tantas renuncias y automortijicaciones de todo tipo, justo hoy, que su acción sobre mi ser es más indispensable que el aire mismo que respiro, haya desaparecido sin dejar traza alguna?
No; esto no puede ser.
Tiene que haber otra cosa... de otra manera todo, dentro del mundo de la Razón, es ilógico.
No; el poder de hacer esfuerzos conscientes y de asumir un sufrimiento voluntario no se ha atrofiado aún en mí.
Todo mi pasado y todo lo que me aguarda exigen que yo vuelva a SER.
Yo quiero... yo volveré a ser.
Con mayor razón que mi ser *es necesario no sólo para mi egoísmo personal, sino para el bien de toda la humanidad. Mi* ser *en realidad es más necesario a los hombres que todas sus satisfacciones y toda su dicha de hoy en día.*
Yo todavía quiero ser... Yo todavía soy.

Debido a la insondable ley de asociaciones del pensamiento humano, en el momento de empezar a escribir este libro que constituirá la tercera serie, llamada instructiva, de mis obras, serie que por otra parte será la última -y por medio de la cual quiero compartir con mis semejantes, criaturas de Nuestro Padre Común, casi todos los secretos del mundo interior del hombre que han permanecido hasta ahora ignorados y de los que he tomado conocimiento accidentalmente- acaban de resurgir en mi consciente estas dramáticas reflexiones que se habían hecho en mí, en un estado cercano al delirio, hacen hoy siete años, día por día, y hasta me parece, hora por hora.
Este fantástico monólogo se me había impuesto el 6 de noviembre de 1927, temprano en la mañana, en uno de los cafés nocturnos de Montmartre, en París, en el momento en que, fatigado hasta el agotamiento por mis "pensamientos negros", me aprestaba a volver a casa para tratar, una vez más, de dormir, aunque fuese un poco.
En esa época mi salud estaba lejos de ser buena, pero esa mañana me sentía particularmente mal; mi mal estado se debía al hecho de que durante las dos o tres últimas semanas no había dormido más de una o dos horas cada noche, y que la noche anterior no había podido cerrar los ojos.
La verdadera razón de estos insomnios y del desarreglo general de casi todas las funciones importantes de mi organismo se debía a oleadas ininterrumpidas de pensamientos pesados que fluían en mi consciente sobre la situación, aparentemente sin salida, en la que de repente me encontraba.
A fin de explicar aunque sea aproximadamente en qué consistía esta situación sin salida, debo decir primero lo
siguiente:
Durante más de tres años, al someterme a una autoexigencia constante, había trabajado día y noche en los libros que me había decidido publicar.
Esto me pedía un esfuerzo constante de voluntad, porque el accidente de automóvil que había sufrido justo antes de comenzar a escribir estas obras, me había puesto muy enfermo y muy débil. Por lo tanto, no había nada que me facilitara cualquier trabajo activo.

Y sin embargo no me había cuidado, y, a pesar de mi estado, había trabajado intensamente, impulsado por una "idea fija" que se había formado en mi consciente después del accidente desde que me había dado cuenta de la situación en la que me encontraba.
"Puesto que, cuando estaba pletórico de fuerza y salud, no había llegado a introducir prácticamente en la vida de los hombres las verdades que he elucidado para su bien, es necesario que, antes de mi muerte, cueste lo que cueste, llegue a hacerlo, al menos en teoría."
Habiendo bosquejado a grandes rasgos durante el primer año el material destinado a publicarse, decidí escribir tres series de libros.
Con el contenido de la primera serie quería llegar a destruir las convicciones arraigadas en el consciente y en la emocionalidad de los hombres, convicciones para mí falsas, y absolutamente contrarias a la realidad.
Con el contenido de la segunda serie: probar que existen otros caminos para la percepción y el conocimiento de la realidad, y señalar su dirección.
Con el contenido de la tercera serie: hacer conocer las posibilidades que había descubierto para entrar en contacto con la realidad y hasta fusionarse con ella.
Con esta intención, desde el segundo año me dispuse a retomar todo este material con el fin de darle una forma que fuese asequible a la comprensión general.
Antes de los acontecimientos de los que estoy hablando, ya había terminado todos los libros de la primera serie y trabajaba en los de la segunda serie.
Como tenía intención de publicar los libros de la primera serie a partir del año siguiente, decidí, mientras trabajaba en los libros de la segunda serie, organizar de manera regular lecturas públicas de los libros de la primera serie.
Y decidí actuar así para poder darme cuenta, antes de enviar a imprimir los libros, el efecto que producirían en los hombres de diversos tipos, que pertenecían a todos los niveles de inteligencia, los diferentes fragmentos de mis obras bajo la forma que yo les había dado a fin de hacer las consiguientes revisiones.
Con ese propósito, invité a mi apartamento en París a diversas personas que por su individualidad respondían al proyecto que había planeado. En su presencia entonces alguien leía en alta voz el capítulo que me proponía corregir.
En esa época, mi residencia principal y la de toda mi familia estaba en Fontainebleau, pero como iba a menudo a París, estaba obligado a tener allí un apartamento.
En el curso de estas reuniones, mientras observaba a estos oyentes de tipos diversos escuchando la lectura de mis obras ya listas para ser publicadas, poco a poco se estableció en mí, sin ninguna duda, la siguiente convicción:
La forma adoptada para exponer mis ideas no podría ser comprendida sino por lectores que tuvieran ya un cierto conocimiento de la forma particular de mi pensar.
En cambio, los otros lectores, aquéllos por los que me había mortificado día y noche durante todo este tiempo, no comprenderían casi nada.
Y fue en estas lecturas públicas que por primera vez me di cuenta bajo qué forma se debían escribir estos libros para que fueran asequibles a la comprensión de cada uno.
Pero cuando todo esto llegó a serme claro, apareció ante mí, en toda su magnificencia, la cuestión de mi salud.
Primeramente pasaron por mi consciente los siguientes pensamientos:
"Si todo lo que he escrito día y noche en el curso de tres años de un trabajo casi incesante, debo escribirlo de nuevo bajo una forma asequible a la comprensión de cada lector, esto me tomará por lo menos la misma cantidad de tiempo. También necesitaré tiempo para redactar la segunda y la tercera serie, más tiempo aún para introducir en la vida de los hombres la esencia de mis obras..."
"¿Dónde encontrar todo este tiempo?"
"Si mi tiempo sólo dependiese de mí, naturalmente volvería a escribir todo, tanto más que

entonces, desde el principio, tendría la seguridad de poder morir tranquilo, porque, al saber cómo tendría que escribir, tendría todo el derecho de esperar que el fin principal de mi vida se había realizado efectivamente, aunque fuese después de mi muerte".
"Pero mi vida ha transcurrido en tales circunstancias que éstas hacen que mi tiempo ya no dependa de mí; depende exclusivamente del caprichoso Arcángel Gabriel".
"En efecto, me quedan quizás uno o dos años de vida, o a lo sumo tres años..."
"El que me quede tan poco tiempo de vida, puede confirmarlo hoy cada uno de los especialistas entre el centenar que me conoce".
"Además, yo mismo he sido considerado siempre como un diagnosticador por encima del promedio, y no sin razón:
no ha sido en vano que durante toda mi vida yo he tenido que conversar con miles de candidatos para una próxima partida al otro mundo..."
"Dos o tres años... para ser francos, no sería natural que fuese de otra manera. Porque durante toda mi vida pasada los procesos de involución de mi salud han sido, muchas veces, más rápidos y más intensos que los procesos de evolución".
"Es un hecho: todas las funciones de mi organismo que habían sido siempre "de acero", como lo decían mis compañeros, han degenerado poco a poco, como consecuencia de un constante exceso de trabajo, hasta el punto que hoy en día ni una sola siquiera funciona adecuadamente".
"No hay en esto nada de sorprendente... Aun si no se toma en consideración la multitud de acontecimientos extraordinarios que se sucedieron en mi vida, constituida por azar de manera tan singular, basta recordar la extraña e incomprensible fatalidad que me persiguió e hizo que en tres oportunidades, en condiciones completamente diferentes, fuera herido, y cada vez, casi mortalmente, por una bala perdida".
"Tan sólo las consecuencias de estos tres incidentes, que han dejado en mí huellas imborrables, habrían sido suficientes para conducirme a mí último suspiro."
El primero de estos tres incomprensibles acontecimientos acaeció en 1896, en la isla de Creta, un año antes de la guerra greco-turca.
Cuando aún estaba inconsciente, unos griegos desconocidos me habían transportado, no sé por qué, desde allí hasta Jerusalén.
De Jerusalén, habiendo recobrado totalmente la conciencia, pero aún con una salud vacilante, partí hacia Rusia en compañía de otros jóvenes de mi especie, "buscadores de perlas en un muladar". No viajábamos como lo haría la gente normal, por vía marítima, sino por tierra, a pie.
Estos desplazamientos que duraron aproximadamente cuatro meses a través de regiones casi intransitables, cuando mi salud aún era precaria, tenían naturalmente que implantar en mi organismo, para el resto de mi vida, ciertos "focos" de acción crónica perniciosa.
Además, durante toda esta loca aventura, mi organismo tuvo el placer de recibir la visita, y aun algunas veces de albergar por largo tiempo, "encantadores huéspedes locales" de carácter específico entre los cuales tuve el honor de acoger al famoso "escorbuto kurdo", la no menos famosa "disentería armenia", y por supuesto, la gran favorita, la dama de los mil nombres, a la que se le llama también "gripe española".
Después de esto, de buen o mal grado, tuve que pasar varios meses en Transcaucasia sin poder salir de casa; luego reemprendí mis viajes a regiones salvajes, siempre animado por la "idea fija" de mi mundo interior.
Comenzaron de nuevo toda clase de tensiones y de pruebas excesivas, y mi desafortunado organismo tuvo el placer de dar asilo a célebres especialidades de carácter local.
Entre los numerosos nuevos visitantes figuraron esta vez los muy honorables "bedinka de Ashjabad", la "malaria bujariana", la "hidropesía tibetana", la "disentería de Beluchistán"... y otros convidados, que dejan para siempre por donde pasan sus tarjetas de visita.

Más tarde, aunque mi organismo estuviese inmunizado contra todos estos "encantos" locales, sus consecuencias no se pudieron borrar totalmente, debido a la tensión constante en que vivía.
De esta manera transcurrieron varios años, luego vino para mi desafortunado cuerpo físico el fatídico año de 1902 en el que fui alcanzado por una segunda bala perdida.
Esto pasaba en las majestuosas montañas del Tíbet, un año antes de la guerra anglotibetana.
Esta vez, lo que le permitió escapar a mi desdichado cuerpo físico de los golpes del destino fue la presencia de cinco buenos médicos a mi lado, tres de formación europea y dos especialistas en medicina tibetana, quienes me amaban sinceramente.
Después de tres o cuatro meses pasados en estado inconsciente, mi vida activa recomenzó, hecha siempre de tensión física y de planificación psíquica poco ordinaria, pero un año después fue nuevamente interrumpida por un tercer golpe del destino.
Esto sucedió a fines del año 1904, en Transcaucasia en la región del túnel de Chiatura.
A propósito de esa tercera bala perdida, no puedo dejar de decir abiertamente aquí, para el placer de algunos de mis conocidos actuales y la molestia de los otros, que esta tercera bala me fue "expedida", con toda inocencia por supuesto, por un "amable guasón" que pertenecía a cualquiera de los dos grupos caídos unos bajo las garras de la psicosis revolucionaria, los otros bajo la influencia de jefes sedientos de poder, advenedizos por azar, quienes en conjunto asentaron entonces, por supuesto que inconscientemente, los cimientos de lo que constituye, por lo menos actualmente, la verdadera "gran Rusia".
Esto ocurrió durante una escaramuza entre los llamados "ejércitos rusos", compuestos sobre todo de cosacos, y los así llamados "gorianos".
Tomando en cuenta que después de esta tercera herida, y hasta hoy día, algunos acontecimientos de mi vida presentan entre ellos, como lo he notado recientemente, un vínculo extraño y a la vez muy definido, como si obedecieran a la misma ley física, quiero describir algunos de los más significativos.
Pero volvamos un instante a ese 6 de noviembre de 1927:
habiendo dormido finalmente, me había puesto a pensar en la situación que se había creado, cuando surgió en mi consciente una idea que me pareció entonces totalmente absurda; ahora bien, después de haber constatado inopinadamente ciertos hechos ignorados hasta entonces por mí, y al haber comprendido su sentido en el curso de estos últimos siete años, hoy estoy completamente convencido que esta idea era justa.

Cuando ocurrió esta tercera herida, yo no tenía a mi lado sino a un hombre, y éste era muy débil. Como lo supe más tarde, él se dio cuenta que las condiciones circundantes corrían el riesgo de tener para mí efectos muy indeseables. A toda prisa se consiguió un burro, sobre el cual me cargó, sin conocimiento, y me internó en la montaña.
Allá me instaló en la primera cueva que encontró y luego partió en busca de socorro.
Terminó por encontrar a un barbero-médico, y, habiendo conseguido vendajes, regresó con él tarde en la noche.
No encontraron a nadie en la cueva, lo que los dejó estupefactos, porque era imposible que yo hubiese salido solo, ni que otra persona hubiese podido llegar hasta allí; en cuanto a los animales salvajes, se sabía muy bien que en esta región no había sino chivos y ovejas.
Notaron huellas de sangre, pero no las pudieron seguir, habiendo caído ya la noche.
Fue sólo al amanecer, después de haber pasado toda la noche en búsquedas infructuosas en espesos bosques, con los nervios casi agotados, que me descubrieron entre rocas, todavía vivo, y durmiendo con un sueño aparentemente apacible.
El barbero fue inmediatamente a buscar ciertas raíces con cuya ayuda me aplicó un torniquete temporal; luego le explicó a mi amigo lo que tenía qué hacer y se fue de inmediato.
Tarde en la noche regresó, acompañado de dos amigos, jevsures, con una carreta tirada por

dos mulas.
La misma noche me transportaron más arriba en la montaña y me dejaron una vez más en una gruta, mucho más grande que la primera, y que comunicaba con una sala inmensa, en la cual, según lo descubrimos más tarde, se encontraban sentados o echados, meditando probablemente sobre la vida humana de los siglos pasados y futuros: varias decenas de cadáveres jevsures, momificados por el aire enrarecido de este alto lugar.
En la cueva en la que me habían puesto bajo el cuidado de mi débil amigo, del barbero y de uno de los jóvenes jevsures, durante dos semanas se trabó en mí una lucha incesante entre la vida y la muerte.
Después de esto se restableció mi salud tan velozmente que una semana más tarde me había vuelto enteramente la conciencia. Ya podía desplazarme con la ayuda de alguien, apoyándome en un bastón; y hasta llegué a hacer dos visitas a la asamblea secreta de mis vecinos inmortales.
Durante ese tiempo nos enteramos que abajo, durante el proceso de guerra civil, los ejércitos rusos habían tomado la delantera, que los cosacos iban por todas partes arrestando a todos los "sospechosos" y, en general, a todos aquellos que no eran del lugar.
Como no pertenecía a la región y sabía a qué atenerme sobre el juicio de los hombres caídos bajo la influencia de la "psicosis revolucionaria", resolví dejar este lugar lo más pronto posible.
Tomando en cuenta a la vez las condiciones que reinaban en toda la Transcaucasia y mis proyectos personales para el futuro, decidí trasladarme a la región Transcaspiana.
A costa de increíbles sufrimientos físicos, me puse en camino acompañado de mi débil amigo.
Y tenía que soportar todos estos sufrimientos conservando, a lo largo del viaje, una apariencia que no despertara ninguna sospecha.
No despertar sospechas era en efecto la condición necesaria para evitar ser víctima de la "psicosis política" o de la así llamada "psicosis nacional".
El hecho es que en las regiones por las que pasaba el ferrocarril, acababa de ocurrir una manifestación aguda de dicha "psicosis nacional", esta vez entre armenios y tártaros, y algunas particularidades de este flagelo humano seguían haciendo estragos por inercia.
Mi desgracia en el presente caso era que teniendo una fisonomía "universal", por así decirlo, para los armenios yo representaba un "tártaro de pura cepa", y para los tártaros, un "armenio de pura cepa".
En breve, con o sin derecho, logré llegar a la región Transcaspiana ayudado por mi armónica y siempre acompañado de mi amigo.
Encontré mi armónica por casualidad en el bolsillo de mi abrigo, y este pequeño instrumento de música me brindó entonces un inmenso servicio.
Debo decir que no tocaba mal, sino, por el contrario, bastante bien este original instrumento, a pesar de que sólo sabía tocar dos piezas: *Las cumbres de la Manchuria* y el vals *Esperanza.*
Llegados a la región Transcaspiana, decidimos establecemos provisionalmente en la ciudad de Ashjabad.
Alquilamos dos buenas habitaciones en una casa particular rodeada de un hermoso jardín, nos instalamos, y al fin pude descansar tranquilamente.
A la mañana siguiente, mi único compañero salió para ir a buscarme un medicamento a la farmacia.
Espero. Mi amigo no regresa.
Las horas pasan, todavía no llega.
Empiezo a inquietarme, sobre todo porque sé que es la primera vez que está en esta ciudad y que aquí no conoce a nadie.
Cae la noche, se agota mi paciencia. Me levanto y salgo en su búsqueda.
Pero ¿dónde? Comienzo por la farmacia. No saben nada.

De repente el empleado del farmacéutico que había oído mis preguntas me dijo haberse dado cuenta de que en la calle, no lejos de ahí, los gendarmes habían arrestado a un joven que esa mañana había estado en la farmacia; y se lo habían llevado a alguna parte.
¿Qué hacer? ¿Dónde ir? Aquí no conozco a nadie. Y sobre todo tengo dificultad al caminar porque estos últimos días me he agotado totalmente.
Salgo de la farmacia. Ya es completamente de noche.
Por suerte pasa un carruaje de alquiler vacío; lo tomo y voy al centro de la ciudad, al barrio del bazar, donde aún hay vida después del cierre de las tiendas.
Esperaba encontrar ahí, en un café o en un *chaikané,* a algún conocido.
Avanzo con dificultad entre las callejuelas y sólo veo pequeños *ashkanés* en los cuales sólo se sientan los tikinos.
Estoy cada vez más débil y comienzo a pensar que fácil podría perder el conocimiento. Me siento en la terraza del primer *chaikané* que encuentro y ordeno té verde.
Vuelvo en mí, gracias a Dios, y mientras bebo miro a mi alrededor observando a los transeúntes a la pálida luz de un farol, me doy cuenta de un hombre alto, muy representativo, vestido a la europea con una larga barba negra.
Su cara me parece conocida, lo miro fijamente. El también me mira con atención, pero continúa su camino.
Sin embargo, al alejarse, él se voltea dos veces para mirarme.
Por si acaso le grito en armenio: "¡Lo conozco yo, o es usted el que me conoce a mí!".
Se detiene, me observa un momento y de repente exclama: "¡Ah! Diablo negro", y se abalanza hacia mí.
Me basta escuchar su voz para reconocerlo inmediatamente.
Era uno de mis lejanos parientes, empleado anteriormente como intérprete en la gendarmería de mi pueblo.
Sabía que había sido enviado a la región Transcaspiana hace varios años, pero no sabía a qué lugar.
Sabía también que había sido exilado porque se había llevado a la amante del comandante de la gendarmería.
¡Imagínense ustedes mi alegría al tener este encuentro!
No perderé tiempo tratando de hablar acerca de lo que pudimos decimos mientras bebimos nuestro té verde en la terraza del pequeño *chaikané.*
Solamente diré que a la mañana siguiente mi pariente lejano, ex intérprete en la gendarmería, vino a mi casa acompañado de un compañero, oficial subalterno de policía.
En primer lugar me dijeron que mi amigo no tenía nada serio qué temer.
Sólo había sido arrestado por ser la primera vez que estaba aquí y nadie lo conocía.
Y como estábamos rodeados de revolucionarios peligrosos, era necesario precisar su identidad.
"No es complicado", dijeron en tono de broma. "Se escribirá al lugar en donde se le otorgó su pasaporte y se ordenará una averiguación sobre sus tendencias políticas. Y si mientras tanto se debe distraer con las pulgas y chinches, ¿por qué no? ¡Esto aun le hará un grandísimo bien para su vida futura!".
Luego, haciendo un aparte, mi pariente me susurró con aire preocupado que mi nombre figuraba en la lista de los indeseables "susceptibles de turbar la tranquilidad de ciertos *habitués* de los lugares frívolos de Montmartre".
Este nuevo dato, ligado a ciertas consideraciones de otro tipo, me incitó a dejar este lugar lo más pronto posible, sin tomar en cuenta mi salud aún bastante delicada.
De cualquier forma no había nada que yo pudiera hacer por mi amigo.
La misma noche partí, solo, con una suma muy limitada de dinero, dirigiéndome al Asia Central.

Después de haber superado obstáculos de toda clase, al precio de esfuerzos increíbles, llegué a la ciudad de Eni Hissar, en el antiguo Turquestán chino.
Después que viejos amigos me proveyeron de dinero, me puse en camino para volver a encontrar un lugar donde había ya permanecido dos años antes, a fin de restablecer mi salud comprometida por la herida que me hizo la segunda bala perdida.
Este lugar, situado en la extremidad suroeste del desierto de Gobi, es a mi parecer la parte más fértil de toda la superficie de nuestra tierra.
En cuanto al aire de esta región y a sus cualidades beneficiosas para todo lo que respira, no lo hubiera llamado en otra forma que "soplo del purgatorio".
Purgatorio, porque si el paraíso y el infierno realmente existen y emiten radiaciones, el aire, entre estas dos fuentes, debe ser de hecho similar al de aquél.
Por aquí un terreno que derrama como desde un cuerno de abundancia todas las especies de la flora, de la fauna y de la foscalia terrestre. Y por allá, justo al lado de esta tierra fértil, una superficie de varios miles de kilómetros cuadrados que representa un verdadero infierno, y donde no sólo nada crece, sino donde todo lo que viene de otra parte se destruye de inmediato hasta el punto de no dejar traza alguna.
Es aquí, sobre este singular pequeño pedazo de tierra firme de la superficie de nuestro planeta, donde el aire, es decir, nuestro segundo alimento, surge y se transforma en la esfera de las radiaciones del paraíso y del infierno, que se inició en mí, hacia el final de mi primera estadía, en una situación de semidelirio, este debate interior que, como ya lo dije, debía hacer brotar en mi consciente, el 6 de noviembre de 1927 en la noche, una idea que me pareció al principio totalmente absurda.
Fui transportado allí sin conocimiento, después de haber sido herido por segunda vez por una bala perdida en las montañas del Tíbet.
Tenía entonces a mi lado numerosos amigos, entre los cuales los cinco médicos de los que ya hablé.
Cuando comencé a restablecerme, se dispersaron poco a poco y quedé solo con un tibetano y un joven kara-kirguiz.
Lejos de todo, cuidado por estos dos hombres compasivos que me velaban como lo hubiera hecho una madre, y nutrido por este aire purificador, en seis semanas ya estaba en pie listo para dejar en cualquier momento este lugar providencial.
Todo ya estaba recogido y embalado, y sólo esperábamos la llegada del padre del joven kara-kirguiz con sus tres camellos para ponemos en camino.
Me había enterado de que en uno de los valles del macizo que se llama "Pico Alejandro III", acampaban entonces varios oficiales rusos del departamento topográfico del Turquestán, entre los cuales contaba con uno de mis buenos amigos, y me proponía ir a verlo, luego de juntarme con una gran caravana para ir primero a Andichán, luego a la Transcaucasia a fin de encontrar a mi familia.
Aún no me encontraba muy firme sobre mis pies, pero me sentía bastante bien.
Era una noche de luna llena. Siguiendo el curso de las asociaciones, mis pensamientos volvían inadvertidamente a la pregunta que en adelante se convertiría en la idea fija de mi mundo interior.
Mientras continuaba mis reflexiones bajo la influencia, por un lado, de un rumor ensordecedor que provenía de millones de vidas de variadas formas exteriores y por el otro, de un silencio pavoroso, surgió poco a poco en mí, dirigida a mí mismo, una crítica que tenía una fuerza hasta entonces desconocida.
Primero volvieron a mi memoria todos los fracasos de mis búsquedas anteriores.
Al comprobar estos fracasos, y, en general, la imperfección de los métodos que había empleado, comprendí claramente cómo debería haber actuado en tal o cual caso.
Recuerdo muy bien hasta qué punto me agotaba esta tensión del pensamiento y cómo una

parte de mí mismo me ordenaba, con insistencia, levantarme inmediatamente y sacudirme para ponerle fin; pero no lo podía hacer, tan preso estaba de estos pensamientos.
No sé cómo habría terminado todo esto si en el momento en que mi instinto me avisaba que estaba nuevamente a punto de perder el conocimiento, no hubieran venido a recostarse cerca de mí tres camellos.
Esto me hizo volver en mí y me levanté.
El alba comenzaba a rayar; mis jóvenes compañeros se habían despertado y se ocupaban de los preparativos propios de la vida matinal en el desierto.
Después de haber hablado con el viejo kara-kirguiz, decidimos viajar de noche aprovechando el claro de luna, y partir esa misma noche; los camellos podrían descansar durante el día.
En vez de acostarme para dormir un poco, tomé un fusil y un balde de lona y me mi no lejos de allí, cerca de una fuente de agua muy fría, justo en el límite del desierto.
Me desvestí y me rocié muy lentamente con esta agua fría.
Después de esto me sentí psíquicamente muy bien pero físicamente tan débil que cuando me vestí de nuevo me vi obligado a acostarme al lado de la fuente.
Fue entonces cuando... en un estado de gran debilidad física, pero con la mente fresca, se inició en mí el debate cuya esencia se fijó para siempre en mi consciente y del cual brotó, en la noche del 6 de noviembre de 1927, la idea de la cual he hablado...
Como esto sucedió hace mucho tiempo, no recuerdo los términos exactos de este monólogo interior tan en desacuerdo con mi estado habitual.
Pero partiendo del sabor que de él me ha quedado puedo reconstruirlo casi fielmente.
Me decía más o menos esto:

> *Si juzgo por mi estado de los últimos días, creo que regreso a la vida, y que de buen o mal grado voy a tener que volver a echarme la carga al hombro.*
> *¡Dios mío! ¿Será realmente necesario soportar una vez más todo aquello por lo que pasé durante los períodos en que había estado en plena actividad, en el curso de los seis meses que precedieron a esta última catástrofe?*
> *¿Sentir remordimientos de conciencia por todas mis manifestaciones interiores y exteriores durante mi estado de vigilia ordinaria, alternando con sentimientos de soledad, de desilusión, de saciedad, etc., pero sobre todo enfrentar la terrorífica sensación de "vacío interno" que me seguía por todas partes?...*
> *Qué no habré hecho, a qué medidas no habré recurrido para que, durante mi estado de vigilia ordinaria, el funcionamiento de mi psiquis estuviera de acuerdo con las directivas de mi consciente activo, pero todo en vano.*
> *Trabajando y velando constantemente sobre mi mismo, sin piedad por mis debilidades naturales, había llegado a obtener casi todo lo que le es posible al hombre; en ciertos dominios hasta logré un poder que tal vez jamás había sido alcanzado, aun en épocas pasadas.*
> *Por ejemplo, había desarrollado a tal grado el poder de mi pensamiento que era capaz, preparándome con algunas horas de anticipación, de matar un yak a diez kilómetros, o bien, en un día, podía acumular una fuerza vital de tal densidad que me era posible adormecer un elefante en cinco minutos.*
> *Sin embargo, a pesar de todos mis deseos y de todos mis esfuerzos, durante el proceso de vida en común con los demás, no podía en lo absoluto llegar a "recordarme de mí mismo ", ni a manifestarme no de acuerdo con las tendencias de mi naturaleza, sino de acuerdo con las directivas de mi "consciente recogido ".*
> *No podía llegar a un grado de "recuerdo de sí" suficiente para impedir que el curso de las asociaciones que se desarrollaban automáticamente en mí dependiera de ciertos factores muy indeseables de mi naturaleza que me habían sido trasmitidos por*

herencia.
Apenas agotada la cantidad de energía que me permitía estar en un estado activo, las asociaciones del pensamiento y del sentimiento cambiaban y se aferraban a objetos diametralmente opuestos al ideal de mi consciente.
En un estado de insatisfacción con referencia a los alimentos o al sexo, el factor determinante de mis asociaciones era sobre todo la reivindicación, mientras que en estado de satisfacción completa, las asociaciones se efectuaban sobre el tema de futuros goces, del alimento o del sexo, o más aún de satisfacciones de amor propio, de vanidad, de orgullo, de celos, de envidia y de otras pasiones.
Había buscado mucho la razón de esta terrible situación de mi mundo interior, y había interrogado a mucha gente al respecto, pero no había podido esclarecer nada.
Sólo una cosa me había llegado a ser clara, y es que la necesidad de no identificarse y de "recordarse de sí" en todo momento en el curso del proceso de la vida ordinaria, exige la presencia en uno de una fuerza de atención permanente, y que esta fuerza sólo es suscitada en el hombre por la acción de un recuerdo constante que venga del exterior.
Lo había tratado todo en mi vida pasada, había recurrido a toda clase de cilicios; nada me había ayudado. Esos objetos sólo ayudaban mientras los llevaba puestos y aun así sólo al comienzo: en cuanto se dejaba de usarlos o uno se habituaba, uno volvía a encontrarse como antes.
No hay ninguna salida posible...
Y, sin embargo, sí, hay una -sólo una-. Y es el tener, fuera de mí, la ayuda de un factor regulador que no duerma nunca.
Es decir, un factor que me llame constantemente, cualquiera que sea mi estado ordinario, a "recordarme de mi mismo ".
-¡Qué! ¡Cómo!... ¡Será posible!...
¿Por qué no se me había ocurrido antes una idea tan simple?
¿Por qué ha sido necesario sufrir tanto y desesperar tanto para darme cuenta recién ahora de esta posibilidad?
¿Por qué no había recurrido, en este caso también, a esta analogía que lo abarca todo?
Y aquí nuevamente. Dios... de nuevo, Dios. El sólo. Por todas partes El; y todo está ligado a El.
Es cierto que yo soy un hombre y no un animal, aunque existo en el mismo ambiente cósmico que todas las criaturas.
Por algo ha de ser que desde las primeras épocas de la humanidad se ha dicho y afirmado por todas las religiones, que el hombre -a diferencia de otras formas exteriores de vida animal- ha sido creado por Dios a su imagen.
A su imagen *quiere decir que en Su previsión, El le ha dado a nuestra presencia general una estructura que tiene la posibilidad de engendrar y de manifestar las propiedades que El tiene en Sí mismo.*
El es Dios y, por consiguiente, también yo soy Dios.
La única diferencia entre El y yo debe ser -y es naturalmente- una diferencia de escala.
El es el Dios de un gran mundo; debo ser, yo, el Dios de un pequeño mundo.
El es el Dios de todas las presencias del Universo y de todo mi mundo exterior.
También yo soy Dios, pero de todo mi mundo interior.
Para todo y en todo tenemos las mismas posibilidades y las mismas imposibilidades.
Las mismas posibilidades e imposibilidades que El tiene con referencia a la presencia entera del Universo, yo debo tenerlas con relación a la presencia que me ha sido

confiada.
Lo que a El le es posible e imposible en el dominio del gran mundo debe serme posible e imposible en el dominio de mi pequeño mundo. Todo esto es claro, tan claro como que después de la noche debe venir el día.
¿Cómo he podido dejar de darme cuenta de una analogía tan evidente? Tanto había pensado en la creación del mundo y en la existencia del mundo y, en general, en Dios y Sus obras, había hablado tanto de todo esto con otras personas y jamás se me había ocurrido este simple pensamiento.
¡Y sin embargo era evidente!
Todo, sin excepción, tanto la lógica sana como los datos históricos, revela y afirma que Dios es la Bondad absoluta. El es Todo Amor y Toda Misericordia. El es el Justo Conciliador de todo cuanto existe.
Pero si esto es así, por qué encontró la necesidad de alejar de El, debido al orgullo propio de todo individuo todavía joven y no totalmente formado, a uno de Sus hijos más cercanos, que El mismo había espiritualizado, y de gratificarlo al mismo tiempo con una fuerza igual pero opuesta a la Suya... Me refiero a Satanás.
Esta idea, como un sol, aclaró la situación de mi mundo interior. Me hizo comprender que para una construcción armoniosa, también el gran mundo ha tenido la imperiosa necesidad de un factor incesante de recuerdo. Por esta razón. Nuestro Creador mismo se vio obligado, en nombre de todo lo que El había creado, a poner en esta situación terrible, objetivamente hablando, a uno de Sus bienamados hijos.
Por consiguiente, ahora también yo debo hacer de uno de los factores favoritos de los que dispongo, una fuente análoga de recuerdo constante para mi pequeño mundo interior.
Surge ahora la pregunta:
¿Hay algo, en mi presencia general, que pueda, si la aisló de mí, recordarme a mí mismo sin cesar, cualquiera que sea mi estado?
A fuerza de reflexionar llegué a la conclusión que si cesaba intencionalmente de emplear el poder excepcional que poseía y que había desarrollado conscientemente, esto debería constituir, fuera de mí, una fuente que me recordaría constantemente de mí mismo.
Sí, dejar de emplear el poder que proviene de la fuerza del "ghanbledzoin" o, *como se le llama también, el poder de la telepatía y el hipnotismo. Y los resultados serán los que espero, lo sé, porque, gracias a esta propiedad que se había arraigado en mi naturaleza y funcionaba automáticamente, el éxito creciente de mi vida ordinaria, sobre todo durante los dos últimos años, había desarrollado en mí una cantidad de vicios y de debilidades que, según toda verosimilitud, se quedarían en mí para siempre.*
Por consiguiente, si me privaba conscientemente de este don de mi naturaleza su ausencia se haría sentir siempre y en todo.
Hago el juramento de recordarme de no hacer uso jamás del poder que poseo, y de esta manera negarme la satisfacción de la mayoría de mis vicios. De manera que, quiéralo o no, estaré llamado sin cesar a recordarme de mí mismo.

Mientras viva jamás olvidaré el último día que pasé en ese lugar, cuando se hizo en mí el razonamiento que condujo a estas conclusiones.
Desde que tomé conciencia de todo el alcance de esta idea, me pareció que había nacido de nuevo; me levanté de un salto y sin darme cuenta de lo que hacía me puse a correr alrededor de la fuente como un joven ternero.
Debo agregar que al hacer ante mi propia esencia el juramento de no utilizar este poder, había

hecho una excepción para todos los casos en que su empleo fuera necesario para fines científicos.
Por ejemplo, me interesaba mucho entonces y, por cierto, me sigue interesando ahora, la posibilidad de aumentar varios miles de veces la visibilidad de las concentraciones cósmicas lejanas por medio de las facultades propias de los médiums, así como la posibilidad de curar el cáncer por medio del magnetismo.

Todo esto había ocurrido dos años antes de mi segunda estadía en este lugar.
Al término de esta segunda estadía, gracias a una reflexión enteramente libre, es decir, una reflexión no influenciada por las artimañas automáticas de otros hombres, la meta esencial de mi vida interior se presentó ante mí bajo dos aspectos bien determinados.
Hasta entonces, las fuerzas de mi mundo interior habían estado concentradas únicamente sobre el deseo irresistible de penetrar y de comprender enteramente el sentido y la meta de la vida humana.
Todo aquello hacia lo que me esforzaba en la vida -todos mis fracasos y todos mis logros- estaban ligados a esta meta única de mi mundo interior.
Hasta mi tendencia a viajar siempre, a encontrarme donde quiera se produjese, en el proceso de la vida colectiva, acontecimientos tan significativos como guerras, revoluciones, guerras civiles, etc., se referían a esta meta única.
Durante estos acontecimientos, dada la intensidad de las manifestaciones humanas, recogía bajo una forma muy condensada el material necesario para profundizar de manera más eficaz el problema que me ocupaba.
Más tarde, cuando por asociación me volvieron a la memoria todos los horrores de los que había sido testigo varias veces y volví a sentir también las impresiones producidas en mí en el curso de los últimos años por las declaraciones de diversos revolucionarios, en Italia, en Suiza, y más recientemente en Transcaucasia, se cristalizó poco a poco en mi ser un deseo irresistible que llegó a ser la segunda meta de mi vida.
Esta segunda meta recientemente aparecida en mi mundo interior, consistía en encontrar a toda costa el medio de destruir en los hombres la predisposición a caer fácilmente bajo la influencia de lo que se llama la "hipnosis de masa".
Luego de esta "renovación" de la meta de mi mundo interior, mientras seguía el proceso de recuperación de mi salud, me tracé en el pensamiento un plan provisorio para mis actividades ulteriores.

La idea que cruzó por mi consciente, el 6 de noviembre en la noche, era la siguiente:
Sin duda alguna la espantosa desesperación que sentí esos días y la terrible lucha interior que desembocó esa mañana en un razonamiento casi delirante, son la consecuencia directa del razonamiento que había hecho en un estado análogo, hace treinta años, en los confines del desierto de Gobi.
Una vez restablecido relativamente continué mis indagaciones orientadas esta vez hacia dos metas bien determinadas.
No hablaré aquí de lo que emprendí luego para satisfacer a estos "dos gusanos devoradores" de mi curiosidad, hablaré de ello en detalle en otro capítulo de esta tercera serie.
Diré solamente que al cabo de algunos años, para introducir en la vida de los hombres todo lo que había comprendido, encontré necesario organizar en algún lugar un establecimiento destinado a preparar instructores-ayudantes.
Después de maduras reflexiones, me pareció que el lugar más apropiado era Rusia.
Fue así que en 1912 me instalé en el corazón mismo de Rusia, en la ciudad de Moscú, donde puse inmediatamente manos a la obra para organizar el establecimiento al que di el nombre de "Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre".

Después de dos años de trabajo intenso, tanto físico como psíquico, estaba a punto de terminar la instalación cuando se declaró la guerra: una guerra que nadie esperaba que llegase a ser crónica, y que más tarde fue llamada "la guerra mundial".
Pasaron los años, años que exigían de mi infortunado cuerpo físico, sin tregua, una intensa actividad, sacándole, día tras día, las fuerzas mal que bien acumuladas para la voluntad y la paciencia.
Apenas había comenzado a acostumbrarme, por extraño que parezca, a las condiciones creadas por este flagelo general de la humanidad, cuando muy dulce y muy discretamente apareció "la señora Revolución rusa".
Esta "muy honorable dama" todavía no había tenido tiempo de afirmarse sobre sus "lindos pies" cuando ya se abatían sobre mi pobre cuerpo físico tales pruebas y tales secuelas que ni un átomo de su presencia podía ya conocer el descanso.
Transcurrieron los meses... que parecían siglos.
Me sentía asfixiado en mi mundo exterior; al mismo tiempo la fuerza de vida nacida de la oposición constante de los factores de mi mundo interior aumentaba hasta sus últimos límites.
En ese estado, totalmente liberado de todo sentimiento de egoísmo animal, entré en acción, sin preocuparme en forma alguna por las perspectivas del porvenir.
Y comenzó, una vez más, en mi infortunado cuerpo físico una serie de acrobacias increíbles para un hombre de mi edad.
Me puse en camino de inmediato, siempre por lugares inaccesibles, esta vez cruzando las montañas del Cáucaso, acompañado del frío y del hambre como sucede frecuentemente en este género de expediciones, y acosado por una inquietud permanente con referencia a mis allegados, tanto a los que me habían seguido, como a los que se habían quedado en el caos.
Para coronar todo esto, caí enfermo: una disentería particularmente grave y además todos los síntomas de una enfermedad llamada "angina de pecho", que se había declarado hacía ya tiempo y que yo creía completamente curada.
Después de haber sobrepasado muchas dificultades al cruzar las montañas del Cáucaso, y después de varios meses en condiciones tales que se tenía la impresión de vivir en un "muladar", comenzaron las peregrinaciones de un país europeo al otro, en el curso de las cuales era necesario estar constantemente sobre el "quién vive", para evitar que yo y los jóvenes que me acompañaban, que no habían aún saboreado los "encantos" de la vida humana, llegásemos a ser víctimas de la psicosis política europea general.
Luego vinieron dos años de actividad física y psíquica ininterrumpida para organizar el instituto en Francia.
En este momento preciso de mi original línea de vida el caprichoso y terco destino me echó una tremenda "zancadilla".
Por un lado me enteré con toda seguridad que hasta el último de los bienes materiales que poseía en Rusia había desaparecido para siempre y, por otro lado, que si al término de tres meses yo no había reunido la suma de un millón de francos estaría completamente hundido y, en este caso, también para siempre.
En mi miserable cuerpo físico cansado hasta el extremo por los dos últimos años de trabajo intenso consagrados a la organización del Instituto, la actividad de mi pensamiento, como consecuencia de esas dos sorpresas simultáneas, se acrecentó a tal punto que mi cerebro inflado casi no cabía en mi cráneo.
Por milagro mi cráneo resistió y todo esto terminó con un viaje riesgoso a Norteamérica con cincuenta personas de las cuales la mayoría, al igual que yo, no conocía la menor palabra del idioma local y no tenía un centavo en el bolsillo.
Para coronar todo esto, un mes después de mi regreso a Europa, mi desventurado cuerpo físico, sobre el cual la vida que yo había llevado había dejado huellas tan profundas, fue a chocarse con mi auto directamente contra un gran árbol a la velocidad de 90 km por hora.

Pero sucedió que este "paseo" no me destruyó completamente y, para mi mala suerte, algunos meses más tarde, en mi cuerpo profundamente deteriorado, volvió mi consciente, con toda su fuerza y todos sus antiguos atributos.
Y pronto dos hechos indiscutibles se hicieron evidentes para mí.
El primero: que todo lo que había preparado de manera relativamente satisfactoria durante los tres últimos años para realizar la segunda meta principal de mi mundo interior tenía inevitablemente que hundirse debido a mi prolongada ausencia.
Y el segundo: que si algún día llegaban a desaparecer los estragos infligidos a mi cuerpo físico por esta catástrofe, en el mejor de los casos esto tomaría muchísimo tiempo.
Cuando se me hicieron claros estos dos hechos, se vino a agregar a mi sufrimiento físico, ya bastante pesado sin ello, el sufrimiento moral de saber que todos mis planes se habían aniquilado.
Por ese tiempo ya podía desplazarme dentro de la casa y hasta salir en coche, por supuesto que con la ayuda de alguien.
Mientras que exteriormente me esforzaba siempre por parecer tranquilo, para no inquietar a mis allegados, interiormente, luchando contra estos dos sufrimientos, no dejaba de pensar y repensar en la situación en que me encontraba.
En medio de estas reflexiones poco a poco apareció un nuevo objeto de sufrimiento moral.
Alertado por algunos indicios me tuve que convencer después de varios días de observación discreta que la horrible enfermedad de mi mujer, a quien estaba profundamente ligado, se había agravado, porque yo había tenido que interrumpir el tratamiento especial que le daba, y que además ella se había sacrificado enteramente para cuidarme, después de mi accidente, hasta el punto que ahora era poco probable que se pudiera curar.
Por otra parte, los médicos que trataban a mi madre y que a menudo venían a verme como viejos amigos y compañeros me decían que su enfermedad crónica al hígado progresaba día a día.
Deseché intencionalmente de mi pensamiento todo lo que me recordara las causas de estos nuevos sufrimientos morales, porque la conciencia de mi propia debilidad me hacía ver claramente mi impotencia y concentré voluntariamente toda mi atención sobre la situación que constituía mi primer objeto de sufrimiento moral y sobre las consecuencias resultantes.
Después de varios días de reflexiones muy activas y muy serias resolví recurrir a la única posibilidad que me permitía mi estado de salud.
Decidí consagrar toda la actividad de mi mundo interior a exponer para el bien de los hombres, en cierto número de escritos, la esencia misma del vasto material que había elucidado.
Con esta decisión comencé, ese mismo día, a dictar, porque estaba todavía tan débil que solo no podía escribir.
Era el 1° de enero de 1925.
A partir de ese momento y a pesar de los continuos sufrimientos físicos y morales que experimentaba, me puse a escribir, a escribir sin cesar... Modificaba, y de nuevo escribía...
Para mejor darme cuenta de la conexión lógica y de la continuidad de las ideas expuestas, desde el principio tomé como hábito el hacerme leer en voz alta, cada noche, ya fuese en mi casa o viajando, en presencia de otras personas, mi trabajo del día.
Estas personas eran o antiguos alumnos del Instituto que se habían quedado conmigo o bien simples seguidores de mis ideas, venidos por viejas costumbres a visitarme desde diversos países, o encontrados por azar en el curso de mis viajes.

Y ahora, después de todo lo que acabo de explicar, creo que cada lector se puede representar fácilmente la situación sin salida en la que yo me encontraba, después de haber trabajado cerca de tres años, en medio de dificultades increíbles, ya preparado para morir

tranquilamente, cuando de repente me di cuenta que la gente que no me conocía personalmente no comprendería nada de lo que había escrito.
La decisión categórica a la que llegué el 6 de noviembre de 1927 consistía en lo siguiente:
Movilizar todas las posibilidades de mi presencia general, ya fuesen las adquiridas personalmente o las recibidas por herencia, para que al momento en que comenzara el nuevo año, momento que coincide con mi venida al mundo, encontrara un medio para salir de esta situación.
Y si no llegaba a encontrarlo, la última noche del año me pondría a destruir todos mis escritos, calculando el tiempo de tal manera que, a la media noche, llegado a la última página, me destruyese yo también.
Así pues, a partir del 6 de noviembre, al mismo tiempo que me aplicaba a vivir y a trabajar como antes, a fin de que mi insólito estado pasase inadvertido a los ojos de los que me rodeaban, mantuve mi pensamiento sobre el único asunto que me importaba.
Y mi concentración intencional sobre este tema era tan fuerte que después de uno o dos días todos mis pensamientos automáticos comenzaron a fluir por sí mismos exclusivamente en esta dirección.
El tiempo pasaba... Se acercaban las fiestas de Navidad.
Absorbido día y noche por estos pensamientos, adelgazaba y me debilitaba progresivamente, tanto es así que inopinadamente reaparecieron en mí las consecuencias de enfermedades que había sufrido mucho tiempo antes.
Me acuerdo muy bien de un día en que, fatigado hasta el agotamiento después de un descenso vertiginoso en coche a través de un paso cubierto de hielo de los Pirineos, estaba sentado en un pequeño café de pueblo y con ansiedad me hacía la siguiente pregunta:
"¿Qué debo hacer entonces para estar yo mismo satisfecho de mis escritos y, por otra parte, asegurarme de que se creen condiciones enteramente adecuadas para su difusión?"
A esta pregunta concreta, después de haber escanciado numerosas cepitas de esa delicia local llamada armañac, y después de haber reflexionado larga y seriamente, me formulé esta respuesta:
"Para que se cumplan estos dos anhelos a mi entera satisfacción se deben realizar tres condiciones precisas".
"La primera: escribir de nuevo todo lo que ya había expuesto, pero esta vez bajo la forma que ahora reconozco
necesaria".
"La segunda: estudiar, paralelamente a esto, ciertos aspectos del psiquismo del hombre, profundamente escondidos, que permanecían oscuros para mí, para elucidarlos a fondo y aportar así por medio de mis escritos un conocimiento objetivo más asequible".
"Y la tercera: encontrar la posibilidad, mientras cumpla todo ésto, de restaurar mi cuerpo y mi espíritu de tal manera que luego de haber acabado mis obras, pueda asegurar yo mismo su difusión, con la energía y la perseverancia que me eran propias en mi juventud."
Ese mismo día mientras proseguía mi viaje, ensimismado en estos pensamientos quiméricos, calculé aproximadamente que para estudiar estos rasgos escondidos del psiquismo general del hombre y para exponer, bajo la forma deseada, todo lo que había previsto, necesitaría no menos de siete años.
Debo decir que, cuando llegué a esta conclusión, fui presa de un sentimiento de burla hacia mí y pensé:
"¡Sería realmente muy curioso que me sea dado vivir aún siete años para poder realizar todo lo que he enumerado!"
"Si esto sucediese, tendría un ejemplo concreto más para ilustrar de manera perfecta el desarrollo conforme a las leyes de las consecuencias de la Ley de Siete, de la que ya di una explicación teórica suficientemente detallada en mis escritos."

La víspera de Navidad, en estado de gran cansancio y de extrema tensión nerviosa debido al continuo pensar activo y a las numerosas horas que había pasado conduciendo, regresé a mi casa de Fontainebleau.
Después de bajar del coche, en vez de irme a acostar inmediatamente como tenía costumbre, me fui al jardín, esperando que allí, en el silencio y bajo la influencia de una atmósfera familiar y agradable, pudiese relajarme un poco.
Di algunos pasos por una alameda y me dejé caer sobre el primer banco que encontré.
Sucedió que era el banco donde tenía la costumbre de ir a sentarme y trabajar, el año en que comencé a escribir.
Por esa época a menudo venían a sentarse a mi lado en este mismo banco las dos únicas criaturas cercanas a mi mundo interior.
Una era mi vieja madre -¡que por siempre sea venerada!-, la otra mi mujer, a la que amaba con un amor único y sincero.
Ahora estas dos mujeres, únicos seres cercanos a mi mundo interior, descansaban una cerca de la otra en el cementerio en un país que, tanto para ellas como para mí, era totalmente extraño.
Primero murió mi madre de una larga enfermedad del hígado; y algunos meses más tarde mi mujer, del más terrible de los males contemporáneos, el cáncer.
Dicho sea de paso, este país, Francia, que es el último lugar de reposo de estos dos seres tan cercanos, es y será siempre para mí, aunque sea profundamente extraño a mi naturaleza, como mi propia tierra natal.
Así pues, sentado en este banco y mirando casi automáticamente este ambiente que me era familiar, recordé por asociación toda clase de impresiones vividas en este mismo lugar.
De repente me volvió a la memoria, como si ello se desarrollase delante de mí, una escena que yo había contemplado a menudo durante los pequeños instantes en que descansaba de mis reflexiones activas.
Yo veía avanzar lentamente por la alameda de la izquierda a mi inolvidable anciana madre acompañada de dos pavos reales, de un gato y un perro.
Debo decirlo, la relación que existía entre mi madre y estos animales era realmente poco común para la gente de hoy en día.
Estos cuatro animales de naturalezas distintas conocían siempre de antemano el momento exacto en que mi madre iba a salir, se reunían delante de su puerta para acecharla y, desde que aparecía, la escoltaban con gran pompa por todas partes donde ella iba.
El gato marchaba siempre a la cabeza, los pavos reales a sus lados y el perro cerraba la marcha.
Habitualmente, cuando mi madre salía de su casa llamada *Le Paradou* para venir a reunirse conmigo, veía a mi mujer salir del edificio principal del Prieuré.
Ambas caminaban encorvadas, apoyándose sobre un bastón.
Debo confesarlo, la silueta encorvada de la primera no me afectaba tanto, porque veía en ella el destino normal de toda persona de edad respetable.
En cuanto a la imagen de la segunda no podía aceptarla y, cada vez que la distinguía, me sobrecogía un sentimiento de compasión infinita y mi corazón se ponía a latir como el de un caballo que se encabrita.
Porque apenas dieciocho años antes, esta mujer encorvada, de tez plomiza, debido a su presencia accidental en un concurso de belleza en la ciudad de San Petersburgo, le había quitado el primer premio a la famosa Lina Cavalieri, por entonces en todo el esplendor de su juventud.
Siempre sentado en mi banco y dejando correr sin trabas el flujo de pensamientos automáticos asociados a la presencia en este lugar de estas dos mujeres que me eran queridas, recordé y percibí el mismo sentimiento de ternura que muy a menudo me había invadido al escucharlas

hablar juntas.
Las volví a ver sentadas a mi lado, una al derecho, la otra al izquierdo, muy cercanas, manteniéndose muy tranquilas para no estorbarme; pero apenas me sumergía en mi trabajo y me inclinaba sobre mi cuaderno ellas cuchicheaban entre sí a mis espaldas.
Y era ese cuchicheo y su evidente connivencia lo que provocaba siempre en mí este sentimiento de ternura.
De hecho mi madre no conocía ni una sola palabra de la lengua que hablaba mi mujer y por su parte mi mujer no conocía una sola palabra de la lengua que hablaba mi madre.
A pesar de esto, ellas intercambiaban sus opiniones sobre lo que pasaba a su alrededor y hasta habían podido, en muy poco tiempo, contarse toda la historia de su vida.
Movidas de un amor hacia la misma persona que era el centro de gravedad de su ser, rápidamente se habían inventado un dialecto muy original a partir de consonancias que provenían de lenguas diferentes.
Mientras aún estaba impregnado de este sentimiento, inadvertidamente mis pensamientos retomaron al asunto que me había torturado este último tiempo.
Mientras reflexionaba me levanté para regresar porque comenzaba a hacer frío.
Di algunos pasos y de repente me cruzó una idea que se impuso en mí bajo la forma siguiente:
Durante el período que he consagrado a escribir, mi facultad de trabajo y su productividad han sido siempre directamente proporcionales a la duración y al poder de comprobación, por mi pensamiento activo, de mis sufrimientos automáticos, es decir, soportados pasivamente, en relación con estos dos seres que me eran queridos.
En efecto, desde el principio, cuando, en un estado de gran agotamiento físico, había comenzado a escribir, ya me había dado perfecta cuenta del estado desesperado de su salud y de la inminencia de sus muertes.
Tan pronto mi pensamiento activo, dirigido hacia mis escritos, se debilitaba, de inmediato todas las partes espiritualizadas de mi presencia eran invadidas por asociaciones respecto a ellas.
Y como cada una de estas asociaciones engendraba siempre en mi naturaleza una reacción de sufrimiento, para librarme del dominio de este doloroso proceso, me sumergía de inmediato en mis escritos.
Debo decir que mis peores sufrimientos estaban ligados al estado de mi mujer. Y, como lo comprendo ahora, éstos provenían en gran parte de mi irreductible rebeldía contra lo que estimaba ser un acto arbitrario e injusto del destino.
Yo, que hasta entonces era considerado por mucha gente (y puede ser que aún lo siga siendo hoy en día, ¿quién sabe?) como el único hombre sobre la tierra capaz de curar completamente esta clase de enfermedad, me encontré impedido, debido a mi propia debilidad, de ejercer este poder en provecho de mi mujer.
(Dicho sea de paso, la afirmación que acabo de hacer será fácilmente comprendida y aceptada por cualquiera que quiera enterarse del capítulo de mis obras consagrado a "La ley de las vibraciones").
Presa de estos sentimientos violentos y de estos pensamientos tumultuosos, dejé el parque, tambaleándome como si hubiera bebido, y mal que bien llegué hasta mi recámara.
Me acosté en mi cama sin desvestirme y, lo que no me ocurría nunca, caí de inmediato en un sueño que duró toda la noche.
Al día siguiente, al despertarme, me volvió a la memoria la comprobación que había hecho en el parque.
Me puse a rememorarlo todo y a compararlo todo.
Y llegué a la conclusión definitiva que, durante estos primeros años de mi actividad de escritor, mi capacidad de trabajo, así como la calidad y la cantidad del material elaborado, correspondían estrictamente a la duración y a la intensidad del contacto entre mi consciente y

el sufrimiento que sentía por mi madre y mi mujer.
Mi facultad de trabajo durante este período había sido fenomenal; había emborronado millares y millares de páginas y había tocado casi todas las cuestiones que en general pueden surgir en el pensamiento de un hombre.
La comprobación de este hecho, con la mente en calma, me dejó perplejo.
Y esto, porque yo ya sabía, gracias a múltiples experiencias personales, que si en realidad le es posible al hombre alcanzar una meta que se ha impuesto intencionalmente, no puede hacerlo sino por medio del sufrimiento y sólo del sufrimiento voluntario.
Ahora bien, en el presente caso, esta posibilidad objetiva sin duda no se había podido realizar, dado que yo no sufría voluntariamente.
Yo sufría involuntariamente y este proceso automático se desarrollaba en mí de acuerdo con mi tipo, es decir, de acuerdo a los elementos que me habían sido trasmitidos por herencia y a los factores psíquicos accidentales que correspondían a tal manifestación.
El interés que surgió en mi ser, esa misma mañana, fue de tal intensidad, que la "sed eseral" que me poseía por encontrar a cualquier precio una salida a mi situación desapareció por completo, para dar lugar al deseo irresistible de comprender la razón de ser de todo esto: es decir, de comprender por qué y cómo mi sufrimiento automático había podido ayudar a reforzar mi capacidad de trabajo.
El resultado benéfico que me aportó esta "revolución de mi mundo interior" fue que a partir de ese momento volví a ser capaz de pensar libremente, sin la interferencia de ningún sentimiento parcial.
Bajo la influencia de estas libres reflexiones, de noche, mientras observaba la alegría desbordante de los niños alrededor del árbol de Navidad, surgió en mí, como por sí sola, la certeza instintiva de poder realizar plenamente las tres tareas que me eran indispensables por medio de la fuerza producida por la lucha de mi mundo interior; esta fuerza que nace en todo hombre de la fricción continua entre su consciente y las experiencias automáticamente vividas por su naturaleza.
Recuerdo muy bien cómo esta convicción llenó mi ser por entero de un extraño sentimiento de alegría tal como no lo había sentido nunca.
Al mismo tiempo me fue dado, sin ninguna manipulación de mi parte, conocer un estado de "recuerdo de sí" de una plenitud desconocida hasta entonces.
Apenas terminó la fiesta me retiré a mi recámara y me encerré allí, por supuesto después de haberme asegurado que tendría café en abundancia , y me puse a reflexionar muy seriamente en la tarea que me esperaba.
Y en la noche, después de largas deliberaciones interiores, tomé la siguiente decisión:
Retomar en su totalidad a partir del 1° de enero todo lo que había resuelto exponer, pero dedicándole sólo la mitad de mi estado de vigilia.
En cuanto a la otra mitad de mi tiempo reservarla exclusivamente, hasta el día de San Jorge, para elucidar los medios prácticos de realizar mi proyecto y para establecer un plan general de todo lo que me quedaba por cumplir.
Me puse a trabajar desde el 1° de enero, ya no todo el día como antes, sino a horas precisas de la mañana y de la tarde; el resto del tiempo lo dediqué a escribir cartas de orden práctico o a elaborar, tomando como base ciertas leyes psicológicas y fisiológicas bien conocidas por mí, diversos detalles de mi programa.
Las conclusiones a las que me llevaron estas reflexiones en el curso de las dos semanas que siguieron me decidieron a renunciar a hacer un programa detallado para el resto de mi vida y, en cambio, establecer uno que sería renovado cada tres meses.
Una vez, cada tres meses, me pondría intencionalmente en un estado llamado "todos-cerebros-equilibrados" y examinaría el conjunto de las condiciones ofrecidas por la vida circundante y aquellas que podrían ocurrir según la teoría de las probabilidades, para poner en pie el

programa detallado de los tres meses siguientes.
La víspera de San Jorge 1928, conforme a todas mis conclusiones, resolví introducir en mi vida, paralelamente al cumplimiento de este programa, las tres exigencias siguientes:
La primera, al inicio de toda acción que se refiera a una de las tres tareas que me había fijado y, varias veces durante su desarrollo, estimular artificialmente en mí tres impulsos bien definidos: el impulso de "perseverancia" en lo que concierne a mi tarea de escritor; el impulso de "paciencia" en lo que concierne a mi tarea de estudiar los rasgos escondidos del psiquismo del hombre; y, finalmente, el impulso de "sufrimiento aceptado" ante las pruebas automáticamente soportadas en lo que concierne al restablecimiento de mi organismo.
La segunda exigencia consistía en lo siguiente:
cualquiera que fuese la persona que yo encontrara, fuese por negocios o por cualquier otra razón, que la conociera desde hace tiempo o no, y cualquiera que fuese su nivel social, descubrir de inmediato su "callo más sensible" y pisarlo sin vacilación.
Y la tercera: por una parte no negarle nada a mi cuerpo físico, sobre todo en cuanto a alimento, pero por otra parte, después de haberle dado satisfacción durante cierto tiempo, suscitar en mí, durante un tiempo igual, un impulso de compasión por aquellos que no tienen las mismas posibilidades y un deseo de ayudarlos.
Además, estas tres exigencias que acabo de enunciar y que sirvieron de principio para todas mis actividades intencionales, las había combinado de manera de responder al mismo tiempo a varios fines absolutamente diferentes.
Por otra parte, volveré a esto, entre otras cosas, en uno de los capítulos siguientes, pero quiero ahora hablar de inmediato de un pequeño hecho cuya constatación jugó un papel importante en la forma en que iba a combinar entre sí estas exigencias.
Recordé este hecho un día en que reflexionaba sobre la estructura y el funcionamiento del sistema nervioso del hombre.
En el curso de mi "gran enfermedad" debido al accidente de automóvil, a partir del momento en que, habiendo regresado mi conciencia mientras que mi cuerpo estaba todavía reducido a la impotencia, comencé a recibir la visita de diversos amigos y conocidos, y comprobé, después de su partida, que durante varias horas -ya sea que me hubieran hablado o que se hubieran quedado sin decir nada a mi lado- yo me sentía realmente muy mal.
Sus demostraciones de sincera simpatía producían cada vez sobre mí el siguiente efecto: "Han venido -me han chupado como vampiros- y se han largado...".
Era pues el 6 de mayo de 1928, Día de San Jorge ruso.
Según la costumbre establecida para ese día, me había hecho cargo de la felicidad de numerosas "sanguijuelas"; dicho de otra manera, había tenido muchos invitados a mi mesa.
Tal vez no sería inútil el mencionar aquí que debido a cierto comportamiento de uno de mis allegados, con motivo de esta fiesta, tomé la resolución de alejar de mi vista en lo sucesivo, bajo diversos pretextos justificados, a todos aquellos que de una manera u otra me hicieran la vida demasiado cómoda.
Llegada la noche me encerré en mi recámara y decidí, por fidelidad a ciertos principios, no emprender nada del programa que yo había determinado antes de haber prestado juramento a su respecto.
Después de haberme preparado para alcanzar el estado necesario, pronuncié ante mi esencia un voto solemne.

Han transcurrido siete años desde entonces.
A fin de alcanzar las metas que me había fijado, he obedecido sin flaquear, durante todo este período, a numerosas exigencias especiales de duración variable referentes tanto a mi mundo interior como a mi mundo exterior.
Me las imponía, las cambiaba, las volvía a cambiar o las abandonaba completamente, siempre

según las circunstancias, previstas o imprevistas, de mi vida ordinaria, y según las nuevas ideas y las nuevas aspiraciones que surgían en mí a medida que escribía.
Hoy es el 2 de abril de 1935; y el último plazo para introducir intencionalmente nuevas exigencias en mi vida, con el fin de llevar a cabo las tres tareas fundamentales de las que he hablado, terminará el próximo 6 de mayo de este mismo año.
Durante estos siete años por una "proeza" poco común yo he cumplido de manera más que satisfactoria lo que sigue:
Primero: de tres opúsculos he sacado diez gruesos volúmenes.
Segundo: no sólo he comprendido bajo todos sus aspectos ciertos rasgos profundamente escondidos del psiquismo del hombre, cuya existencia yo había sospechado y que me habían intrigado siempre, sino que inopinadamente he constatado cualquier cantidad de otros "encantos" que, si el señor Belcebú hubiera llegado a conocerlos, habrían también, me atrevo a decirlo, hecho crecer los cuernos de los que hablé en el penúltimo capítulo de la primera serie de mis obras, no solamente sobre su cabeza sino sobre sus pezuñas.
Tercero: hoy en día mi salud es tal que, como lo pueden ver, no solamente estoy vivo, escribiendo un libro ultrafantástico, sino que tengo la firme intención de sobrevivir a todos mis enemigos conscientes, pasados, presentes y futuros.
En verdad había ya alcanzado el año pasado las tres metas que me había fijado hace siete años, pero decidí, no obstante, mantener hasta el final del período de siete años las "exigencias especiales" que me había impuesto, y esto por las siguientes tres razones:
En primer lugar, no estaba todavía satisfecho de los resultados correspondientes a mi tercera meta en el sentido de que continuaba sintiendo, con los cambios de tiempo, serios dolores reumáticos.
Por otro lado encontraba aún prematura la difusión de mis obras, dada la acción intensa ejercida a lo largo de todo este período por la ley cósmica "soliunense" sobre el proceso de la vida de los hombres.
Debo decir al respecto que encontré por primera vez el nombre de esta ley, cuando aún era muy joven, en un muy antiguo manuscrito armenio. En cuanto al sentido mismo de esta ley y a alguno de sus aspectos, los elucidé bastantes años más tarde al estudiar el mapa de "el Egipto anterior a las arenas" caído accidentalmente en mis manos.
Ya he hablado de ciertas particularidades de esta ley cósmica, bien conocida de antaño, en el segundo libro de la primera serie de mis obras en el capítulo titulado "Rusia".
En cuanto a la tercera razón, para hacerla comprensible me es necesario, en primer lugar, decir lo siguiente:
El capítulo en el que yo trabajo en este momento y que debería servir de conclusión a la última serie de mis obras[1] de hecho había sido ya redactado el año pasado.
Había comenzado a escribirlo al final del tercer año de mi actividad literaria, y aunque trabajando en él tan sólo por intervalos, había llegado a terminarlo al mismo tiempo que los otros.
Ahora bien, este capítulo que debía servir de ajuste final de mi obra y que me había costado tantos esfuerzos, tanto dinero y tantas experiencias dolorosas, me vi forzado a destruirlo en su totalidad, prácticamente el mismo día en que lo terminé; y destruí así no sólo el capítulo sino incluso todo lo que había preparado para expresar el espíritu íntimo de su esencia.
Durante todo el período en que terminé de escribir esta última obra, el funcionamiento de mi pensar habitual, tanto activo como pasivo, se había efectuado con una concentración y una intensidad excepcionales.
Con mi pensar activo ponía lo que se llama el último retoque a este texto, tan importante para el conjunto de mi obra, mientras que mi pensar pasivo se centraba en transformar todo el

[1] Véase la nota de los editores al respecto.

material de experiencias que me permitió más que cualquier otra cosa recuperar la salud ideal de la que gozo hoy en día.
Y es entonces que, mientras llenaba, con una intensidad constante de pensamiento, mis diferentes obligaciones voluntarias, empecé a descubrir tanto en mi mundo interior como en el de los demás, numerosas particularidades que no había visto hasta ese momento.
Y, para mayor convicción, cuando me puse a verificar por estadísticas estas particularidades insólitas y a asegurarme de su realidad, me di cuenta que nada de lo que había escrito en este último capítulo correspondía a la meta que me había fijado.
Tal era entonces la tercera razón: para servir a esta meta me era necesario escribir un nuevo capítulo cuyo contenido fuera totalmente nuevo.

Como acabo de hacer mención a la publicación de este libro, debo ahora, quiera o no quiera, referirme a una medida que debí tomar para alcanzar ciertos objetivos.
Para hablar con claridad me es necesario citar aquí el conjunto de las formulaciones relativas a los fenómenos y a las leyes recientemente llegadas al conocimiento de los hombres contemporáneos por intermedio de lo que se llama "radiografía", "telepatía", "telepsía", etc., y exponer en su totalidad la ciencia de la magia blanca y de la magia negra.
Y como esto es evidentemente imposible me limitaré a decir lo siguiente:
Hace tres años, al surgir simultáneamente tres graves acontecimientos, que constituyen para mi trabajo obstáculos insuperables por los medios ordinarios, me vi obligado, para acabar con estos "huéspedes indeseables", a tomar entre otras medidas inusitadas en la vida corriente, la de escribir un libro pequeño con el título: *The Herald of Coming Good.*
Lo escribí especialmente para ciertas personas consideradas desde mucho tiempo como seguidores de mis ideas o que durante la existencia de mi Instituto fueron alumnos en una u otra de sus ramas especiales.
Este folleto fue impreso en nueve idiomas, con un tiraje de mil ejemplares en cada uno de ellos.
Aunque se tomaron las previsiones para evitar que cayera en manos de personas que no me conocían, las mismas fueron en vano, a tal punto que hoy en día, por desgracia, centenares de ejemplares aún circulan.
Ante este estado de cosas considero mi deber el darles este consejo:
Si ustedes no han leído aún *The Herald of Coming Good,* bendigan su buena suerte; y no lo lean.
No estaría de más agregar aquí -para satisfacer enteramente las exigencias de mi tercera meta fundamental- que durante todo el último año incluso dejé de escribir.
Y no solamente dejé de escribir, sino que durante todo este período me esforcé en impedirme, al precio de una gran lucha interior, en todo lo posible el desarrollo de un pensar activo, sea cual fuere.
Apelé a este recurso verdaderamente bárbaro de modo que los sufrimientos automáticamente experimentados -gracias a los cuales he podido alcanzar mi meta- operaran en mí de manera más eficaz.
Mi último viaje a Norteamérica lo había emprendido justamente con este fin.
En efecto, después del accidente terrible de automóvil del que fui víctima, como ya sólo trataba con norteamericanos y mis relaciones de estos últimos diez años se encontraban casi todas en los Estados Unidos, no tenía necesidad de acudir a recursos especiales por disponer siempre allá de todo tipo de tierra fértil y caldo de cultivo, con el propósito de sembrar en él gérmenes divinos susceptibles de generar factores benéficos para mi ser.
Aunque las exigencias voluntarias que me he impuesto y los principios originales que he practicado en el transcurso de los últimos siete años deben ser develados en el curso de este libro, sin embargo, el sentimiento de admiración y gratitud que me desborda incita a todo mi

ser a comentar sobre el principio de vida exterior que se ha convertido para mí, de manera inesperada, en una fuente inagotable de bondades.
Quiero hablar del principio que ya he definido en estos términos: "pisarles a todos los que encuentre el callo más sensible".
Este principio llegó a ser verdaderamente milagroso para mí, pues no sólo ponía a mi disposición, siempre y en todas partes, un material abundante con vistas a mi meta principal, es decir, para mi regeneración, sino que además afectaba a tal punto a todos los que se topaban conmigo, que cada uno, sin que yo tuviera que hacer el menor esfuerzo, se afanaba en quitarse con la mayor satisfacción, la máscara con que solemnemente le habían gratificado papá y mamá.
Y esto me proporcionaba una agilidad inmediata e incomparable para contemplar tranquilamente lo que su mundo interior contenía de valores reales que habían permanecido intactos desde la infancia, y a la vez la mugre nauseabunda acumulada a lo largo de una "educación" absolutamente anormal.
Se debe tan sólo a este principio, a este principio para mí divino, que yo haya podido discernir y comprender finalmente las sutilezas profundamente escondidas del alma humana que me intrigaron tanto toda mi vida.
Es a él y sólo a él que debo todo lo que poseo hoy en día.
Y poseo una "riqueza interior" que objetivamente hablando vale más que todas las fortunas fabulosas de las que pueda soñar el cerebro humano, como por ejemplo todos los bienes que han afluido sobre la heredera de las tiendas *New York five-and-ten,* aunados a todo lo atesorado en las famosas medias de lana de todos los campesinos de Francia.
En cuanto al sentido real de esta riqueza interior, hablaré de ella más tarde en detalle.
Mientras tanto, para hacer justicia a este principio, diré que a él le debo haber perdido absolutamente todo lo que poseía en cuanto a "riquezas" o más bien lo que la gente llama así.
Y me ha hecho perder no sólo todos los bienes que poseía, sino también a todos los susodichos "amigos", y hasta el "privilegio de ser envidiado", en una palabra, todo lo que me hacía aparecer ante los ojos de mis contemporáneos no como un vulgar "rabo de perro", sino como uno de los grandes "ases" de la época.
Y sin embargo, lo afirmo, a pesar de todo -hoy mismo, mientras escribo estas líneas, cuando las condiciones generales de mi vida ordinaria se agravan día a día según una constante conforme a las leyes y han llegado a tal punto, debido a mi obstinación en proseguir las exigencias que me he impuesto (entre otras la de continuar fiel a este principio), a tal punto que ya no sé verdaderamente cómo arreglármelas- a pesar de todo, repito, bendigo este principio con todo mi ser.
En cuanto a las dificultades derivadas de esto en mi vida ordinaria, no dejaré de referirme a ellas al final del libro, si es que llego a aguantar un mes más.
Explicaré también por qué he empleado la expresión "que se agravan día a día según una constante conforme a las leyes".
Y la explicaré con la mejor disposición ya que ésta constituye un estudio de costumbres a la vez muy instructivo y de una comicidad tal, que todos los humoristas del mundo juntos no llegarían a inventar ni una décima parte de ello.

Habiendo expresado mi gratitud con respecto a este principio como una "fuente inagotable de riquezas interiores", ahora me es necesario que sea totalmente imparcial y plantear la pregunta con franqueza:
"¿Es esto realmente cierto?"
¿Conservaría este principio, que yo he descubierto, el mismo poder de vivificación en todas las circunstancias de la vida ordinaria?
A decir verdad, si tomo como referencia la opinión de mi subconsciente, debo responder... no.

Tal vez todo esto no haya sucedido sino gracias a la crisis económica mundial...
Es, entonces, a este flagelo humano al que yo debería dirigir mis agradecimientos.
Pero como todo esto sería más bien incongruente de mi parte, volveré a mi primera opinión.
Y al expresar un tanto irónicamente mi agradecimiento a este factor incierto por las riquezas interiores que poseo hoy en día, pienso en numerosas personas allegadas a mí que debido a mis ideas egoístas han tenido que sufrir muchas desilusiones.

Entre estas personas que, mal que bien, no vivieron precisamente en un "lecho de rosas" había muchas que me eran cercanas por parentesco o afinidad espiritual.

Para concluir este capítulo de la tercera serie de mis obras, en vísperas de haber realizado totalmente mis metas egoístas, le quiero hablar a todos aquellos que me son allegados de dos factores esenciales constituidos en mi mundo interior.
El primero, formado en mi ser cuando yo era aún niño, y que domina todas mis convicciones.
Se puede formular así: "Sólo puede ser un buen altruista aquél que sepa ser, a veces, un egoísta consumado".
El segundo, apareció en mí dos años después del momento en que me había propuesto realizar los tres objetivos de mi programa de siete años mientras trabajaba intensamente en mis libros en medio de toda clase de dificultades conforme a las leyes.
Me di cuenta que debido a la búsqueda afanosa de mis metas egoístas, la situación de la mayoría de mis allegados iba de mal en peor. Suscité en mí un estado particular, según una técnica que mi padre me había enseñado. Entonces, por autosugestión, cristalicé en mi presencia un factor psíquico que se puede formular así:
"Si logro alcanzar las metas que me he fijado y si sobrevivo, organizaré mi existencia de la manera siguiente:
consagraré un tercio de mi estado de vigilia a satisfacer a mi propio cuerpo; otro tercio, exclusivamente a aquellos de mis allegados por afinidad espiritual o parentesco que aún se encuentren a mi lado; y el tercero, a la ciencia, es decir a la humanidad entera".

Y ahora, luego de todas las aclaratorias presentadas en este prólogo, aconsejo, y esto muy sinceramente, a todos mis lectores, tanto conocidos como desconocidos, y en particular a todos mis queridos amigos y no menos queridos enemigos, de esforzarse en comprender bien la esencia misma de esta tercera serie y especialmente su último capítulo.
Tengo la intención de llamar este capítulo "El mundo exterior y el mundo interior del hombre" y de tratar en él un punto poco familiar en el pensar de la gente, punto que es, sin embargo, el más importante de todos y que está en el origen de casi todos los malentendidos de nuestra vida en común.
Y yo les recomiendo muy sinceramente comprenderlo, aunque sea para permitir a la presencia general de cada uno de ustedes el adquirir un "factor pacificador", que puede actuar, incluso subconscientemente, sobre la mayoría de las preocupaciones y de los sufrimientos morales inútiles que conforman nuestras vidas.
No por casualidad hace poco empleé la palabra "enemigo", sino porque, en primer lugar, los mejores amigos de mi verdadero yo, es decir, de mi mundo interior, aparecen, por muy extraño que parezca, entre algunos de mis muy numerosos "indefectibles enemigos" actualmente diseminados por el mundo y, en segundo lugar, para que esto me pueda servir como un ejemplo ideal para el capítulo final y, por consiguiente, así lo pienso utilizar.
Al acordarme ahora por asociación de alguno de esos "enemigos" particularmente queridos a mi mundo interior y al sentirme sinceramente emocionado con este recuerdo, quiero aquí mismo -para su agrado o su desagrado- citar en este prólogo algunas de las numerosas sentencias de sabiduría popular que, por medio de ciertos "legamonismos", nos han llegado

desde los tiempos más remotos.
He dicho "para su agrado o su desagrado" porque ignoro en cuál de las dos corrientes del río de la vida se encuentran en este momento.
Tanto tiempo ha transcurrido... ¿Se han mantenido en la corriente del río de la vida dónde, sin piedad hacia mí, yo los había dirigido -corriente destinada a reunirse tarde o temprano con el inmenso océano-, de eso no sé nada. O quizá las tentaciones de la vida, también conforme a las leyes, los han arrastrado en la corriente que tarde o temprano debe caer en los abismos subterráneos para allí proseguir un proceso involutivo?

Una de esas sentencias de sabiduría popular dice:
El hombre no es un cerdo para olvidar el bien, ni un gato para recordar el mal.

He aquí otras:
Un solo rechazo hacia quien no tiene ni conciencia ni consideración reducirá a la nada las mil bondades que usted le había prodigado.
Sólo es digno de ser adepto de una religión quien al recordar el daño que otro le hiciera, no buscará de hacerle mal alguno.
Usted sólo tendrá verdadero sentido común el día en que aprenda a diferenciar lo que le será bueno o malo mañana de lo que le parece bueno o malo hoy.
Es tal la naturaleza del hombre, que, al primer regalo que usted le hace -se arrodilla;
al segundo -le besa la mano;
al tercero -se inclina;
al cuarto —le basta con inclinar la cabeza;
al quinto -se vuelve confianzudo;
al sexto -le insulta;
y al séptimo -le demanda porque usted no le ha dado lo suficiente.

INTRODUCCIÓN

6 de noviembre de 1934
Childs Restawant
Columbus Circle
Nueva York

Mientras me afanaba, jadeante, con el último capítulo de la segunda serie de mis obras, en el proceso de mi "pensar subconsciente", es decir, en el curso automático de mis pensamientos, el centro de gravedad de mi interés se dirigía continuamente hacia el asunto siguiente: ¿con qué comenzar la tercera serie de libros que había proyectado escribir; esta serie que, según mi convicción, estaba llamada a llegar a ser en un futuro próximo una enseñanza constructiva para todos mis semejantes, criaturas de Nuestro Padre Común?

Pero debo confesarlo aquí con toda sinceridad, poco después de haber escogido este género de actividad, quiero decir, el oficio de escritor, porque correspondía mejor a mi estado físico imprevisto y, luego de haber comprendido claramente, a medida que este estado físico se mejoraba, que ciertas explicaciones escritas aportarían a la mayoría de mis contemporáneos así como a las generaciones futuras un inmenso beneficio, resolví servirme de la tercera serie de mis obras para corresponder conscientemente a la Gran Naturaleza por mi aparición y por mi existencia, no simplemente como "vida ordinaria", llenando automáticamente un papel necesario para esta Gran Naturaleza para sus realizaciones generales, sino aún mucho más como unidad independiente, determinada, consciente, capaz de una evaluación de sí imparcial, y dotada de la posibilidad de un perfeccionamiento de sí integral.

Los resultados de estas reflexiones, ahora que está acabada la segunda serie, me llevan a la decisión categórica de comenzar esta serie de libros de "enseñanza constructiva" con el relato de los acontecimientos relativos a mis dos últimas estadías en Norteamérica, y de incorporar allí, bajo una forma más concisa, las "conferencias" que di allá para un grupo de seguidores de mis ideas; grupo organizado hace diez años en ocasión de mi primera visita a Nueva York.

Y es mi decisión comenzar por esto, porque esas conferencias, tal como las había concebido, me permitirán establecer las bases de todo lo que me he propuesto introducir en la vida consciente de los hombres por medio de la tercera y última serie de mis obras. Además, el relato de ciertos acontecimientos -así como la exposición de las razones que los provocaron y a las cuales he reaccionado por medio de estas conferencias, elaboradas en un orden y bajo una forma bien determinados- debe engendrar, no me cabe duda, un "factor de acción automática" susceptible de salvar de una total decadencia a innumerables personas de los dos sexos en diversos países de Europa, de Asia y de América.

En este libro de introducción a la tercera serie expondré entonces la "quintaesencia" de cinco conferencias que he dado en Nueva York a fines de 1930.

Para los lectores de esta serie de mis obras, cualquiera que sea el grado de conciencia que cada uno de ellos se atribuya, no estará de más, en mi opinión, saber de qué concepto y de qué presentimiento instintivo ha nacido en mí la fórmula de la que me acabo de servir: "corresponder a la Gran Naturaleza".

Esta expresión, brotada de mí casi involuntariamente, ha nacido del conjunto de mis convicciones instintivas y conscientes según las cuales puedo estar seguro de cumplir, por este acto de redactar la tercera y última serie de mis escritos, lo que considero como el más imperioso de los deberes del hombre que haya alcanzado la edad responsable, y que consiste en la obligación de transmitir a la posteridad, según su propia individualidad, ciertos conocimientos provechosos. Yo tendré así -con la certeza de justificar plenamente, a título totalmente subjetivo esta vez, todos mis esfuerzos intencionales y mis renuncias conscientes a la mayoría de las ventajas cristalizadas en la vida de los hombres contemporáneos, que

siempre me habría sido muy fácil obtener- la esperanza de experimentar, en el instante de mi último suspiro, sin la menor duda intelectual, emocional o instintiva, el impulso, sagrado para el hombre, que los antiguos esenios llamaban "satisfacción imparcial de sí".
Para permitir una mejor orientación y una confrontación lógica más fácil con lo que va a seguir, y para suscitar en el pensamiento de los lectores del presente libro de esta serie "constructiva" -hablo, por supuesto, de aquellos entre estos que, desde que han tenido conocimiento de mis exposiciones, las han tomado como guía y han seguido estrictamente mis consejos- para suscitar en ellos, digo, ese "algo" que existía sobre la tierra antes de la civilización babilónica y que una rama de la ciencia llamada "Teomathos" denominaba: "Factor vivificador de percepción objetiva", quiero de inmediato describir dos hechos acontecidos en el proceso de mi vida ordinaria durante el período de mi actividad de escritor, esforzándome en aportar a los lectores ciertos datos cuyo conjunto podrá ayudarlos a representarse claramente estos hechos y a comprenderlos en su verdadera perspectiva.
El primero de estos hechos se remonta al inicio de mi actividad de escritor y consiste en lo siguiente: a la vez que como consecuencia del infortunio que me había afligido, liquidé todas las formas anteriormente dadas a mi actividad consciente con miras al bien de los que me rodeaban y me puse a escribir, decidí rehusar sistemáticamente toda clase de citas y eludir toda conversación con aquellos que, de una manera u otra, habían tomado conocimiento de mis ideas y deseaban naturalmente hablarme con el fin de comprenderlas mejor.
Y tomé esta medida desde el comienzo mismo, con el fin de no llegar a soportar en mis asociaciones mentales -o en todo caso hacerlo en un grado menor- el choque de todas las cuestiones abstractas "inconsistentes" que me obligaban, estos últimos años, a adaptarme a los diferentes niveles de comprensión de las personas que venían a verme. De una manera más general quería sustraerme a las impresiones ordinarias de la vida contemporánea, que me eran inútiles y arriesgaban perturbar el *tempo* ya establecido de mi pensar, en esta tarea que me había impuesto voluntariamente.
Para dar un ejemplo característico de este "aislamiento interior" deliberado con referencia a las impresiones exteriores dañinas a mi actividad de escritor, pienso que me bastará decir que durante todo ese tiempo no leí jamás ni un solo periódico y ni siquiera he tenido uno entre mis manos, y que fue casi lo mismo con las cartas y los telegramas.
Si digo "casi" es que de hecho, en el curso de este período, leí alrededor de trece o catorce cartas y contesté a unas seis o siete de ellas, entre los centenares que recibía cada día, sobre todo durante el primer año.
Puesto que esta alusión a una tal libertad de actitud hacia la correspondencia dirigida a mi nombre acaba de escapárseme como la confesión involuntaria de uno de mis secretos, siento la necesidad irresistible de confesar todavía algo más al respecto.
Especialmente porque esto estará en perfecto acuerdo con el principio fundamental que he aplicado siempre en la vida ordinaria y que se formula así:
"Cuando se hace la fiesta se hace hasta el final, incluidos transporte y embalaje".
Es necesario decir que después de mi accidente de automóvil, cuando cerré las puertas de mi casa a todos aquellos (con la sola excepción de los representantes del gobierno francés) que ya me conocían personalmente -o que habiendo oído hablar de mí tenían simplemente curiosidad de verme, sin duda para ir a "husmear" por sí mismos a qué me parecía y cuáles eran mis ideas- y cuando, al año siguiente, fui literalmente bombardeado con grandes montones de cartas, encargué a una persona, entre mis allegados, de abrir estas cartas sin dármelas y si no había en ellas trazas de cierta "pieza adjunta" ni ninguna mención a su envío inminente, de destruirlas de tal manera que hasta su "olor astral" desapareciese de mi casa. En cambio, si había uno de esos pequeños papeles, entonces, para retomar mi expresión acostumbrada, según el número de "ceros" ingleses -o a falta de ellos, americanos- que los adornara, debía proceder de la siguiente manera:

Si la "pieza adjunta" estaba adornada de un solo cero, se debía entonces romper la carta en pedacitos y el pequeño papel que la acompañaba ser dado a los niños que vivían conmigo para comprar juguetes. ¿De dos ceros? Entonces la carta para todos los efectos, debía ser remitida a mi secretaria particular y el "papel" al cocinero de servicio del Prieuré. Y sólo me eran remitidas a manos propias las cartas cuyas "piezas adjuntas" estaban adornadas de un mayor número de ceros.
Este arreglo, por cierto, sigue vigente, pero en un futuro cercano, es decir a partir del momento en que haya acabado este primer libro de la tercera serie de mis obras, me propongo hacer un cambio en esto, en el sentido de que se destruirán sin excepción todas las cartas y telegramas y que sólo me serán remitidos los "pequeños papeles" que tengan no menos de cuatro ceros; aquellos de tres ceros irán a mi secretaria y los de dos ceros a los niños de la casa; en cuanto a los papeles adornados con un solo cero, se guardarán para los niños pobres de Fontainebleau y de Avon.
Ahora que he confesado ante todo el mundo mi actitud desenvuelta no sólo con las cartas que me eran dirigidas sino con los corresponsales mismos -algunos de los cuales eran entonces y son quizás aún considerados en Europa como "celebridades"- no sería malo decir que si mi conciencia ha autorizado a mi singular naturaleza a dar pruebas de una tal audacia (y aun de expresarlo aquí por escrito, lo que la hace perceptible a toda criatura bípeda, aunque fuera reducida en materia de comprensión a una figura geométrica elemental: "cuadrado", "círculo" o "zigzag", etc.), es que ya había yo cumplido la mayor parte de la tarea que me había fijado, y esto a pesar de todos los factores de obstrucción, sea que hayan surgido conforme a las leyes o hayan sido engendrados por seres de tipos diversos que, por desgracia, llevan también el nombre de "hombres". Según una muy antigua leyenda, estos seres, que aparecen y existen entre nosotros, hombres ordinarios, son constituidos por la Naturaleza de tal manera que, por una parte, las sustancias cósmicas cuya transformación se opera a través de ellos durante su estado vegetativo -que imaginan ser la vida- sirven de "elementos catódicos" para el mantenimiento sobre la tierra del "bien objetivo" en la vida de la humanidad entera, y que, por otra parte, los elementos que constituyen su presencia general, y cuya transformación se efectúa después de su muerte, sirven a la renovación de los productos requeridos por las necesidades del infierno.
En resumen, me esforcé en no cambiar nada en mi comportamiento en cuanto a los encuentros y conversaciones con toda clase de gente -comportamiento que, desde el inicio de mi actividad de escritor, había tomado, poco a poco, fuerza de costumbre en mi vida exterior automática- hasta el momento en que algunos meses antes de mi última estadía en Norteamérica, terminé la redacción de todo el material de las dos primeras series de libros que había proyectado escribir y de una parte de la tercera (teniendo ya la primera serie bajo su forma definitiva).
En cuanto al segundo hecho de los que he hablado se presentó así:
A pesar de la agudeza de mi memoria para todo lo que concernía a mis escritos, agudeza que se había desarrollado durante mi actividad de escritor hasta un grado extraordinario -yo que podía siempre, por ejemplo, como todavía lo puedo hacer hoy, recordar exactamente dónde, en qué cuaderno de notas, entre los miles que he llenado, he expresado tal pensamiento, en relación con cualquier otro pensamiento, y donde debe ser repetido bajo una forma diferente...
Yo que podía y puedo aún ahora acordarme sobre cuál de las decenas de miles de páginas de los cuadernos de notas que he llenado, en qué frase y en qué palabra se encuentran letras que por automatismo he formado de manera incorrecta, o bizarra- sin embargo, durante este mismo período, cuando, por excepción, me era necesario reunirme con nuevas personas, ni una sola de esas entrevistas, ni una sola de estas conversaciones, que en otro tiempo habrían producido infaliblemente una impresión sobre mí, dejaba la menor traza en mi memoria, y aún al día siguiente, si me era indispensable recordarlo, no podía, a pesar de todo mi deseo y

todo el esfuerzo que hacía, recordar lo que fuere respecto a mis encuentros y conversaciones de la víspera.
Pero cuando disminuyó la intensidad de mis preocupaciones interiores respecto a mi actividad literaria -lo que permitió a mi naturaleza constituida por azar de manera tan singular poder interesarse, sin experimentar sentimientos cercanos al "remordimiento de conciencia", en cuestiones extrañas a la tarea que me había impuesto bajo juramento por este período después de haberme puesto en un estado bien determinado que mi padre me había enseñado e inculcado con firmeza en mi infancia- comencé en ese mismo "estado psíquico" a dar el toque final a la segunda serie, sin dejar de trabajar por supuesto en condiciones parecidas (es decir, casi siempre al azar de mis viajes a través de Francia y diferentes países de Europa, escribiendo exclusivamente en variados lugares públicos, tales como restaurantes, cafés, salas de fiestas, y otros "templos" de la moralidad contemporánea).
Al reanudar relaciones con toda clase de personas, yo las observaba con una agudeza particular, debido a la atención a medias relajada que había desarrollado intencionalmente en el curso de mi primera juventud, y que permite no "identificarse con las manifestaciones externas de los demás"; y poco a poco me di cuenta, y luego terminé por convencerme, a medida de mis encuentros, que en el psiquismo de todos aquellos, hombres y mujeres, que se habían interesado en mis ideas, sobre todo aquellos que habían ya empezado a practicar sobre sí mismos lo que supuestamente correspondía a mis ideas, algo "iba mal", tan manifiestamente "mal" que aun un ser ordinario -por supuesto, a condición de saber observar- podía darse cuenta.
Estas comprobaciones repetidas comenzaron a inquietarme e hicieron surgir poco a poco en mi psiquis una "sed imperiosa de comprender" cuáles eran las causas de este hecho.
Así, cuando encontré de nuevo a estas personas me puse a observarlas muy particularmente y a sondearlas con preguntas indirectas a fin de sacarles todo el material que necesitaba para comprender el origen real de este hecho extraño y para mí tan entristecedor.
Cada uno de estos encuentros, así como las asociaciones provocadas por el recuerdo de ese hecho inexplicable, llevaban mi interés y mi sed de comprensión a tal grado que esto llegó a ser para mí casi una idea fija. Por añadidura, mis pensamientos automáticos al respecto comenzaron a comprometer seriamente mi lucha interior constante contra el rechazo, "conforme a las leyes", de mi naturaleza a someterse a mi conciencia, y reducían así la posibilidad de una plena concentración sobre mi trabajo cuya continuidad reclamaba toda mi atención.
Pero cuando a fines de 1930 llegué a Nueva York y cuando, desde el primer día, al tomar contacto con numerosos norteamericanos seguidores de mis ideas, noté en la mayoría de ellos el mismo fenómeno, esta comprobación produjo en mí una impresión tan profunda, y la reacción fue tan violenta, que mi organismo fue presa de un escalofrío parecido al que se apodera de las personas afectadas por lo que se llama la "fiebre amarilla de Kushka".
Y con el fin de esconder de los demás mi propio estado interior, tuve que recurrir más que nunca a mi viejo hábito de bromear en la conversación para que nadie se diera cuenta.
Pasado un largo tiempo, volví a encontrar la calma. Después de haber reflexionado, comprendí que para llevar a cabo los planes que eran el objeto de este viaje a Norteamérica y que concernían, entre otros, la cuestión financiera, podría arreglármelas sin este grupo; decidí entonces hacer todo lo que estuviera en mi poder -una vez que hubiera dilucidado por medio de contactos personales con cada uno de sus miembros la manera exacta en la que se había formado, poco a poco, en su individualidad esta particularidad psíquica original- para desarraigar, al menos en un gran número de ellos, este mal debido a una mala comprensión de mis ideas, así como a ciertas otras causas que ya entreveía.
Tengo que confesar francamente que si se produjo en mí una reacción tan fuerte, llevándome a la decisión esta vez de comprender cueste lo que cueste todas las razones de este fenómeno,

y si fuera posible tomar las medidas apropiadas, es ante todo porque desde hace mucho tiempo se había formado en mí con respecto a miembros de ese grupo, debido a su sincera actitud para conmigo durante los duros años que siguieron a mi accidente, "algo" que me incitaba a considerarme, bajo ciertos puntos de vista, como teniendo una obligación global hacia todos ellos.
El relato de los acontecimientos que siguieron a esta decisión podrá ilustrar, para todo lector seguidor de mis ideas, las causas profundas de este hecho tan nefasto, en un sentido objetivo, y para mí personalmente tan lastimoso.
Quizá entre aquellos que han asimilado mal la esencia de mis ideas y continúan aplicándolas supuestamente para su "bien", se encuentren algunos entre los cuales aún no se han atrofiado del todo los datos requeridos para una reflexión sensata -datos que se forman en el psiquismo del hombre durante su edad preparatoria- y quizá comprenderán entonces y cesarán de destruirse ellos mismos.

Por otro lado, para todo lector, quienquiera que sea, el contenido de las cinco "conferencias" que hice para los miembros de este grupo durante mi estadía en Nueva York -conferencias que precisamente formaban parte de las medidas que había tomado tratando de remediar estas funestas consecuencias, surgidas por incomprensión-podrá aportar, a mi parecer, la primera "vislumbre de verdad".
Considero desde entonces muy oportuno, tal como ya lo he dicho, contar estos acontecimientos y hacer de ellos el tema central de este primer libro de la "serie constructiva" de mis obras.
Ahora bien, la misma noche de mi llegada a Nueva York, el 13 de noviembre de 1930, por iniciativa de algunos miembros de este grupo (norteamericanos de "pura sangre" a juzgar por su aptitud para encontrar los medios para economizar el tiempo) se organizó una reunión general para conocerme y darme personalmente la "bienvenida" en uno de los estudios del célebre *Carnegie Hall* -reunión a la cual había sido convidado en el barco al entrar en el puerto de Nueva York, por el señor S., que era en esa época el suplente oficial del señor Orage.
Este, en virtud de ciertas circunstancias, debidas mayormente a mi desafortunado accidente, había llegado a ser el primer representante de mis ideas en Norteamérica, posteriormente el guía principal de este grupo quien se encontraba entonces temporalmente en Inglaterra.
Casi todos los que habían venido esa noche me eran además conocidos, sea que los había encontrado en el curso de mi estadía precedente en Norteamérica o que me habían visitado en Francia, en el castillo del Prieuré, que había sido estos últimos años mi lugar permanente de residencia.
Llegué a esta reunión general acompañado de varios de mis "secretarios traductores", que compartían el viaje.
Desde los primeros saludos y mientras se entregaban a su famosa "manipulación" llamada "shake-hands", volvía a encontrar en sus caras y en sus miradas ese "algo" que ya había constatado en Alemania, en Inglaterra, en Turquía, y en otros países de Europa, entre las personas que habían llegado a ser, de una manera u otra, seguidores de mis ideas;
y fue entonces que resurgieron en mí los datos ya constituidos con referencia a estos norteamericanos y que me llevaron, al cabo de un momento, a la decisión categórica de tomar por su bien, si aún había el tiempo, ciertas medidas apropiadas.
Una vez que estos "shake-hands" y todos esos intercambios habituales de palabras vacías llamadas "amabilidades", particularmente de moda entre los norteamericanos, llegaron a su fin, le pedí a mi secretario leer en voz alta el capítulo final de la primera serie de mis obras recientemente terminado, y que, según una costumbre bien establecida, guardaba siempre en su maletín con todo mi trabajo del día. Mi intención era crear de esta manera las condiciones

requeridas para observar libremente a los oyentes.
En cuanto a mí, sentado aparte, en una esquina, observaba atentamente a cada persona al mismo tiempo que ideaba en el pensamiento un plan de acción relativo al conjunto del grupo, así como a cada uno en particular.
Esta primera noche, como se hacía tarde, interrumpí al lector a la mitad del capítulo y, dirigiéndome a todos los asistentes, prometí, en primer lugar, organizar a la brevedad una nueva reunión para terminar la lectura y luego les propuse que escogieran ellos mismos tres o cuatro de ellos que vendrían a verme tres días después en compañía del señor S. a fin de que decidiéramos conjuntamente todas las cuestiones relativas a mi estadía en Nueva York.
A decir verdad, hice esa invitación con la firme intención de aprovechar de una conversación privada con estas personas para sondearlas, indirectamente por supuesto, sobre ciertos detalles no muy claros aún a mis ojos con respecto a sospechas que se habían abierto paso en mí en el curso de la lectura y que, esa noche, se referían exclusivamente a estos norteamericanos, "tristes seguidores" de mis ideas.
Como tengo la convicción profunda que esta serie de mis exposiciones constituirá lo que he llamado una "enseñanza constructiva", es decir, un medio de depositar, aunque sea automáticamente, en el pensar de mis semejantes, criaturas de Nuestro Padre Común, algunos datos que, según yo, son el atributo del hombre real en lugar de todos los que se forman de ordinario en la presencia general de los hombres y, sobre todo, de nuestros contemporáneos - haciendo de ellos seres desprovistos de voluntad que se manifiestan literalmente como animales sólo por los reflejos funcionales de su organismo- quiero desde el inicio de esta serie hablar también de ciertos hechos exteriores cuya narración quizá parecerá a primera vista, al lector ingenuo, como una simple sucesión de palabras desprovistas de sentido, mientras que para un hombre que tenga el hábito de reflexionar y de buscar el significado de los "relatos alegóricos", si él lleva a cabo el menor esfuerzo para "no ser el juguete de sus pensamientos automáticos" y si recurre a una atención un poco más intensa, estos mismos hechos se revelarán ricos de sentido y él captará y comprenderá verdaderamente muchas cosas.
Para apreciar el sentido profundo contenido en el relato de hechos exteriores, insignificantes en apariencia, tomaré como "material de demostración" las palabras que dirigí a los norteamericanos al final de la velada, en el momento de abandonar el estudio donde se había realizado esta reunión para darme la bienvenida.
A punto de salir, me detuve en el umbral, di media vuelta y, dirigiéndome a ellos en tono mitad en broma, mitad en serio, como me es propio en ciertas ocasiones, les hablé en estos términos:
"Poderosos Señores -poderosos, pero sólo a medias más un cuarto- y ustedes, ¡oh! cuan todopoderosas damas de este continente donde se cosecha el dólar..."
"He sido verdaderamente muy feliz de encontrarlos. A pesar de que, durante todo el tiempo en que he estado sentado entre ustedes esta noche en la bienaventurada esfera de vuestras irradiaciones de latas de conserva, he almacenado mucha energía y quizás aun más de la que hace falta para alcanzar la meta que me he fijado al venir aquí, sin embargo -para mi infortunio, o para el vuestro, no lo sé- se ha despertado en mí este impulso que me es muy familiar, pero que no se había manifestado jamás durante todo el tiempo de mi actividad de escritor. Quiero hablar de este impulso de conmiseración por ciertos adultos cuyos vanidosos padres o tutores, aprovechándose de la ausencia de juicio durante la edad preparatoria de estos futuros 'desechos', los han persuadido, al asegurarles por supuesto un apoyo financiero calculado según los mejores métodos de contabilidad a la italiana, de llegar a ser, desde su edad responsable, 'médicos psiquiatras'; conmiseración que se extiende, por otra parte, en este caso, a todos los desafortunados que vegetan en el fondo de esos 'asilos de alienados', organizados en escala norteamericana".
"A decir verdad, no estoy aún convencido yo mismo de la causa exacta del despertar de este

impulso indeseable. Todo lo que sé por el momento es que su acción ha comenzado, poco a poco, a hacerse sentir en el curso de esta lectura del último capítulo de la primera serie de mis obras, mientras que sentado en una esquina observaba por aburrimiento la expresión de sus caras, cuando me pareció ver sobre la frente de cada uno de ustedes, a veces de uno, a veces de otro, destacar claramente la inscripción:
'candidato para el manicomio".
"He dicho 'por aburrimiento', porque el contenido de este capítulo, en el cual cada frase la tuve que meditar y meditar casi día y noche durante tres meses, me parecía más fastidioso que vuestra famosa "caballa" que me he visto obligado a comer mañana y noche durante tres meses en ocasión de mi primera estadía entre ustedes, por ser el único alimento fresco del que ustedes disponen..."
Después de lo cual, dando a mi voz la entonación que se enseña en los monasterios bajo el nombre de "tono de humildad confusa", agregué:
"Por otra parte todavía no estoy del todo seguro de lo que he visto; quizás únicamente me lo imaginé, como sucede a menudo a aquellos cuyo psiquismo ha sido fuertemente 'sacudido'. Porque luego de seis días ininterrumpidos de cabeceo y balanceo en pleno océano y de la frecuente absorción del noble armañac francés, del cual aseguré la constante regularidad de vibraciones al ingerir los elementos activos de los no menos nobles 'abrebocas' alemanes, continúo hoy en día sintiéndome 'extraño' como se dice".

Tres días después de esta importante reunión estadounidense, reunión que los habitantes de este país habrían descrito cada uno a su manera -los que han llenado sus bolsillos de dólares, poco importa por qué medios, como una "velada poco banal", y aquellos en que la ausencia de estos dólares ha llegado a ser crónica, como "un día de menos antes de la hora de nuestro último suspiro"- tres días después, digo, vinieron donde mí, conducidos por el señor S., los cinco norteamericanos de los que acabo de hablar.
Al conversar con ellos, siguiendo aparentemente el curso natural de mis asociaciones, saqué en claro los detalles que me faltaban aún sobre lo que había comenzado a sospechar la noche misma de mi llegada en el curso de la lectura. Les diseñé entonces un cuadro revelador de todas las constataciones que había hecho respecto a la aparición, en el psiquismo de los seguidores de mis ideas, de esta extraña particularidad y de las perspectivas que ella entrañaba; luego habiéndoles brevemente de las razones que me llevaban hoy en día a Norteamérica y de la imposibilidad en que estaba de reservarle mucho tiempo a los miembros de su grupo, les rogué evitarme lo que había sucedido los últimos días en que, como consecuencia de las visitas de uno u otro de sus compañeros, con sus preguntas a veces completamente idiotas, yo no había encontrado el modo de escribir una sola palabra.
Les propuse entonces constituir una especie de comité y encargarse la tarea de organizar, dos veces por semana, reuniones generales de su grupo a las cuales siempre me esforzaría por asistir. El resto del tiempo ellos vigilarían para que nadie me viniera a molestar, ni con visitas personales, ni con cartas, ni con llamadas telefónicas.
Después de lo cual decidimos en conjunto, con el fin de economizar mi tiempo y por muchas otras razones, tener estas reuniones en mi apartamento, pero no admitir a más de cincuenta personas, tomando en cuenta las dimensiones limitadas de la pieza principal.
En cuanto a los otros miembros de este grupo, se organizaría para ellos, en los estudios de *Carnegie Hall o* en otras salas privadas, reuniones a las cuales no necesariamente asistiría yo y donde uno de mis secretarios-traductores leería en voz alta el acta estenografiada de todas las preguntas que me habían sido hechas, así como de mis respuestas.
Para concluir, les pedí, hasta nueva orden, no repetir a ningún miembro de su grupo nada de lo que les había dicho y agregué:
"Con gran pesar de mi parte, las conclusiones que he sacado de mis observaciones e

investigaciones de estos últimos días me van a obligar a tomar, respecto a cierto número de vuestros compañeros, durante mi estadía en Nueva York, medidas que los obligarán, ya sea a estar, por cierto tiempo, completamente decepcionados de mis ideas, ya sea a ver desaparecer la fe que se había cristalizado en su individualidad, durante estos últimos años, con respecto al señor Orage y a su autoridad".

PRIMERA CONFERENCIA

Que tuvo lugar el 28 de noviembre de 1930 y a la cual podían asistir, sin excepción, todos los seguidores de mis ideas pertenecientes al grupo de Nueva York

Comencé así:
Desde ayer he meditado seriamente sobre la manera de presentar el conjunto de las explicaciones por medio de las cuales tengo la intención de hacerles comprender, a partir de hoy, y en las dos o tres reuniones siguientes, ciertos hechos bien determinados que tocan muy de cerca su vida;
dicho de otra manera, he buscado la forma y el orden que le debo dar a mis exposiciones para que puedan tener alguna posibilidad de llevarlos a ustedes, norteamericanos -cuyo mecanismo mental está anormalmente desarrollado en comparación con el de otros pueblos, debido a condiciones que ustedes mismos se han creado- a comportarse de manera normal e imparcial frente a estos hechos.
Y si me ha sido necesario reflexionar larga y seriamente, es porque tengo el sincero deseo, ahora que me es posible, de darles ayuda por medio de mis explicaciones, precisamente a ustedes que son miembros de este grupo norteamericano de seguidores de mis ideas y que, gracias a su devota actitud, tanto hacia mí personalmente como hacia mi trabajo, durante los duros años posteriores a mi terrible accidente, han despertado en mí "datos vivificantes", generadores de benevolencia. Más aún, durante todos estos años se ha ido formando, poco a poco, en mí la firme convicción de que en todos ustedes los norteamericanos, debido sin duda a la lectura por demás abundante de literatura periodística, se ha desarrollado más que en otras gentes un factor anormal que ha llegado a ser, en estos últimos tiempos, una propiedad inherente a los hombres contemporáneos y que actúa sobre su psiquismo general de manera tal que se contentan, como es fácil comprobar experimentalmente, con la asimilación superficial de toda clase de impresiones nuevas, leídas u oídas, sin tener la menor idea de las malas consecuencias que esto puede traer.
A fin de cuentas, me parece que estas reflexiones me han permitido elaborar en el pensamiento una forma de exposición bastante apropiada.
Según este "esquema", me dispongo ahora a suscitar en ustedes y a explicarles varias cuestiones que, estoy seguro, les parecerán, a primera vista, sin ninguna relación con lo que ustedes esperaban oír de mí y que les había prometido decir para su bien; y, sin embargo, sólo esta serie de explicaciones tiene la posibilidad de cristalizar en su "aparato mental" anormalmente constituido, aquellas nociones cuyo conocimiento les será, a mi parecer, no solamente muy útil sino absolutamente indispensable.
Ante todo quiero hacerles conocer dos de los puntos fundamentales del programa detallado que había elaborado, con la idea de introducirlo poco a poco en la vida de los hombres por medio del "Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre".
Este Instituto, dicho sea de paso, fue fundado por mí en Rusia dos años antes del desencadenamiento de lo que hoy en día se llama "la guerra mundial", pero no pude llegar de inmediato a establecer firmemente "sobre sus propios pies" a esta "criatura" mía; tan sólo después de repetidas tentativas en varios otros países -tentativas que debido a la guerra acababan siempre en un *crash,* ocasionándome pérdidas materiales considerables y un enorme gasto de energía, así como una tensión casi sobrehumana de mis fuerzas físicas y morales- llegué hace ocho años, como ya lo he dicho, a instalarlo en el noble país de Francia.
Un párrafo de este programa trataba sobre la realización práctica de un proyecto, según el cual -tan pronto como la cuestión material estuviese más o menos resuelta, tanto para el establecimiento principal como para las otras secciones ya fundadas en aquel entonces, y tan

pronto como el proceso de asimilación de lo que se llama "comprensión" se hubiese más o menos establecido en la naturaleza de los alumnos, gracias a su trabajo sobre sí mismos- yo emprendería de inmediato, con la ayuda de aquellos que hubiesen alcanzado un grado bien definido de lo que todas las escuelas esotéricas anteriormente llamaban "el ser y la comprensión", el abrir al público, en cada gran ciudad de los continentes de Asia, Europa y América del Norte, donde se concentran los intereses de una importante masa de gente, instituciones de un nuevo tipo, que recuerdan a aquellas que existen en la vida ordinaria en nuestros días por todas partes con el nombre de "clubes". Pero la organización interior de estas instituciones públicas de nuevo tipo no tendría nada en común con la de estos "clubes" que han instituido de manera tan singular sus propios principios, reglamentos, opiniones religiosas y económicas, así como diversos pasatiempos tales como la lectura de diarios y periódicos, los juegos de naipes, bailes y mascaradas, conciertos de música variada que por lo general se llevan a cabo, sobre todo en estos últimos tiempos, con "la amable participación" de ciertos personajes que la mayoría de nuestros contemporáneos consideran como "celebridades" y "glorias" y que a mis ojos no representan, debido a su vida anormal y a la de sus antepasados, nada más que una especie de individuos a los que se les designaba, en los tiempos de la civilización babilónica, como "fuentes ambulantes de irradiación maléfica".
En lugar de todas las futilidades en uso en estos clubes que no aportan absolutamente nada sustancial a los miembros, ni para su propio bien ni para el desarrollo real de su individualidad, el programa tenía previsto una serie de lecturas en voz alta, charlas, explicaciones dadas por alumnos especialmente preparados con este fin; y que permitirían, poco a poco, tomar conocimiento, en una sucesión rigurosa, de diversos fragmentos de la suma de informaciones teóricas cuyos principios sirven de base al "Instituto" que he fundado. Luego de haber estudiado estas informaciones, asequibles a la comprensión de todo hombre contemporáneo, cada uno deberá reconocer que si bien todavía la mayoría de la gente las ignora, no por ello dejan de tener, por su verdad, la misma fuerza de evidencia que, por ejemplo, el axioma siguiente: "Cuando llueve, las calles se mojan". Entonces ellas llegarán a ser realmente -entre todo lo que es necesario conocer con el fin de llevar una existencia digna del hombre y no de un animal salvaje- lo más importante de todo, aún más indispensable que el aire que respiramos. Y más tarde, gracias a la convicción suscitada en cada uno por estas informaciones teóricas de que existe una posibilidad y medios efectivos para elaborar definitivamente los datos requeridos para su propio bien, llegará entonces a ser posible emprender todos juntos su puesta en práctica.
El segundo punto de mi programa, que a mi parecer es indispensable que ustedes conozcan, se refería a la puesta en marcha de otro de mis proyectos. Después de haber establecido un *tempo* de vida más o menos equilibrado en la sección principal del Instituto, quería repartir a todos los alumnos, de acuerdo con los resultados obtenidos en su trabajo interior subjetivo, en tres grupos independientes, de los cuales el primero, el grupo exterior, se llamaría "exotérico", el segundo, el grupo intermedio, "mesotérico" y el tercero, el grupo interior, "esotérico".
Al primero, o grupo exotérico, debían pertenecer, por un lado, todos los que acababan de entrar y, por el otro, aquellos que aún no habían adquirido, por sus méritos subjetivos, el derecho de pertenecer al segundo, o grupo mesotérico.
Según el programa fundamental, los alumnos pertenecientes al grupo mesotérico debían ser iniciados, pero sólo en teoría, en todas aquellas cuestiones, inaccesibles para el hombre ordinario, que yo había elucidado en el curso de medio siglo de investigaciones especiales, ya fuera solo, o en el seno de un grupo formado por hombres de la más alta cultura que se habían consagrado a la búsqueda de la verdad objetiva.
En cuanto a los miembros del tercer grupo, el grupo esotérico, debían ser iniciados en todas aquellas cuestiones no solamente en teoría, sino en la práctica, es decir, que debían ser instruidos en todos los medios que dieran la posibilidad real de un perfeccionamiento de sí,

durante un largo período de prueba, en condiciones de control establecidas de manera del todo excepcional.
Agregaré que tenía intención de consagrarme, con los miembros de este tercer grupo, a la búsqueda de medios esta vez asequibles a todos, con el fin de utilizar, para el bien de toda la humanidad, lo que así habría sido comprendido y minuciosamente verificado.

Y ahora, para que puedan "adivinar" por qué he citado precisamente estos dos puntos de mi programa y qué relación pueden éstos tener con mis explicaciones futuras relativas a su bienestar -y para que se forme en su mente tan totalmente mecanizada, como ya lo he dicho, que en ninguna parte sobre la tierra se le podría encontrar su equivalente, un "campo de conexión" para una confrontación lógica de estas explicaciones, como lo habrían definido los antiguos sabios psicólogos- yo encuentro oportuno, y aun indispensable, para adecuarse a la serie de exposiciones ya fijadas en mi pensamiento, decirles, o mejor aun confesarles, antes de hablarles de lo que los toca directamente, que entre los diversos "factores de iniciativa" cristalizados poco a poco en mi subjetividad -como consecuencia de experiencias muy intensas y no de las más agradables por las que tuve que pasar muchas veces durante el período de elaboración y de aplicación de dicho programa- hay dos cuya acción conforme a las leyes provoca casi siempre, en mis asociaciones mentales y emocionales, un sentimiento de "amargura" difícil de asimilar.
El primero de estos "factores psíquicos de iniciativa", que aún hoy en día a menudo me llegan a irritar, se formó en mí precisamente durante el período en que estaba elaborando mi programa, debido a la lucha incesante que libraban entre sí mi conciencia y mi naturaleza.
Debo decirles que muchos años antes de la fundación del Instituto, mientras elaboraba este programa y ponía a punto todos los detalles, para resolver diferentes problemas no sólo tuve que solicitar consejo a algunos de los seres honorables e imparciales que he tenido la fortuna de encontrar por azar en mi vida -varios de los cuales, dicho sea de paso, y contrariamente a la opinión general en cuanto al carácter riguroso de los límites de la vida humana, habían ya sobrepasado dos siglos de existencia, habiendo entre ellos algunos que se mostraban lo suficientemente intrépidos como para esperar franquear la cumbre del tercer centenario- sino que, con referencia a cuestiones especiales, aun me fue necesario consultar a diversas personas que no mostraban nada notable y que sin dejar de figurar como autoridades en ciertos aspectos de la vida contemporánea relacionada a estas cuestiones, sin embargo, como es habitual en esta categoría de hombres contemporáneos, estaban literalmente "rellenos" de "propiedades encantadoras" tales como "presunción", "vanidad", "ambición", "adulación" y así sucesivamente.
El hecho de haber estado obligado, a costa de un gran esfuerzo, a soportar estas propiedades y a tenerlas en cuenta en mis relaciones exteriores, fue el origen de la formación, en mi presencia, del primero de estos "factores de iniciativa".
En cuanto al segundo "factor psíquico", se formó a partir del segundo año de mi instalación definitiva en Francia, en las condiciones más o menos favorables de las que ya he hablado, cuando comencé a trabajar en la realización del programa que me había trazado y su aparición fue provocada por la "satisfacción de sí" surgida en diversas personas que por entonces estaban en contacto conmigo en las circunstancias que siguieron.
A pesar de la imperiosa necesidad en que me encontré, apenas llegado a Europa, de consagrar al menos la mitad de mis fuerzas físicas y psíquicas a enfrentar la gran crisis financiera que había sufrido poco tiempo antes debido a la repugnante estupidez de los detentores de poder en Rusia -y aunque me fue necesario pasar la otra mitad de mi tiempo en la formación teórica y práctica de setenta alumnos, con el fin de prepararlos especialmente para demostraciones que proyectaba organizar el año siguiente, un poco por todas partes en Europa y en Norteamérica y cuya meta era poner de manifiesto los resultados efectivos de mis nuevas

ideas, con su posible aplicación a la vida- pese a todo logré llevar mi trabajo de tal manera que, desde el segundo año de existencia del Instituto en Francia se formaron, tanto en mí como en todos aquellos que se encontraban en contacto conmigo y que estaban más o menos al corriente de mis intenciones, datos que suscitaban la firme convicción de que muy pronto sería posible realizar prácticamente los dos puntos de mi programa que he expuesto: dividir a todos los alumnos que vivían en el Instituto en tres grupos distintos a fin de emprender con cada uno de estos grupos los estudios teóricos y prácticos ya previstos y, por otra parte, abrir en las ciudades en que se concentran los intereses de una gran masa de personas los "clubes" de nuevo tipo sobre los que ya he hablado.
Por desgracia, nada de lo que así había sido previsto, hasta en los menores detalles, para el bien de todos, se pudo realizar, debido al acontecimiento que ustedes conocen y del que fui víctima hace seis años, acontecimiento que todos aquellos que me conocían y habían oído hablar de él atribuyeron (con la comprensión superficial que les es propia, cualquiera que fuere su grado de instrucción) a un simple "accidente de auto", mientras que en realidad -como lo sospeché desde el instante en que recobré el sentido, y como estoy ahora del todo convencido- me el último "acorde de manifestación" hacia mí de ese "algo" que ordinariamente se acumula en la vida colectiva de los hombres -que me advertido por primera vez, como ya lo he señalado en *The Herald of Coming Good,* por el Gran, realmente Gran Rey de Judea, Salomón -y que lleva el nombre de "Tzvamohamo".
Regresando a la exposición detallada de los hechos de este período, indispensable para comprender mis explicaciones actuales, debo decir que, desde el comienzo, cuando todo estaba más o menos establecido para asegurar la existencia ordinaria de un gran número de personas en las dos propiedades que había adquirido en Francia, el Castillo del Prieuré y el Paradou, y cuando apresuradamente se terminó la construcción de un gran edificio especial que ustedes han conocido luego bajo el nombre de *Study House,* organicé conferencias casi todos los días para los alumnos del Instituto, tanto para aquellos que acababan de ser admitidos, en Europa misma, como para los que me habían seguido desde Rusia o los que se habían unido a nosotros en el trayecto del viaje durante nuestro éxodo del Cáucaso a Europa cuando, debido a toda clase de complicaciones políticas, me fue imposible realizar ni un solo punto de mi programa, ni siquiera instalarme en cualquier parte de manera permanente.
En estas conferencias, en vez de limitarme como antes, a una exposición sumaria de ciertos aspectos cuyo conjunto ilustraba la esencia de mis ideas, escogí, para desarrollarlas de manera más substancial, cierto número de informaciones, entre los datos que había recogido y repartido en veinticuatro secciones, solamente aquellas cuya asimilación es absolutamente requerida de cada uno antes de emprender un trabajo efectivo sobre sí mismo.
Para permitirles una mejor comprensión de lo que sigue, considero indispensable repetirles algunas de estas explicaciones.
Entre otras cosas, yo les dije que para un hombre que haya reconocido con su razón lo que vale en realidad -es decir, al reconocer la importancia exagerada que atribuye a su pretendida individualidad, la cual, según su propia apreciación imparcial en estado de calma, no representa sino casi una completa "nulidad"- el trabajo esencial es adquirir la capacidad de consagrar, por cierto tiempo, todas sus posibilidades y todas sus fuerzas a comprobar el mayor número posible de los hechos anormales que se producen durante sus diversos funcionamientos físicos y psíquicos; dicho de otra manera, de practicar lo que se llama "la observación de sí".
Y todo esto es absolutamente indispensable a fin de que el conocimiento de estos hechos indeseables, reconocidos hasta ahora sólo por su mente y aun carentes de sentido para su presencia general, impregne gradualmente su naturaleza y, al cristalizar en él una firme convicción respecto a todo lo que ha aprendido, suscite en su presencia general, de acuerdo con un proceso conforme a las leyes, una energía de gran intensidad, la única que hace posible

el trabajo ulterior sobre sí mismo, energía que, entre otras cosas, se manifiesta por un esfuerzo constante a fin de adquirir el poder, durante el día -dicho de otra manera, durante su "estado de vigilia"- de recordarse de sí mismo por un tiempo determinado.
Y a su vez, este poder le es necesario al hombre que, sólo con su mente, ha reconocido su nulidad y que ha decidido luchar conscientemente contra las anomalías que él mismo ha comprobado, anomalías que están cristalizadas en su individualidad debido a las condiciones inadecuadas en que ha pasado su edad preparatoria y que se manifiestan como toda clase de debilidades cuyo conjunto engendra su falta de voluntad, su falta de carácter, su inercia, y así sucesivamente. Este poder, digo, le es necesario si quiere aprender, en lo posible, a no "identificarse" con las condiciones circundantes y, mientras continúa la observación de sus manifestaciones interiores y exteriores, a dominar en sí mismo los diversos sentimientos de parcialidad que le han llegado a ser inherentes y a constatar así más profundamente, tanto en su psiquismo como en su cuerpo físico, la presencia de numerosos factores que su propio consciente ordinario considera ser -y ya no sólo con su "mente", completamente nula en este caso- del carácter negativo de estas propiedades indignas de un hombre, luego -esta vez también con todo su ser y no sólo con su "mente" completamente nula- para llegar a ser un hombre que quiere realmente trabajar sobre sí mismo.
Debido a la importancia de esta cuestión, quisiera repetir y subrayar aquí que todo esto es indispensable para que en el hombre que trabaja sobre sí mismo de una manera rigurosamente conforme a las leyes pueda aparecer y acumularse la energía necesaria para preservar en su trabajo con la intensidad de esfuerzo y el poder de acción sobre sí que son los únicos que permiten que se opere la transmutación de su propia "nulidad" en ese "algo" que él debería haber sido -aunque sólo sea según su sentido común, este "sentido común" que, aunque raramente, se manifiesta en cada uno de nuestros contemporáneos cuando las circunstancias no se le oponen- dicho de otra manera, en esta "Corona de la Creación" que todo hombre está llamado a ser en vez de lo que se ha convertido, sobre todo en estos últimos tiempos, y tal como él se ve en momentos de sinceridad: un animal doméstico cuyas percepciones y manifestaciones todas están automatizadas.

Ahora les diré algunas palabras sobre los acontecimientos que me obligaron a emprender mi primer viaje a su país, los Estados Unidos.
Fui obligado a tomar esta decisión en el momento más intenso de mi actividad, cuando surgieron de nuevo a gran escala, en la "tierra fértil para todo tipo de escándalo" que se llama Rusia, perturbaciones que me atañían personalmente sólo porque aún vivía allá cierto número de esas desafortunadas criaturas bípedas hacia las cuales se había constituido en mí, debido a la voluntad del Destino, un impulso que me obligaba constantemente a ayudar a que también estos brotes cósmicos pudiesen continuar respirando; dado que la Gran Naturaleza, al considerar, sin duda, la complejidad de los medios adecuados que faciliten la asimilación del aire por el organismo, les había privado de ellos, evidentemente por falta de tiempo. Tanto es así que mi pobre "Ministro de Finanzas" no podía dejar de gritar a cada instante: "¡Auxilio! ¡Auxilio!" y que pronto yo tuve que resolverme, sin esperar a terminar los preparativos en marcha, a venir de inmediato donde ustedes, norteamericanos -que, en aquel entonces, literalmente desaparecían bajo una espesa capa de dólares-con sólo el material que ya estaba más o menos preparado.
En el curso de los seis meses que pasé entre ustedes, en esa mi primera estadía en los Estados Unidos, no solamente llegué a poner en orden de manera satisfactoria la cuestión material del Instituto, sino a preparar todo lo que era necesario para la fundación de varias secciones permanentes en este continente.
Habiéndome convencido plenamente de la posibilidad de llevar a cabo aquí, en el futuro, vastos planes en relación con mis ideas, sin pérdida de tiempo organicé en Nueva York clases

temporales de movimientos rítmicos y de música, con la intención de abrir en mi próximo viaje -que confiaba realizar seis meses más tarde- la rama fundamental del Instituto en los Estados Unidos.
Y justamente en esta fase de mi actividad, destinada a introducir en la vida el programa que había elaborado en detalle para el bien de los hombres, me sacudió, tan pronto como regresé a Europa, esta "desgracia" que, entre otras cosas, me impidió el regresar aquí y que sería el germen de todos los malentendidos ulteriores con respecto no sólo a mis ideas, sino a mi propia persona.
La multiplicación y florecimiento de los malentendidos, ya muy numerosos anteriormente, relativos a mí mismo y a la realización de mis proyectos, y que parecían surgir de un cuerno de abundancia, tuvieron, como causa principal, el que, durante varios meses, como consecuencia de esta "desgracia", perdiera enteramente la memoria y luego, por varios meses más, me mantuviera en un estado de semiconciencia.
El terreno en que proliferaban todos estos malentendidos referentes a mis ideas resultó ser particularmente fértil desde el momento en que, al recobrar, poco a poco, junto a la memoria, mi habitual espíritu de iniciativa, comencé, por las razones ya expuestas en el último capítulo de la primera serie de mis obras, a liquidar todas las secciones de mi Instituto, comenzando por la principal.
Ahora bien, los que vivían allí, en base al nuevo reglamento del Instituto, según su "grado de ser y de comprensión", pertenecían casi todos a diferentes naciones independientes que anteriormente formaron parte del Imperio Ruso, y ya no tenían la posibilidad de regresar a su madre patria, donde aún reinaba por todas partes la psicosis de masas que se había declarado varios años antes. Ante los acontecimientos, se vieron entonces forzados a dispersarse en diversos países europeos, en Inglaterra e incluso en Norteamérica, según el lugar de residencia de sus amigos y conocidos. La mayoría de estos primeros alumnos de mi Instituto, al encontrarse dispersados, cayeron en la dura situación que aún ahora es la de casi todos los refugiados de esta Rusia antes próspera. No teniendo los datos necesarios para ganarse normalmente la vida adaptándose a las condiciones locales, sin duda se acordaron de repente de algunas migajas de la información general que habían oído en el Instituto, y desde entonces -consciente o inconscientemente, éste no es el punto-, aprovechándose del desequilibrio general de las mentes, consecuencia ineluctable de la guerra mundial, decidieron "predicar" mis nuevas ideas.
De hecho, todos estos alumnos, de acuerdo con su "ser subjetivo", pertenecían sólo al "grupo exotérico" mencionado anteriormente; dicho de otra manera, no tenían sino el ser de un hombre ordinario y por lo tanto poseían todas las características propias del hombre contemporáneo, entre las cuales, inevitable y hasta obligatoriamente, se encuentra aquella que consiste en que cada uno de ellos no se puede interesar en nada nuevo sino en la medida en que pueda sacarle lo que corresponda a su ya constituida subjetividad para hacer de ello el centro de gravedad de sus reflexiones. Cada uno se puso entonces a "enseñar" de manera unilateral a las víctimas de este "desequilibrio de las mentes", ya sea oralmente, ya sea por escrito, las migajas de informaciones rebuscadas aquí y allá cuando estuvo cerca de mí personalmente o de mis alumnos más antiguos que yo había preparado para la futura difusión de mis ideas a gran escala.
Además, es interesante notar que por aquella época el recuerdo de mi propia persona cesó casi enteramente de molestar a estos "predicadores" que estuvieron más o menos en contacto con mis experiencias anteriores.
Entre las numerosas particularidades que puse en claro durante mis recientes observaciones relativas a la aparición de cierta propiedad específica en el psiquismo de aquellos que, en diferentes países, han llegado a ser seguidores de mis ideas, pienso que me bastará con señalar una de ellas, debido al hecho de que la totalidad de los datos del funcionamiento psíquico, que

se cristalizan ordinariamente en los hombres bajo la acción de las influencias mecánicas de su medio, termina por constituir un factor de iniciativa automático para la manifestación de su subjetividad. Esta particularidad consiste en que estos seguidores están poseídos, tanto en el flujo automático de sus asociaciones como durante sus semiconscientes intercambios de opiniones, por la necesidad de discutir con entusiasmo y obstinación, como empujados por una verdadera idea fija que perciben y manifiestan con la mayor intensidad e inevitablemente toman como temas, con exclusión de los otros, ciertas informaciones, a veces totalmente insignificantes, que aclaran sólo un aspecto particular de una de las numerosas cuestiones que sólo en conjunto puede poner en evidencia la esencia de mis ideas.

Por ejemplo, en aquellos seguidores que habitan una cierta región de Rusia, la única parte de la suma total de las informaciones recogidas, de aquí y de allá, que se halla cristalizada muy fuertemente en su, por así decirlo, "consciente" es la que, por ejemplos y analogías, explica teóricamente que la presencia general del hombre está compuesta por tres partes independientemente constituidas y entrenadas y sólo sobre esto se apoyan para establecer la verdad de todas mis ideas. En otros, establecidos en una región diferente, se ha cristalizado, a partir de diversos fragmentos de explicaciones probatorias, la única idea que el hombre que jamás ha trabajado intencionalmente para su perfeccionamiento no solamente carece de alma, sino también de espíritu.

Los que viven en Alemania, especialmente en Baviera, gracias a ciertas informaciones asimiladas sobre la posibilidad de una alimentación efectiva a partir del aire, y no solamente del alimento ordinario, han tomado como "manía" la idea de dar a su sangre tal composición que, sin dejar de responder a las exigencias del cuerpo físico, adquiera la propiedad de contribuir al mismo tiempo a la cristalización y al perfeccionamiento de su cuerpo astral.

Para los que habitan en la capital de Inglaterra, la "chifladura" -o mejor dicho, lo que convenía más a su "alma inglesa", y se ha vuelto la idea fija de su psiquismo- fue la conclusión sintética de la totalidad de mis informaciones teóricas definida por la expresión "recordarse de sí mismo", noción considerada como una necesidad.

Los que hoy viven en el norte de Grecia han dado su preferencia, hasta hacerla el centro de gravedad de mis ideas, a la "Ley de Siete", a los "tres aspectos de existencia" de todo acontecimiento, y así sucesivamente.

En cuanto a ustedes, norteamericanos, que constituyen, precisamente el presente grupo, la idea fija se basa en fragmentos aislados, también éstos recogidos de aquí y de allá, de ese único elemento -extraído de las veinticuatro secciones que constituyen las divisiones fundamentales de la suma total de informaciones que contienen la explicación teórica de mis ideas- del cual les he dicho recientemente que se refería a la cuestión de la "observación de sí", subrayando que este elemento era requisito obligatorio al comienzo del trabajo sobre sí.

SEGUNDA CONFERENCIA

Dictada por mí, en el mismo lugar, ante un auditorio mucho más grande.

La última vez, en la segunda mitad de mi conferencia, hablé de las sospechas que han tomado cuerpo en mí, referentes a la aparición, en el psiquismo de los miembros de diferentes grupos, de una particularidad de lo más indeseable, debido a una falsa interpretación de mis ideas. Hoy les daré mis primeras explicaciones al respecto, pero exclusivamente en lo que les concierne a ustedes, ustedes norteamericanos, que desde el comienzo han formado parte del grupo y que, por consiguiente, son también ustedes seguidores de mis ideas. Luego de las observaciones y de las investigaciones detalladas a las cuales me he entregado en estos últimos días, ahora quiero participarles la opinión bien definida que tengo sobre la manera y el orden en que se han establecido las condiciones propicias para la cristalización en su psiquismo de este factor tan pernicioso. Digo pernicioso porque, como muy a mi pesar he descubierto, en vez de datos de un "nivel superior" que obligatoriamente habrían debido constituirse en ustedes -ustedes a quienes les ha sido dado por casualidad entrar prematuramente en contacto con verdades cuyo descubrimiento me había exigido medio siglo de esfuerzos conscientes, casi inconcebibles en nuestros días, verdades que abren a cada quien la posibilidad de adquirir el ser de un hombre real- se formó en la mayoría de ustedes, lo compruebo hoy con toda imparcialidad, algo totalmente opuesto.

Para hablar francamente, casi todos ustedes dan la impresión de reunir todas las condiciones para llegar a ser, de un momento a otro, clientes de uno de esos establecimientos neoyorquinos, organizados a escala norteamericana, que se llaman "manicomios" y que son mantenidos aquí por los discípulos de las sufragistas inglesas.

Para ustedes, norteamericanos, el surgimiento de este mal, que se desarrolló a partir de una falsa comprensión de mis ideas y ha tomado, paulatinamente, una forma definida, se debe a los acontecimientos siguientes:

Al principio del segundo año de existencia del Instituto en Francia, me vi forzado, aún antes de haber logrado preparar el material para las demostraciones, a decidirme, como ya lo he dicho, a dirigirme de inmediato donde ustedes, norteamericanos, cuyo carácter me era todavía extraño, con el fin de no verme reducido, así como todos aquellos que me eran indispensables para lograr mis intenciones, a vivir de "frijoles en salsa de clavos"; en efecto, para mi infortunio, así como para el de muchos de sus compatriotas llegados a ser luego los objetivos de mi principal especialidad periódica, la cual es de "esquilarle la mitad de su lana a quienquiera que pase cerca", todos mis compañeros estaban contagiados, en esa época, de una enfermedad que, entre otras cosas, suscita en el psiquismo del paciente, la tendencia irresistible a tener en uno de sus bolsillos "un piojo amarrado" y en el otro "una pulga encadenada". Por lo tanto creí necesario, a fin de que se preparase algo en Nueva York para la llegada de un número tan grande de personas, enviar como avanzada, en el barco que nos precedía, a uno de nosotros, escogido entre los que tenían experiencia y en quien pudiese confiar.

Dado que poco antes la mayoría de mis "alumnos de primer rango" -como se llamaban a sí mismos- que habrían estado calificados para ello habían sido enviados por mí (para el bien de todos) a diferentes países de Europa y Asia con el fin de cumplir allí misiones precisas, mi elección, entre aquellos que estaban cerca de mí y que me parecían más calificados para este viaje preliminar, se dirigió hacia uno de los más antiguos seguidores de mis ideas, que por entonces era el médico principal del Instituto, el Dr. Stjernvall; sin embargo, como en aquella época no tenía el menor conocimiento del inglés, resolví designarle, a título de asistente y de traductor, a uno de mis nuevos alumnos

británicos.
Después de una revisión mental de todos ellos y considerar la aptitud de cada uno para este viaje, me decidí precisamente por uno de los alumnos ingleses recientemente ingresados al Instituto que, según la "ficha individual" abierta a su nombre -como se tenía costumbre de hacer con cada uno de ellos- había ejercido la profesión de periodista y que, como tal, debía conocer su propio idioma a la perfección.
Este antiguo periodista inglés, que yo había destinado, en principio, a las funciones de traductor y de asistente del Dr. Stjernvall, primer "mensajero de mis nuevas ideas" en los Estados Unidos y que llegó a ser un poco más tarde el colaborador de mi traductor personal, el señor Ferapontov (alumno del Instituto y participante en las presentaciones de "movimientos rítmicos", que fue luego designado para ser uno de los tres "gerentes", cuya tarea era organizar las presentaciones, las conferencias y todas mis citas de negocios), este periodista, digo, era el hombre que, por circunstancias fortuitas -debidas, en parte, a la catástrofe de la que fui víctima y, en parte, a la singular anomalía cristalizada en la vida familiar de los hombres contemporáneos, especialmente entre ustedes, norteamericanos, y según la cual la dirección del trabajo del hogar recae sobre la mujer- ha llegado a ser luego su guía principal: hablo, como seguramente deben haberlo adivinado, del señor Orage.
He aquí el orden en que se desarrollaron los acontecimientos que siguieron, acarreando los tristes resultados de los que me dispongo a hablarles:
Hacia el final de mi primera estadía en Norteamérica, después de haber llevado a cabo de manera más bien satisfactoria el conjunto de mis planes, estaba listo para volver a Europa, con la intención de regresar seis meses más tarde para abrir en algunas de sus grandes ciudades una rama permanente del Instituto. Un día, poco antes de mi partida, pensaba en voz alta delante de los que me acompañaban y me preguntaba acerca de quién debía dejar para continuar lo que se había iniciado y preparar el terreno para mi próximo regreso; el señor Orage, que se encontraba también allí, repentinamente ofreció sus servicios y, muy excitado, declaró estar seguro de su aptitud para cumplirlo brillantemente.
Estimé que él se adecuaba por completo para llevar a cabo la preparación necesaria, debido, ante todo, a su probado conocimiento del idioma inglés, de lo que me había podido convencer en Nueva York, y también a su buena prestancia, lo que, como es fácil de comprender, desempeña un papel importante en todas las relaciones de negocios, especialmente entre ustedes, norteamericanos; acepté su oferta y comencé de inmediato a explicarle ciertos detalles relativos a la preparación.
Como me enteré más tarde, la causa real de su oferta y de su entusiasmo era que durante nuestra estadía en Nueva York había comenzado un idilio, que en ese momento estaba en su apogeo, con una vendedora de aquella librería que lleva el nombre tan original de *Sunwise Turn,* donde yo acostumbraba organizar desde el principio y, para un reducido número de sus compatriotas, reuniones en las cuales, contestaba, entre otras, a diferentes preguntas sobre mis ideas.
Ahora bien, como ya lo he dicho, al final de la primera semana después de mi regreso a Europa, fui víctima del accidente automovilístico que, por más de tres meses, me hizo perder toda memoria y todo poder de reflexión y me mantuvo en cama por otros seis meses en un estado de semiconciencia en el que sólo controlaba a medias las dos facultades fundamentales en las que reposa la responsabilidad del hombre y que condicionan su individualidad.
Todo esto produjo el desencadenamiento de una gran crisis en mis negocios, crisis que tomó, poco a poco, tales proporciones que hacían temer la catástrofe definitiva y fue entonces cuando, desde mi lecho, a pesar de una gran debilidad física, justo al principio de este segundo período de evolución de mi salud, al darme perfecta cuenta, durante mis momentos de lucidez, de la situación que se había creado, comencé a dar órdenes y a tomar toda clase de medidas para la liquidación acelerada de todo lo que se relacionaba al Instituto, el cual, en

ausencia de un hombre de negocios entre las personas que me rodeaban, producía constantemente enormes gastos sin garantizar el menor ingreso. Al mismo tiempo, me fue necesario inventar toda clase de combinaciones para hacer frente a los innumerables malentendidos que esta liquidación hacía surgir, así como a las manifestaciones perniciosas de diversas clases, habituales a ciertos degenerados de los que he hablado.
Entre tanto, durante el período en que el funcionamiento de mi poder habitual de reflexión comenzaba intermitentemente a restablecerse, permitiéndome comprender claramente lo que había pasado e imaginar diferentes modos para salir de la situación, uno de los que me rodeaban, que por entonces actuaba como mi ministro de finanzas, puso en mi conocimiento una enojosa cuestión de dinero cuya solución superaba mis capacidades y me dijo que justamente acababa de recibir de Norteamérica, esa misma mañana, mil dólares del señor Orage, agregando que era la tercera vez que recibía igual suma y que siempre llegaba muy oportunamente.
Durante los meses que siguieron, como mi estado aún no sufría ningún cambio, o casi ninguno, y como apenas durante mis momentos de lucidez podía discutir los asuntos concernientes a la liquidación en marcha e imaginar diferentes soluciones para salir de esta situación desesperada, me olvidé por completo del señor Orage y de la solicitud de que había dado prueba tanto hacia mí como hacia mi obra.
Después de más de un año de esta conversación sobre el dinero enviado de Norteamérica debido a sus atenciones, al haberse mejorado mi estado de salud y habiéndose más o menos neutralizado las amenazas de catástrofe inminente, vine a saber que estos "envíos" del señor Orage, en los que algunos de los compatriotas de ustedes habían participado, aunque disminuidos en amplitud, no habían cesado. Desde entonces modifiqué mi decisión inicial de cerrar las puertas de mi casa a todo el mundo e hice una excepción con ustedes, norteamericanos, que conforman este grupo y, en general, con todos aquellos de sus compatriotas que habían mostrado interés por mis ideas. A partir de ese momento, no sólo mis puertas les estuvieron siempre abiertas, sino que, en lo que concierne a algunos de ustedes cuya verdadera adhesión a mis ideas me había sido garantizada por alguien que ya me había probado su lealtad en este aspecto, me esforzaba siempre, en la medida en que mi intensa concentración sobre las serias cuestiones planteadas por mis escritos me lo permitía, por encontrar el tiempo para concederles entrevistas.
Para volver a la idea fija que sirvió de factor para la cristalización progresiva en el psiquismo de ustedes de la particularidad específica de la que he hablado, es muy probable que haya tenido como única causa -como lo comprendo ahora después de confrontaciones detalladas y de "deducciones estadísticas" basadas en mis encuestas personales entre varios miembros de este grupo y de sus allegados- la siguiente serie de acontecimientos:
El señor Orage, a quien había dejado en Norteamérica -y cuya única ocupación había sido, ante todo, cumplir mis instrucciones con miras al segundo viaje que proyectaba y que seguía tan cautivado por mis ideas, no estando aún enteramente bajo la influencia de su "ángel del hombro izquierdo"- desde que se enteró en todos sus detalles de la catástrofe que yo había sufrido, se dedicó, durante varios meses, a recolectar dinero para enviarme una parte al Prieuré, aprovechándose de la fuerte impresión que yo había hecho sobre los compatriotas de ustedes que se mantenía por inercia.
Al mismo tiempo, al querer dar evidentemente a estas colectas una justificación exterior, comenzó a dirigir, sin mi permiso, las clases de "Movimientos rítmicos" que yo había organizado en Nueva York. Además, comprendiendo tanto la necesidad como la enorme dificultad de procurarse los medios para enviarme dinero y al mismo tiempo hacer frente a los excesivos gastos de su nueva vida de familia -porque su idilio terminó en matrimonio con la vendedora del *Sunwise Tum,* una joven norteamericana cuyo tren de vida estaba fuera de proporción con su situación- se puso, a fin de aumentar sus recursos, a organizar charlas

análogas a las que había oído en el Instituto, sobre temas que había estudiado mientras estuvo allí.
Cuando hubo agotado todo este material, como no recibía de mí nada nuevo, ni aun la menor indicación sobre lo que tenía que hacer al respecto, ni cómo ir más lejos, de buen o mal grado se vio obligado a continuar, sirviéndose de lo poco que había asimilado durante su estadía en el Instituto en calidad de alumno ordinario y, con este saber de lo más limitado, a "manipular a lo largo y a lo ancho".
Como yo me di cuenta de ello recientemente, en el transcurso de mi estadía actual, al interrogar a algunos de sus compañeros que desde el principio habían formado parte del grupo dirigido por el señor Orage, éste, como un buen "malabarista", supo cómo entendérselas con sólo los datos preliminares -provenientes de la suma total de informaciones que aclaraban el conjunto de mis ideas- que se referían a la cuestión de la que he hablado en la conferencia precedente, aquella de "la observación de sí", es decir, con una ojeada sumaria de informaciones que, si bien son indispensables para comenzar, a quienquiera que intente luchar por conocer la verdad, no dejan de conducir infaliblemente, si llegan a ser el centro de gravedad de su pensamiento, como ya lo he establecido y verificado desde hace mucho tiempo, a este resultado que muy a mi pesar compruebo hoy en casi todos ustedes.
La situación que se había creado al comienzo de mi actividad de escritor, debido a la catástrofe que había sufrido, se ha prolongado hasta la fecha.
Hoy, después de una interrupción de siete años de la puesta en práctica progresiva del programa detallado del que ya hablé y que había llegado a ser la meta y el sentido de mi vida, habiendo finalmente cumplido la parte más difícil y la más esencial de la tarea que durante todos estos años había exigido toda mi atención y esfuerzo incesantes, decidí, mientras terminaba la parte más fácil de esta tarea, consagrarme de nuevo a la realización de mi programa, pero esta vez apoyándome en los resultados obtenidos en el transcurso de estos últimos años de labor intensa y continua, concretados bajo la forma de diez gruesos volúmenes. En otros términos, tengo la intención de dar una pulida definitiva a mis escritos para hacerlos accesibles a la comprensión de cualquier hombre ordinario y mientras sigo este trabajo en las mismas condiciones de antes, es decir, escribiendo, durante mis viajes, en diversos cafés, restaurantes y otros lugares públicos, aprovechar mis estadías, fortuitas o intencionales, en los diferentes centros de civilización contemporánea, satisfaciendo las condiciones requeridas, para preparar el terreno con miras a la organización de los "clubes" de los que hablé la última vez.
Ahora bien, me encuentro aquí entre ustedes en el momento en que han aparecido condiciones que me dan la posibilidad de emprender la realización de mis planes; así que he decidido, durante mi estadía, consagrar todo el tiempo que me permitirá el cumplimiento de mi tarea fundamental a la organización y apertura del primero de estos clubes.
La apertura aquí en Nueva York, con la participación de miembros de este grupo, de esta sección, la primera no sólo para Norteamérica, sino para todo el planeta, de todas las secciones del club principal, cuya sede se encontrará en Francia en el Castillo del Prieuré, será en mi opinión, por todo concepto, legítima, y aun objetivamente justa.
Será legítima y justa, porque ustedes, norteamericanos, y sobre todo los que componen este grupo y han estado largo tiempo en contacto con mis ideas, han sido los únicos en testimoniarme su reconocimiento durante los duros anos de crisis; además, después de mi infortunio, mientras me dedicaba por entero a mi nueva profesión de escritor y rompía todo contacto con personas de todo rango y clase que frecuentaba antes en diversos países de Europa, ustedes han sido igualmente los únicos con los que he mantenido relaciones personales -exceptuando, claro está, los mozos y empleados de diversos cafés y restaurantes-.
Y bien, ¡mis amigos impuestos por el destino! Tengo ahora que decirles que a pesar de mi más sincero deseo, ustedes bien lo saben, de organizar con ustedes, aquí mismo, la primera

sección de la "semilla fundamental" de una institución estrechamente ligada a mis ideas, me doy cuenta, después de haber analizado imparcialmente, a plena conciencia, todo el pasado, y confrontado algunos hechos evidentes, que no puedo cumplir en paz este deseo tan querido por mi naturaleza.
Esta contradicción en mi estado interior viene de haber comprendido claramente que algunos de ustedes -ya sea porque siempre han sido así o debido a diversos malentendidos que en estos últimos años han surgido en la vida interior de su grupo- no corresponden en lo más mínimo a las condiciones que deben ser exigidas a los miembros de esta primera institución, que en mi opinión debe llegar a tener en el futuro una importancia considerable para toda la humanidad.
Durante mi estadía entre ustedes, más de una vez ha reflexionado seriamente sobre la situación que se había creado, sin haber llegado jamás a encontrarle una salida, pero hoy, después de haberme dado cuenta de que por un año al menos, si no más, estaré totalmente absorbido por cuestiones relacionadas con mis escritos y que por otra parte estaré obligado a volver a Nueva York el próximo año por un asunto que no tiene ninguna relación con ustedes, he tomado la decisión categórica de retardar por un año la fundación de estos clubes y consagrar todo mi tiempo, hasta terminar mi estadía aquí, a reorganizar yo mismo su grupo.
Tengo la intención de introducir en él ciertos principios de vida estrechamente ligados a mis ideas que, cueste lo que cueste, deberán ser puestos en práctica. Estos principios podrán entonces contribuir, en el psiquismo general de algunos de ustedes, a la cristalización acelerada de datos que les permitan, para mi próximo viaje, llegar a ser dignos de ser miembros de la "semilla constitutiva" de esta primera institución; mientras que en el psiquismo general de los otros favorecerán la cristalización de datos que los lleve a reconocer sinceramente su ineptitud para ser miembros de esta primera "institución tipo", de tal manera que, al comprenderlo, se retiren por sí mismos.
En otros términos, he decidido dedicar todo mi tiempo libre, primero, a establecer yo mismo, en el plazo requerido, las bases necesarias que le permitan a la persona que tengo intención de enviarles, el hacerse cargo de todo lo que exigirá, en estrecha concordancia con mis ideas, la estricta realización de los planes fijados; y, segundo, a purificar su grupo de los elementos que no sólo no pueden sacar de las condiciones existentes ningún provecho para sí mismos, sino que correrían peligro de mostrarse como muy, pero muy dañinos, en cuanto a la elaboración y a la puesta en marcha del programa general de este nuevo grupo.
La segunda parte de este plan, que consiste en purificar su grupo de estos elementos indeseables, se efectuará por sí misma desde el principio, ya que se pondrán ciertas condiciones bien definidas a todos los miembros, condiciones que no dejarán lugar a ninguna componenda y las cuales, probablemente, no todos ustedes podrán suscribir; de manera que algunos abandonarán espontáneamente.
Para tener derecho a ser miembro de este nuevo grupo, serán puestas por mí desde los primeros meses de su existencia trece condiciones obligatorias, absolutamente necesarias; siete de ellas serán de "carácter objetivo", es decir, que concernirán a todo el grupo y deberán cumplirse por todos sin excepción y las otras seis serán "de carácter subjetivo" y concernirán personalmente a algunos de los miembros del antiguo grupo, para quienes habrán sido establecidas.
A propósito de estas condiciones subjetivas, es necesario decir que su carácter se desprenderá de las observaciones que ya he hecho o que me propongo hacer, sea por mí mismo o por conducto de aquellos que las tendrán a su cargo, sobre los rasgos específicos de una subjetividad que se ha constituido en cada uno de ustedes a partir de ciertos datos psíquicos que provienen del tipo y de la herencia, o que ustedes han adquirido durante el período en que eran miembros con iguales derechos en el antiguo grupo.
En cuanto al sentido de las trece condiciones y a los motivos que justifican lógicamente su

necesidad, le daré una explicación previa de ellas sólo a aquellos que consientan y se comprometan por un juramento especial, cuya forma les voy a dar en parte ahora y en parte más tarde, a cumplir estrictamente la primera de las siete condiciones objetivas que acabo de mencionar.

Habiendo dicho esto, llamé a mi secretario y le dicté el texto siguiente:
"Yo, el suscrito, tras madura y profunda reflexión, sin estar bajo la influencia de nadie más, sino por mi propia voluntad, prometo bajo juramento no tener, salvo por instrucciones del señor Gurdjieff o de una persona que lo represente oficialmente, ninguna especie de relación, hablada o escrita, con ninguno de los miembros del antiguo grupo de los adeptos a las ideas del señor Gurdjieff que existió hasta ahora bajo el nombre de 'Grupo Orage' y no tener ninguna relación, sin permiso especial del señor Gurdjieff o de su delegado, con el mismo señor Orage".
"No tendré relaciones sino con aquellos de los miembros del antiguo grupo cuya lista me será dada durante las reuniones generales del nuevo grupo exotérico".
Habiendo leído en voz alta el texto de este compromiso, continué:
Aquellos de ustedes que, "tras maduras y profundas reflexiones", como se dice en el texto que acabo de leer, acepten firmar este papel, deberán hacerlo desde ahora hasta el mediodía de mañana, en presencia de mi secretario-traductor.
En cuanto al día y lugar en que se tendrá la primera reunión general de este nuevo grupo exotérico, todos los que hayan firmado el papel en el plazo fijado serán avisados a tiempo.

TERCERA CONFERENCIA

Dictada por mí ante un auditorio bastante limitado

Con el propósito de que el conjunto de mis exposiciones y aclaraciones -así como las exposiciones de los diferente» instructores que he preparado especialmente y que tengo intención de enviar aquí de vez en cuando a partir de este año- sean productivas y den resultados reales durante las futuras reuniones generales y los encuentros privados de ustedes, en otras palabras, para que todas sus conversaciones acerca de mis ideas dejen de tener carácter específico que han tenido hasta ahora, lo que n ha hecho calificarlas recientemente de "sesiones colectivas de titilación", quiero darles, desde hoy, durante esta "primera reunión sobre nuevos principios", un "consejo" exclusivamente destinado a ustedes, norteamericanos, y en especial a los que componen este grupo, porque en las condiciones actuales, sólo el estricto cumplimiento de este consejo puede, a mi parecer, detener el desarrollo de las desastrosas consecuencias de los errores del pasado.
Este amistoso consejo que les doy a ustedes, norteamericanos, que forman precisamente este grupo y que, gracias a una serie de circunstancias accidentales, han llegado a ser mis amigos esenciales más cercanos, consiste en incitar a cada uno de ustedes a reconocer la necesidad imperiosa de cesar, radicalmente, por lo menos durante tres meses, la lectura de sus periódicos y revistas y, durante este período, asimilar, en todo lo posible, el contenido de los tres libros de la primera serie de mis obras titulada *Crítica objetivamente imparcial de la vida de los hombres.*
Es indispensable para cada uno de ustedes el llegar a conocer el contenido de estos libros a fin de obtener, directa o indirectamente, un conjunto de informaciones bien definidas sobre el problema que plantea la realización práctica del porqué había sido organizado (y se encuentra ahora reorganizado) el grupo que ustedes forman; ustedes que, sin haberlo aún experimentado con todo su ser, han reconocido más o menos lo absurdo de su vida ordinaria y que se esfuerzan seriamente por descubrir todos los aspectos posibles de la verdad objetiva y compenetrarse de ella, con el fin de establecer sobre esta base su individualidad real y con el objeto de que puedan manifestarse más tarde, en toda circunstancia, de una manera que corresponda a una criatura a imagen de Dios. Es necesario decir que todo lo que he expuesto en los tres libros de la primera serie abarca de manera general casi todas las cuestiones que, según mi convicción -basada en largos años de investigaciones experimentales-, pueden atravesar el pensamiento ordinario del hombre en las condiciones contemporáneas de vida; además he abordado todos estos asuntos bajo una forma y en un orden lógico tales que, al ayudar al lector a acostumbrarse automáticamente a un modo de pensar activo y a asimilar teóricamente la esencia real de las cuestiones enfrentadas, le da -como lo exige imperiosamente la misma posibilidad de proseguir el trabajo sobre sí- el medio de comprobar, no sólo con su consciente automático ordinario, sin valor en el presente caso, sino con todo su ser, el carácter efímero de todas sus concepciones y comprensiones anteriores.
Además, el conocimiento completo que habrán adquirido del contenido de estos tres libros nos permitirá, tanto a mí personalmente como a los instructores de los que he hablado, cuando abordemos la cuestión que constituya el "centro de gravedad" del momento, referimos simplemente, para ganar tiempo, al capítulo correspondiente de la primera serie y ustedes podrán así, teniendo ya las informaciones preliminares sobre el tema, asimilar fácilmente lo que desarrollaremos luego más a fondo.
Por ejemplo, tengo la intención de tratar hoy una cuestión relativa a datos que ya he aclarado más o menos en el último capítulo del tercer libro titulado "Conclusiones Del Autor":
el examen de esta cuestión debería entonces presentarse como una continuación de este capítulo.
Si todos ustedes estuviesen compenetrados con su contenido, yo podría entonces referirme a

los pasajes deseados, mientras que ahora estaré obligado a perder tiempo leyéndoles diversos extractos de este capítulo.
Lo que sobre todo necesitan ustedes es conocer la parte del capítulo, llamada "Suplemento", que he escrito después de haber demostrado el completo automatismo del hombre contemporáneo y su completa nulidad en cuanto a las "manifestaciones independientes" de su individualidad.

Dicho esto, le pedí a mi secretario que leyera los extractos que acababa de mencionar:
"Así es el hombre promedio ordinario: un esclavo inconsciente, enteramente al servicio de designios de orden universal que nada tienen que ver con su individualidad".
"Puede permanecer toda su vida tal como nació y tal como ha sido formado, bajo la acción de influencias de todas clases que finalmente han determinado las condiciones de su existencia y, como tal, después de la muerte, ser destruido para siempre".
"Y aunque éste sea el destino general de toda vida, la Gran Naturaleza le ha dado, sin embargo, a ciertas formas de vida -al hombre en este caso-, la posibilidad de no ser simplemente un instrumento ciego al servicio de los designios objetivos del Todo Universal; ella le ha dado los medios, mientras la sirve y actualiza conscientemente lo que le ha sido predestinado, para producir más de lo que le es demandado y para utilizar este excedente para su 'egoísmo', es decir, para la determinación y la manifestación de su propia individualidad".
"También esta posibilidad le ha sido dada para servir a la meta común, pues el equilibrio mismo de estas leyes objetivas, requiere de tales vidas independientes con estructura autónoma, relativamente liberadas y, en particular, de la especie humana".
"A este respecto, considero mi deber moral agregar aquí y aun subrayar que, si bien la liberación es posible para el hombre, la oportunidad de alcanzarla no le es dada a todos".
"Pueden oponérsele muchas razones que, en la mayoría de los casos, no dependen ni de nosotros personalmente, ni de las grandes leyes cósmicas, sino solamente de las diversas condiciones accidentales de nuestra venida al mundo y de nuestra formación, entre las cuales las principales son, desde luego, la herencia y las circunstancias en las cuales se efectuó el proceso de nuestra 'edad preparatoria'. Esas condiciones incontrolables pueden bastar para hacer imposible esta liberación..."
Llegado a este punto, detuve al lector, luego expliqué que para ganar tiempo se deberían omitir las páginas siguientes y que, para el tema de la noche, sólo era necesario conocer la comparación que allí había hecho entre la vida de la humanidad, tomada como un todo, y el curso de un gran río que -en un punto correspondiente, de acuerdo a mi definición, en el momento en que el hombre llega a la edad responsable, es decir, a la edad en que se determina de manera precisa si ha llegado o no a adquirir los datos requeridos para la posesión de su propio "Yo- se bifurca en dos corrientes, una de las cuales se vierte en el océano sin límites, con la posibilidad de un movimiento ulterior de evolución y la otra, en los abismos subterráneos, a fin de proseguir allí un movimiento de orden involutivo y esta vez sólo para las necesidades de la naturaleza.
Luego indiqué el lugar en que se podía retomar la lectura:
"Para nosotros, hombres contemporáneos, el peor mal estriba en que, debido a diversas condiciones de nuestra vida ordinaria y, sobre todo, debido a nuestra anormal 'educación', sólo poseemos, en la edad responsable, presencias correspondientes a la corriente del río de la vida destinada a perderse en los abismos subterráneos y caemos en esta corriente. De allí en adelante nos arrastra donde quiere, como quiere y nosotros, sin reflexionar en las consecuencias, permanecemos pasivos, dejándonos llevar como los restos de un naufragio, a la deriva".
"Mientras permanezcamos pasivos, no sólo nos veremos constreñidos a no ser más que instrumentos al servicio de las 'creaciones involutivas' de la Naturaleza, sino que tendremos

que sometemos como esclavos, por el resto de nuestras vidas, al capricho de todo tipo de sucesos ciegos".
"Puesto que la mayoría de ustedes ya ha cruzado el umbral de la edad responsable y reconoce con toda sinceridad que todavía no ha adquirido su propio 'Yo'; y puesto que ustedes se dan cuenta, por otra parte, según lo esencial de lo que acabo de decir, de que las perspectivas que les esperan no tienen nada de particularmente agradable, entonces, para que ustedes -justamente ustedes, que han tomado conciencia de esto- no se 'descorazonen' y no caigan en el 'pesimismo' tan difundido en la vida anormal de hoy en día, les diré, con toda franqueza, sin reserva alguna, apoyándome en convicciones establecidas durante largos años de estudios, las que han sido reforzadas por múltiples experimentos conducidos de manera excepcional -experimentos sobre cuyos resultados he basado el 'Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre'-, que aún para ustedes, no todo está perdido todavía".
"En efecto, los estudios y experimentos de los que acabo de hablar me han demostrado, claramente y de manera definitiva, que nuestra Madre Naturaleza, en su vigilancia infinita, ha previsto que los seres tengan la posibilidad de adquirir el núcleo de su esencia, es decir, su propio 'Yo', aun después de haber alcanzado la edad responsable".
"Esta previsión de la equitativa Naturaleza consiste para nosotros, en este caso, en que, después de haber alcanzado el grado de desarrollo correspondiente a una vida responsable, nos ha sido dada la posibilidad, por nuestra propia intención y mediante ciertas experiencias interiores y ciertas condiciones exteriores, de cristalizar, en nuestra presencia general, datos para la adquisición del núcleo de nuestra esencia; por supuesto, que al precio de esfuerzos mucho mayores que durante la edad preparatoria. El proceso de formación intencional de esos datos en nuestra presencia está condicionado por la dificultad de cruzar de una a otra de las corrientes del río de la vida".
"Es interesante hacer resaltar que la expresión, 'primera liberación del hombre', usada a menudo por nuestros contemporáneos, por supuesto que de manera totalmente automática, sin ninguna comprensión de su sentido oculto, expresa precisamente, de acuerdo con la interpretación que le dan los iniciados de una escuela existente en la actualidad en el Asia Central, el sentido de la imagen que yo he dado en mis escritos de la posibilidad que tiene cada gota de agua del río primordial de la vida, de pasar de la corriente destinada a perderse en los abismos subterráneos a la que se vierte en los vastos espacios del océano sin límites".
"Aunque la Gran Naturaleza le haya dado la posibilidad de este paso al hombre que, habiendo alcanzado su edad responsable, ya ha entrado en la corriente de los abismos subterráneos, yo debo advertirles, a fin de no suscitar en ustedes ilusiones vanas: el pasar de una comente a otra no es tan fácil -no es querer pasar y ya está-".
"Para esto es indispensable, manteniendo sin cesar un estado de conciencia activa, obtener ante todo en sí mismo, al precio de una perseverancia a toda prueba, la cristalización intencional de datos capaces de engendrar un impulso inextinguible del deseo de este paso".
"Luego vendrá, para el hombre, una movilización de todas sus fuerzas interiores con miras a una lucha tenaz contra las anomalías flagrantes ancladas en su individualidad y perceptibles aun por su sentido común, es decir, con miras a una lucha contra los hábitos arraigados en él, que considera indignos de él durante los períodos en que está más tranquilo y que contribuyen a la aparición de nuestro Dios maléfico interior, al sostenimiento y al refuerzo de su fuerza y de su poder, siempre y en todo; 'Dios maléfico' cuya presencia crea las condiciones ideales, sobre todo entre los hombres contemporáneos, para gozar de un estado de 'paz imperturbable".
"En otras palabras, ustedes tienen que morir a todo lo que constituye la vida ordinaria".
"Es de esta muerte que hablan todas las religiones".
"Ese es el significado de la sentencia que nos ha llegado desde los tiempos más remotos: 'sin muerte no hay resurrección'. Dicho de otro modo: 'Si no mueres no serás resucitado".

"En este caso no se trata de la muerte del cuerpo, porque, para esta muerte, no hay necesidad de resurrección". "Si hay un amia, y ésta es inmortal, no necesita de la resurrección del cuerpo".
"Esta resurrección no es en absoluto necesaria para comparecer en el Juicio Final, ante Nuestro Señor, como nos lo enseñan los Padres de la Iglesia".
"No, todos los profetas enviados de Lo Alto y Jesucristo mismo han hablado de esta muerte que puede sobrevenir aquí abajo, en esta vida, es decir, de la muerte del 'tirano' que hace de nosotros esclavos y sin cuya destrucción no se puede asegurar la primera gran liberación del hombre".

En este punto, detuve nuevamente la lectura y continué:
Después de todo lo que se acaba de leer, cada uno de ustedes debería comprender que la condición indispensable exigida a un hombre para conservar la posibilidad de entrar en un nuevo camino, el del "movimiento evolutivo", es la de poseer por lo menos algunos datos para la adquisición de su propio "Yo".
El hombre que, debido a las condiciones de su edad preparatoria, no ha aprovechado el tiempo preestablecido por la Naturaleza para la cristalización natural, en su presencia general, de datos requeridos para la adquisición ulterior de su propio "Yo" y que, una vez llegado a la edad responsable -edad en que algunas veces se puede manifestar un razonamiento sano conforme a las leyes-, descubre por azar este hecho y decide alcanzar la posibilidad de ser tal como en realidad debe ser, es decir, de tener su propia individualidad determinada por la posesión incontestable de su propio "Yo", este hombre -como lo han establecido los verdaderos sabios de todas las épocas pasadas- debe absolutamente comenzar por cristalizar conscientemente, en sí mismo, siete datos inherentes sólo al ser humano, datos cuya calidad de manifestación depende de su acción concordante, en perfecto acuerdo con la ley fundamental del Universo, la Heptaparaparshinoj Sagrada.
Hoy hablaré solamente de tres de estos siete factores psíquicos propios sólo del hombre.
En ciertas condiciones, constituidas automáticamente o creadas intencionalmente, dependiendo de asociaciones mentales y de experiencias emocionales, estos tres factores engendran, en su funcionamiento psíquico general, tres impulsos determinados.
Antes de continuar explicando lo que es necesario hacer y cómo uno debe manifestarse conscientemente, tanto en el interior como en el exterior, para suscitar en sí mismo estos tres impulsos que deberían aparecer como aspectos, conforme a leyes, de la plena individualidad del hombre verdadero, me veré obligado, para designarlos -por ausencia, en la lengua inglesa, de alguna expresión exacta correspondiente y, por consiguiente, en ausencia de una comprensión aproximada de dichos impulsos- a escogerles nombres convencionales más o menos equivalentes, los que de ahora en adelante usaremos en nuestros intercambios.
Para definir, aproximadamente, el primero de estos tres impulsos humanos que deben surgir y manifestarse en el hombre verdadero podríamos usar la palabra *can,* no en el sentido que tiene en la lengua de los ingleses contemporáneos, sino en el que le daban sus antepasados en la época "preshakesperiana".
Aunque, en la lengua inglesa contemporánea, existe una palabra que define exactamente al segundo de estos impulsos humanos, el verbo *"to wish",* sin embargo, ustedes, norteamericanos, así como los ingleses mismos por cierto, la emplean solamente para expresar, por supuesto que inconscientemente, uno de los aspectos de este "impulso servil", por así decir, al cual corresponden, en particular en esta lengua, una multitud de palabras, tales como *to like, to want, to need, to desire, o* sea "gustar, tener ganas de, necesitar, desear".
En cuanto a la palabra que convendría, para expresar y comprender el tercero de estos impulsos humanos, se le podría buscar en todos los léxicos de la lengua inglesa sin encontrar jamás en ellos una que le corresponda siquiera un poco.

Este impulso, propio sólo del hombre, no puede definirse en inglés, sino en modo descriptivo, es decir, con la ayuda de varias palabras. Por mi parte, yo lo expresaría provisionalmente así: "tener la percepción completa de la propia totalidad como una realidad concreta".
Este tercer impulso, que algunas veces debería manifestarse bajo una forma bien definida en la presencia general de todo hombre normal durante su estado de vigilia, es el más importante de los siete impulsos propios únicamente del hombre y es el más importante, porque su asociación con los dos primeros -aquellos acerca de los que ya dije que podían expresarse en inglés, aproximadamente, por medio de las palabras *can y wísh*-es casi suficiente para constituir y representar el verdadero "Yo" del hombre que ha alcanzado la edad responsable.
Es sólo en el hombre que posee un tal "Yo" que estos tres impulsos -dos de los cuales se definen aproximadamente por las expresiones inglesas *I can* y / *wish*- adquieren el pleno significado que yo les atribuyo:
este significado, así como la fuerza de acción correspondiente de su manifestación, sólo aparecen en aquel que, por sus esfuerzos intencionales, suscita en sí mismo datos capaces de engendrar estos impulsos, sagrados para el hombre.
Sólo tal hombre, cuando dice conscientemente: "Yo soy", *es* realmente; "Yo puedo", *puede* realmente; "yo quiero", *quiere* realmente.
Cuando "Yo quiero", yo siento con todo mi ser que yo quiero y que yo puedo querer. Esto no quiere decir que tenga ganas o que sienta la necesidad, que me gustaría ni aun que yo desee. No. "Yo quiero". Yo no tengo inclinación alguna, ni ganas, ni deseos de lo que mere, no necesito nada -todo esto es esclavitud-. Si "Yo quiero" algo, me debe gustar, aun si no me gusta. Yo puedo querer que me guste, porque "Yo puedo".
Yo quiero -Yo siento con todo mi ser que yo quiero: Yo quiero -porque yo puedo querer.
Basándome en mi propia experiencia, me parece absolutamente necesario subrayar aquí la dificultad de comprender todo esto claramente sin una larga y profunda reflexión y, en general, la dificultad de mantenerse en el camino justo con el fin de adquirir en su presencia general los factores capaces de engendrar aunque sólo fuera los tres primeros de los siete impulsos característicos del hombre verdadero. El obstáculo, que surge desde las primeras tentativas, proviene del siguiente hecho: por una parte, estos impulsos sólo pueden existir, casi exclusivamente, cuando uno ya tiene el propio "Yo" y, por otra parte, el "Yo" sólo puede aparecer en el hombre, casi exclusivamente, cuando tiene en sí estos tres impulsos.

Para permitirles desarrollar conscientemente estos impulsos sagrados, tengo la intención de recomendarles algunos de los ejercicios simples que ya fueron expuestos en detalle en el programa del Instituto que he fundado y que estaban reservados para los alumnos que habían llegado a pertenecer al "grupo mesotérico".
Digo "simples", porque, en diversas escuelas serias que aún existen para el perfeccionamiento de sí, han sido previstos, con este mismo propósito, ejercicios muy complicados.
Para que una influencia real pueda actuar sobre la presencia general de quienes hacen todos estos ejercicios especiales y para facilitar la asimilación de todo lo que es requerido, es necesario saber, ante todo, que este conjunto de resultados, engendrados por diversos funcionamientos que se efectúan en la vida psíquica del hombre, al que se le llama "atención", es susceptible de dividirse -ya sea automáticamente debido a circunstancias accidentales, o bajo la acción intencional de una fuerza de voluntad- en varias partes bien definidas y que cada una de estas partes puede entonces ser concentrada -ya sea espontánea o intencionalmente, aquí también- sobre un objeto especial con una intensidad determinada.
En el presente caso, es indispensable aprender a dividir la atención en tres partes aproximadamente iguales, luego concentrarlas simultáneamente, por un tiempo determinado, sobre tres "objetos" interiores o exteriores bien distintos.
Para permitir que se alcance efectivamente esta meta el programa detallado del que he

hablado indicaba una serie de ejercicios designados bajo el nombre de "preparación del terreno".
Aunque los ejercicios indicados en este programa fueron compuestos a propósito en cierto orden, que implicaba comenzar por el número uno, para ustedes, norteamericanos, debido a diversos malentendidos del pasado, estimo que es más eficaz comenzar por el número cuatro.
Este ejercicio número cuatro de la serie llamada "preparación del terreno" se efectúa, en la práctica, de la manera siguiente:
En primer lugar es necesario dividir la totalidad de su atención en tres partes aproximadamente iguales, concentrando luego cada una de estas partes sobre un dedo diferente de la mano derecha o de la mano izquierda, por ejemplo, el índice, el mayor y el anular, comprobando en un dedo el resultado del proceso orgánico llamado "tener sensación", en el otro el resultado del proceso llamado "tener sentimiento", mientras que con el tercero se hace un movimiento rítmico cualquiera, introduciendo simultáneamente en el flujo automático de las asociaciones mentales una serie de números a repetir ya sea en el orden normal, o según una cuenta especial.
Aquí nuevamente aparece el problema de la pobreza de la lengua inglesa y esta vez en el sentido que los contemporáneos que pertenecen a la raza inglesa y también ustedes, norteamericanos, que han adoptado su lengua y que la emplean en su vida cotidiana, no tienen la menor comprensión de la diferencia que existe entre dos impulsos enteramente distintos, aun en el hombre ordinario, quiero decir, entre el impulso de "tener sentimiento" y el de "tener sensación".
Dado que es muy importante captar la diferencia entre estos dos impulsos para comprender mis indicaciones ulteriores sobre todos los ejercicios que les serán necesarios, así como sobre la naturaleza real del psiquismo del hombre, me veré obligado a interrumpir la secuencia lógica de la exposición que había comenzado y a perder tiempo, una vez más, para explicar, aunque sea sólo aproximadamente por ahora, este asunto psico-filológico surgido de manera inopinada.
A fin de explicarles este asunto tan importante -la diferencia entre "tener sentimiento" y "tener sensación"-les daré la siguiente definición:
Un hombre "tiene sentimiento" cuando sus "factores de iniciativa" emanan de una de las localizaciones diseminadas en su presencia general que la ciencia contemporánea llama los "ganglios nerviosos simpáticos", cuya concentración principal se conoce por el nombre de "plexo solar" y cuya totalidad de funcionamiento, de acuerdo con la terminología que he establecido desde hace mucho tiempo, se llama el "centro emocional"; y el hombre "tiene sensación" cuando la base de sus "factores de iniciativa" es el conjunto de las "neuronas motoras" de la columna vertebral y de una parte del cerebro encefálico, conjunto que es llamado, siempre según mi terminología, el "centro motor".
Es esta diferencia en la naturaleza de estas dos fuentes independientes, desconocidas para ustedes, la que determina la diferencia entre unas funciones que ustedes no distinguen entre sí.
Para este cuarto ejercicio preparatorio que les estoy explicando, es necesario aprender -valiéndose de este "sustituto" que cumple hoy en día en ustedes las obligaciones de lo que en el hombre real constituye la "atención voluntaria" y no es en ustedes sino una "tensión de sí"- a observar simultáneamente tres resultados heterogéneos que se producen en ustedes proviniendo, cada uno, de una fuente diferente del funcionamiento general de su presencia entera. En otras palabras, una parte de esta atención debe estar ocupada en comprobar, en uno de los dedos, el proceso que consiste en "tener sensación", la segunda, en comprobar en otro dedo el proceso que consiste en "tener sentimiento" y, la tercera, en seguir la cuenta del movimiento automático del tercer dedo.
Aunque este cuarto ejercicio sea el más difícil de todos los que componen esta serie, es no obstante para ustedes, debido a los diversos malentendidos que he mencionado, el único

ejercicio que a mi parecer puede corregir sus errores del pasado y preparar todo lo que es necesario para el futuro.
Para reconocer lo que tiene de indispensable y medir su real dificultad, es necesario hacerlo muchas, muchas veces. Al comienzo, deben simplemente tratar, sin cesar, de comprender el sentido y el alcance de este cuarto ejercicio -el primero para ustedes- sin esperar obtener resultado concreto alguno.
Sólo esta comprensión, y la capacidad de ejecutar bien este ejercicio, les permitirá captar el sentido y el alcance de todos los ejercicios siguientes, los cuales es indispensable poder comprender y ejecutar, si se quiere adquirir la propia individualidad. Les aconsejo por tanto "movilizar" todas sus fuerzas y sus posibilidades a fin de *ser capaces,* por un tiempo determinado, de no ser perezosos y al mismo tiempo de mostrarse hacia sí mismos, es decir, hacia sus propias debilidades, totalmente implacables, porque de este primer ejercicio dependerá todo el orden normal de la vida venidera de ustedes, todas sus futuras posibilidades inherentes sólo al hombre, en conformidad con las leyes.
Así pues, si realmente quieren adquirir en sí mismos lo único que distingue al hombre de un animal ordinario, en otros términos, si ustedes quieren ser tal como la Gran Naturaleza les ha dado la posibilidad de ser, a condición de que tengan un verdadero deseo -un deseo que emana de las tres partes independientemente espiritualizadas de su ser- y que emprendan esfuerzos conscientes con miras a transformarse en una "tierra trabajada", apropiada para la germinación y para el crecimiento de aquello sobre lo que descansa la esperanza del Creador de Todo lo que Existe, entonces, ustedes deben, en todo momento y en toda circunstancia, luchando contra las debilidades que se encuentran en ustedes, en conformidad con las leyes, llegar, a cualquier precio, a la total comprensión y luego a la ejecución práctica del ejercicio que les acabo de exponer. Ustedes tendrán entonces una oportunidad de cristalizar conscientemente en sí mismos los datos susceptibles de engendrar esos tres impulsos, los que deben obligatoriamente existir en la presencia general de todo hombre que tenga el derecho de llamarse una *criatura a imagen de Dios.*

CUARTA CONFERENCIA

Dictada por mí, el 12 de diciembre de 1930. ante el grupo que acababa de ser reorganizado y al que habían sido admitidos, nuevamente, los miembros del llamado "Grupo Orage". La sala estaba repleta.

Antes de abordar la idea esencial de esta cuarta conferencia, quiero describirles, pintándoles un cuadro lo más vivido posible, varios acontecimientos que se produjeron entre los miembros de este Grupo Orage después de que les propuse firmar el "compromiso previo" del que les hablé.

Y quiero describirlos, así como las diversas consecuencias que de ello se derivaron y que, por otra parte, engendraron de manera inesperada una combinación de circunstancias muy provechosas para mí, porque al proyectar sobre ellos una luz real -y no publicitaria, como se tiene costumbre de hacer en Norteamérica por cualquier cosa-, me será posible ofrecer, a la mirada interior de cada lector, un excelente cuadro que lo ayudará a comprender con cuánta fuerza se ha desarrollado, entre los norteamericanos -considerados en la tierra, por todos nuestros contemporáneos, como los que han alcanzado la más alta cultura-, este sentimiento al que se le llama "instinto de rebaño", que ha llegado a ser la propiedad indiscutible de la mayoría de los hombres de hoy en día, y cuya manifestación consiste en que el hombre, en vez de actuar de acuerdo a su propio razonamiento, sigue ciegamente el ejemplo de los otros, mostrando así a qué nivel tan bajo se encuentra el desarrollo de su pensamiento, con respecto a su capacidad para efectuar confrontaciones lógicas. Además, esta exposición hará destacar y aun le aclarará por completo, a cada uno de los lectores de mis obras, uno de los aspectos de la costumbre que se ha difundido por todas partes en el proceso de nuestra existencia en común, especialmente entre los norteamericanos, y que consiste en que la gente, en sus esfuerzos por alcanzar un solo y mismo objetivo, se divide en varios "partidos", como se dice; lo que constituye para mí, sobre todo en estos últimos años, una de las más grandes "plagas" de nuestra vida social contemporánea.

Estos acontecimientos, cuyo contenido igualmente puede presentar un carácter instructivo y corresponder así a la meta que me he fijado al escribir esta serie, se desarrollaron en el orden siguiente:

Tal como lo supe más tarde, la misma noche de la reunión general en la que yo había anunciado que era indispensable firmar este compromiso, al fijar un plazo determinado para la firma, casi todos se fueron en pequeños grupos, vagando por las calles, refugiándose luego en los diversos *Childs* nocturnos o en los apartamentos de aquellos cuyo "tirano doméstico" -común a todo matrimonio contemporáneo-estaba ausente aquel día, para deliberar allí y discutir apasionadamente hasta el amanecer lo que había que hacer.

Al día siguiente, desde el alba, reanudando sus conversaciones y sus llamadas telefónicas con aquellos compañeros que no habían asistido a la reunión general, continuaron su intercambio de pensamientos y de opiniones, siendo el resultado de todas estas discusiones que en la misma noche se llegaron a formar tres partidos independientes, cada uno con una actitud diferente con relación a todo lo que había sucedido.

El primer partido estaba formado por los que habían decidido no sólo firmar el compromiso que yo exigía, sino conformarse sin reserva, en el futuro, a todas las órdenes e indicaciones que yo les daría personalmente, con exclusión de cualquier otra.

El segundo agrupaba a los que en cuyo psiquismo, durante este corto período de tiempo, y por razones incomprensibles -al menos desde mi punto de vista-, se había formado un factor extraño, incitando al conjunto de su singular individualidad a no reconocer nada que viniese de mí, sino a permanecer fiel a aquél que había sido, para ellos, durante varios años, según la

expresión de uno de ellos, "no solamente su maestro y su guía, sino más aún, en cierta manera, su tierno padre", a saber, el señor Orage.
El tercer partido comprendía a los que postergaron su decisión, en espera de una respuesta al telegrama que habían enviado al señor Orage, preguntándole qué es lo que deberían hacer.
Todos los que se adhirieron al primer partido, hasta el último de ellos, habían firmado el compromiso antes de la expiración del plazo previsto.
En el psiquismo de los que formaban el segundo partido, como luego se hizo evidente, el factor extraño que acabo de mencionar tomó cada vez más fuerza y, en el momento señalado para la firma del compromiso, había alcanzado un grado tal, que cada uno de ellos, en su "ardor belicoso" y en su furia por combatirme, habría podido aventajar a los famosos balshakarianos de antaño defendiendo a su ídolo "Tantsatrata" de los demonios que le enviaba especialmente el Infierno.
En cuanto a los muy queridos "supersensibles" norteamericanos seguidores de mis ideas que formaban el tercer partido, son ellos, precisamente, los que han mostrado lo que es el nivel actual de desarrollo del pensar lógico en un pueblo considerado hoy en día, en todas partes en la tierra, como uno de los más civilizados.
Los diferentes matices de los sutiles, complejos e ingeniosos resultados de las manifestaciones de su "pensar lógico" llegaron a ser evidentes para todos los que los rodeaban y en particular para mí, cuando, al haberse enterado de la próxima llegada al campo de batalla del señor Orage en persona, se pusieron a inventar toda clase de circunstancias, supuestamente independientes de su voluntad y a someter estas circunstancias, "idealmente bien combinadas", a la atención de mi pobre secretario; y lo que es más, no directamente, sino por intermedio de otras personas o por teléfono.
Todo esto para posponer su decisión final hasta la llegada del señor Orage, asegurándose así, para toda eventualidad, de una justificación respetable por no haber firmado a tiempo el compromiso.
Dos días antes de la cuarta reunión general de este grupo reorganizado sobre nuevos principios, el mismo señor Orage llegó a Nueva York, enterado ya de todo lo que había sucedido en su ausencia.
El mismo día de su llegada se dirigió a mi secretario para solicitarle una entrevista personal conmigo.
Confieso que no me lo esperaba, porque sabía que muchos miembros del grupo le habían escrito para compartir con él todo lo que había pasado y, en particular, claro está, la opinión nada halagüeña que yo había expresado varias veces sobre él.
Mi primer impulso fue el de responderle que lo recibiría con agrado, como a un viejo amigo, pero con la condición expresa de que no habría ninguna conversación sobre los malentendidos de toda especie, ni sobre las nuevas disposiciones que yo había tomado en su ausencia con respecto a los miembros de su grupo; pero acordándome, de repente, de las alarmantes noticias que había recibido, una hora antes, sobre el mal giro que tomaban mis asuntos materiales, con respecto a la liquidación de las mercaderías traídas por mis compañeros, decidí suspender mi respuesta para sopesarla mejor. En efecto, el siguiente pensamiento acababa de germinar en mí: Acaso sería posible aprovechar esa solicitud, dado que mi decisión inicial de no recurrir a los miembros de ese grupo para realizar el objetivo financiero de mi viaje ya se había modificado, a causa de las manifestaciones de algunos de ellos, manifestaciones verdaderamente intolerables e indignas de personas que estaban en contacto con mis ideas desde hacía ya varios años y que aun parecían haberlas estudiado y comprendido bien.
Después de haber reflexionado y confrontado todos los resultados que pudiesen intervenir según los casos, decidí contestarle en los siguientes términos:
"Muy sereno, muy prometedor y muy estimado por mí señor Orage":

"Tal como usted me conoce, después de todo lo que ha ocurrido aquí, no tengo ya el derecho de volverlo a ver en las mismas condiciones de otras veces, ¡ni siquiera como a un viejo amigo!"
"Ahora, sin romper con mis principios, la mayoría de los cuales deben serle conocidos, yo puedo reunirme con usted y aun, como en el pasado, entregarme con usted al proceso de 'verter la nada en el vacío', con la sola condición de que usted también, señor Orage, firme el acuerdo propuesto a todos los miembros del grupo que usted dirigía".
Al recibir esta respuesta, el señor Orage, para gran sorpresa de mis allegados, vino de inmediato a mi apartamento, donde vivían algunos de los que me habían acompañado en este viaje, entre ellos mi secretario y enseguida, sin discutir, firmó el compromiso. Luego, imitando evidentemente -tal como me lo contaron- la actitud que siempre tomo cuando estoy sentado, dijo tranquilamente lo siguiente:
"Conociendo bien -gracias al señor Gurdjieff, naturalmente,- la diferencia entre aquellas manifestaciones del hombre que emanan de su naturaleza real -resultado directo de su herencia y de la educación recibida durante su primera infancia- y aquellas que son engendradas por su pensamiento automático -el que, tal como lo define él mismo, no es más que el resultado de impresiones accidentales de todas clases, asimiladas sin ningún orden,-y, por otra parte, habiendo sido mantenido al corriente de todo lo que ha pasado aquí en mi ausencia por cartas cuya mayoría me las han enviado diversos miembros de este grupo, comprendí enseguida, sin la menor vacilación, lo que se escondía detrás de la propuesta que me hizo el señor Gurdjieff- propuesta que a primera vista parecía realmente absurda, puesto que se trataba de firmar también yo, como los otros, un compromiso que debía privarme del derecho de tener cualquier tipo de relación, no sólo con los miembros del grupo que he dirigido durante tanto tiempo, sino, por extraño que esto pueda parecer, aun conmigo mismo".
"Lo he comprendido enseguida porque, estos últimos días, he reflexionado mucho sobre la falta de correspondencia entre mi convicción interior y lo que el señor Gurdjieff llama 'el papel que yo desempeño aquí'; y, desde entonces, el penoso sentimiento que hizo nacer en mí el sincero descubrimiento de esta carencia no ha cesado de crecer".
"En mis momentos de recogimiento, sobre todo en el curso de estos últimos meses, a menudo me he confesado a mí mismo, con toda sinceridad, la contradicción que existía entre mis manifestaciones exteriores y las ideas del señor Gurdjieff y, por consiguiente, la acción maléfica que podían tener mis palabras sobre la gente que guiaba, supuestamente de acuerdo con sus ideas".
"Hablando francamente, casi todas las impresiones provocadas por lo que el señor Gurdjieff ha dicho sobre mí y sobre mi actividad, en las reuniones generales o en privado a ciertos miembros de nuestro grupo, corresponden exactamente a mi convicción interior".
"Muy a menudo he tenido la intención de poner fin a esta manifestación de mi dualidad, pero diversas circunstancias de mi vida me han impedido constantemente decidirme a hacerlo con toda la resolución requerida".
"Ahora, encontrándome ante una proposición que a primera vista parece absurda, pero conociendo la costumbre de mi Maestro de 'siempre encubrir pensamientos profundos bajo expresiones ordinarias, aparentemente desprovistas de sentido', bastó que lo pensara un instante para comprender claramente que si yo no aprovechaba esta ocasión para librarme para siempre de lo que llamaré mi propia 'duplicidad', nunca más sería capaz de hacerlo".
"He decidido, pues, comenzar por firmar el compromiso exigido por el señor Gurdjieff y, al mismo tiempo, doy mi palabra, en vuestra presencia, que de ahora en adelante ya no tendré el menor contacto no sólo con cualquiera de los miembros del grupo antiguo, sino tampoco con mi antiguo 'mí mismo', basado en las condiciones anteriores de relaciones y de influencias mutuas".
"Tengo el mayor deseo, por supuesto si el señor Gurdjieff me lo autoriza, de convertirme, a

partir de hoy, en un miembro ordinario de este nuevo grupo, tal como está ahora reorganizado".
Estas "consideraciones filosóficas" del señor Orage produjeron en mí una impresión tan fuerte y provocaron en mi singular psiquis una reacción tan extraña que, quiéralo o no, no puedo dejar de contar y de describir en el estilo de mi antiguo Maestro, hoy casi un santo, Mulaj Nassr Eddin, las circunstancias y condiciones en las cuales se efectuó el proceso de asimilación en mi ser de la "tsimmes" de las así llamadas consideraciones filosóficas de este sabroso "coctel angloamericano", el señor Orage que, durante varios años, fue, en cierta forma, el principal representante e intérprete de mis ideas en Norteamérica.
Cuando me comunicaron su llegada, sus consideraciones filosóficas con respecto a la proposición que le había hecho y su decisión de firmar, él también, este compromiso, yo estaba en la cocina, preparando, como dicen mis "parásitos", el "plato-centro-de-gravedad" que preparaba diariamente durante mi estadía en Nueva York, con el único fin de hacer un poco de ejercicio físico, escogiendo cada vez un nuevo plato nacional de uno cualquiera de los pueblos de todos los continentes.
Ese día preparaba el plato favorito de los habitantes de la región situada entre la China y el Turquestán chino.
En el momento en que vinieron a anunciarme la llegada del señor Orage y a participarme sus sutiles reflexiones filosóficas, yo estaba batiendo yemas de huevo con canela, jengibre y pompadory.
Y desde que resonó el eco de ciertas palabras que él había pronunciado, quién sabe por qué, justo en el centro, situado entre los dos hemisferios del cerebro, comenzó a desarrollarse en mí, en aquella "totalidad de funcionamiento" orgánico que engendra generalmente en el hombre el "sentimiento", un proceso semejante a un impulso irreprimible de enternecimiento; y, de repente, sin ninguna premeditación -lo que de ningún modo es mi costumbre durante un ritual tan sagrado para mí como la preparación necesaria para obtener el gusto sinfónico deseado en un plato conocido sobre la tierra desde los tiempos antiguos- eché con la mano izquierda, en la cacerola, en vez de una pizca de jengibre, toda mi reserva de pimienta roja, mientras balanceaba mi brazo derecho con tal vigor que le asesté un golpe en la espalda a mi pobre secretaria musical que estaba lavando la vajilla; luego me precipité a mi habitación, me tumbé sobre el sofá y, enterrando la cabeza en los cojines -que, dicho sea de paso, estaban medio comidos por la polilla-, me puse a sollozar llorando a lágrima viva.
Y continué sollozando sin motivo razonable, dominado sólo por el sentimiento que me poseía por completo y que continuaba por inercia, hasta que mi amigo, el doctor que me había acompañado a Norteamérica, habiendo notado por azar en mí los síntomas de un estado psíquico insólito, irrumpió en la habitación con una enorme botella de "whisky escocés" especialmente fabricado para los norteamericanos.
Después de haber tomado este remedio de su invención, me sentí psíquicamente más calmado, pero las contracciones que habían surgido en la mitad izquierda de mi cuerpo no dejaron de persistir hasta la hora de cenar, es decir, hasta el momento en que, a falta de cualquier otro alimento, nos vimos obligados, yo y todos los que me rodeaban, a ingerir el plato que tan inmoderadamente había condimentado con pimienta.
Sobre lo que fueron las experiencias interiores y las huellas que dejaron en mi consciente las asociaciones engendradas en mi pensamiento por este plato tan inmoderadamente condimentado con pimienta, no hablaré aquí, porque acaba de surgir en mí la idea de hacer de esta información el punto de partida de cierto "estudio instructivo altamente edificante" relativo al psiquismo del hombre contemporáneo nacido y criado en el continente europeo; estudio que me propongo desarrollar bajo todos sus aspectos en uno de los libros siguientes de esta tercera serie de mis escritos.
En cuanto a la manera en que utilicé, para metas justas -en el sentido objetivo-, las

manifestaciones del modo de pensar propio de la civilización contemporánea y que se había desarrollado hasta el más alto grado en estos típicos representantes de los norteamericanos, lo que sigue se los mostrará.
Cuando, al día siguiente de la visita del señor Orage, comencé a recibir, desde las primeras horas de la mañana, numerosas solicitudes de sus seguidores, casi implorándome a inscribirlos como miembros de este nuevo grupo, di la orden de responderles a todos lo que sigue:
"La primera condición será, para aquellos que no hayan firmado el compromiso en el tiempo requerido, pagar una multa que ascienda a una suma de dólares correspondiente a las posibilidades materiales de la persona en cuestión, suma que será fijada por un comité de varios miembros del antiguo grupo especialmente escogidos para este fin".
"La segunda condición será que todos aquellos que hayan cumplido la primera -es decir, el desembolso inmediato de la multa que les habrá sido impuesta y que en ningún caso les podrá ser restituida- serán inscritos, para comenzar, tan sólo en calidad de candidatos al nuevo grupo; y sólo después de una espera determinada es que serán designados, según que hayan satisfecho o no las nuevas condiciones, aquellos que serán dignos de quedarse en calidad de miembros verdaderos y aquellos que deberán, sin recurso posible, abandonar el grupo".
El mismo día, constituí una comisión de cuatro miembros que, de acuerdo conmigo, establecieron siete categorías de multas.
La primera multa, la más elevada, se fijó en 3,648 dólares, la segunda en 1,824 dólares, la tercera en 912 dólares, la cuarta en 456 dólares, la quinta en 228 dólares, la sexta en 114 dólares, la última y la más baja en 5 7 dólares.
Además de las multas, fijé una tarifa por el acta taquigráfica de las conferencias que había dado durante las tres primeras reuniones del nuevo grupo exotérico; todos aquellos que no habían asistido debían conocerlas obligatoriamente para comprender mis conferencias posteriores: para aquellos de la primera categoría, es decir, para aquellos que habían firmado sin reserva el compromiso, diez dólares; para los de la segunda categoría, es decir, aquellos que no habían querido reconocer nada que viniera de mí, cuarenta dólares; y para los que pertenecían a la tercera categoría, es decir, los que habían decidido esperar la llegada del señor Orage, veinte dólares.
Todo esto dio en total 113,000 dólares, suma que dividí en dos partes iguales, de las que guardé una para mí y la otra debía servir de base para formar un fondo de ayuda
mutua para aquellos miembros del primer grupo exotérico que tuviesen dificultades materiales.
De esta manera, mi cuarta conferencia, que voy ahora a resumir, tuvo lugar esta vez en presencia del mismo señor Orage y de varios de sus antiguos, podría decirse, "colaboradores de primer rango", sentados ahora, dicho sin ánimo de ofenderlos, con "el rabo entre las patas" y cuyos rostros imperturbables estaban teñidos de una expresión "plasto-oleaginosa".

Esa noche, después de la sesión de música en la que, según la costumbre establecida, mi secretario musical tocaba la pieza compuesta en la víspera, seguida de dos piezas de mis series anteriores, escogidas por la mayoría de los asistentes, comencé así:
"Según todos los datos históricos y de acuerdo con un sano pensamiento lógico, el hombre -dada su organización corporal y la complejidad de la forma de funcionamiento de su psiquismo ante toda percepción y manifestación-debería realmente ocupar, entre todas las formas exteriores de vida que aparecen y existen sobre la tierra, el lugar supremo de 'dirección' por así decirlo, a fin de reglamentar la vida ordinaria velando por su rectitud y a fin de transmitir indicaciones para la justificación del sentido y de la meta de la existencia humana en el proceso de realización del orden preestablecido por nuestro Padre Común".
"Así es como era realmente al comienzo en el proceso general de la multiforme vida terrestre,

como nos lo muestran estos mismos datos históricos. Es tan sólo más tarde -a partir del momento en que, en el psiquismo de los hombres y debido sobre todo a su vicio llamado pereza, surgió, aumentando en intensidad en cada generación, "ese algo" que constriñe automáticamente a su presencia general a desear sin cesar la paz y a esforzarse por obtenerla- cuando se acrecentó, paralelamente a la intensificación de ese mal fundamental en ellos, su retirada de la vida general que prosigue sobre la tierra".
"Al igual que la rectitud de funcionamiento de cada órgano relativamente autónomo depende de la rectitud de *tempo* del funcionamiento de todo el organismo, así también la rectitud de nuestra vida depende de la rectitud de la vida automática de todas las otras formas exteriores de vida que aparecen y existen al mismo tiempo que nosotros sobre nuestro planeta".
"Puesto que el *tempo* general de vida sobre la tierra, engendrado por las leyes cósmicas, se compone de la totalidad de los ritmos de vida, tanto de la vida humana como de todas las otras formas, toda anomalía de *tempo* en una de las formas de vida o simplemente su falta de armonía, debe provocar inevitablemente una anomalía o una falta de armonía en otra forma de vida".
"Si he comenzado por abordar un tema tan abstracto -y a primera vista tan alejado del que yo había concebido para vuestro interés inmediato- es ante todo porque, con el propósito de explicarles hoy el desarrollo de un ejercicio 'cardinal' para la cristalización consciente en ustedes del primero de los siete datos psíquicos inherentes sólo al hombre, quiero hacerles conocer un aspecto de la verdad objetiva, para cuya precisa comprensión, esta digresión, de carácter general, fue necesaria".
"Considero importante y para ustedes muy útil, el notar que este aspecto de la verdad objetiva que concierne al proceso de la vida humana ha constituido siempre sobre la tierra uno de los secretos fundamentales de los iniciados de todo orden y de todas las épocas y que su conocimiento podría contribuir por sí mismo, como ya ha sido establecido, a aumentar la intensidad de asimilación de los resultados de este ejercicio cardinal así como de otros ejercicios similares".
"Quiero precisamente hablarles de esta totalidad de substancias cósmicas que, con sus propiedades inherentes, representa para nuestra vida humana, así como para las otras formas exteriores de vida, el factor principal de realización y que, constituyendo el 'segundo alimento substancial', no es otra cosa que el aire que respiramos".
"El aire, de donde son extraídos los elementos necesarios para nuestra vida para ser luego transformados en nuestro organismo en otras substancias cósmicas, respondiendo a las necesidades generales de la realización universal, está compuesto, como toda concentración cósmica definida, por dos clases de elementos activos que tienen propiedades completamente contradictorias en su totalidad".
"Una de estas dos clases de elementos activos efectúa un proceso subjetivo con tendencia evolutiva y el otro, con tendencia involutiva".
"El aire, como toda concentración cósmica determinada, se constituye bajo la acción de leyes cósmicas generales y diversas leyes secundarias consecutivas que dependen de la posición respectiva y de la acción recíproca de nuestro planeta y de las otras grandes concentraciones cósmicas de substancias y adquiere así una multitud de particularidades específicas".
"Entre esta multitud de particularidades nos es necesario ahora tomar conocimiento de aquella que siempre ha sido objeto, en el proceso de la vida humana, de uno de los principales secretos de los iniciados de todo orden y de todas las épocas".
"Esta particularidad consiste en que..."

QUINTA CONFERENCIA

Ante el mismo grupo.
El 19 de diciembre de 1930

Antes de interrogarlos, como es mi costumbre, para orientarme mejor en el momento de darles nuevas indicaciones, es decir, antes de preguntarles, habiendo ustedes dispuesto de tiempo para reflexionar, durante una semana, sobre cómo han comprendido mis explicaciones acerca del primer ejercicio que les he recomendado en la última reunión -ejercicio destinado a preparar, en la presencia general de ustedes, un "terreno fértil" propicio para la elaboración intencional de los datos correspondientes a los impulsos sagrados para el hombre-encuentro necesario indicarles otros dos ejercicios independientes incluidos en el programa general del Instituto pero que formaban parte de una serie totalmente diferente, constituyendo, para cierta categoría de alumnos, un "medio de asistencia" para adquirir un "Yo" propio.
Los ejercicios a los que me refiero, y las informaciones que tengo ahora intención de darles sobre ellos, constituirán para ustedes, una ayuda preciosa a este respecto y también les permitirán captar numerosos detalles que les harán comprender la importancia y el significado del primero de los siete "ejercicios cardinales" que he mencionado; finalmente, estas informaciones les revelarán dos nociones que, desde el albor de los siglos, han sido siempre consideradas, y se consideran aún en nuestros días sobre la tierra, como "secretas" por todas las categorías de iniciados y cuyo descubrimiento, según la convicción de éstos, hasta puede resultar funesto para el hombre ordinario.
Ustedes deben saber que en la Tierra, en casi todas las épocas, las personas que merecían llegar a ser verdaderos iniciados estaban divididas en tres categorías:
Los iniciados que pertenecían a la primera categoría eran aquellos que, gracias a su sufrimiento voluntario y a su trabajo consciente, alcanzaban un alto grado de Ser; recibían entonces el título de "Santos". A la segunda categoría pertenecían aquellos que, gracias a los mismos factores, adquirían una cantidad considerable de informaciones de toda clase y se hacía preceder sus nombres del título de "Doctos". En cuanto a los iniciados de la tercera categoría que, gracias también a estos mismos factores, alcanzaban a la vez el Ser y llegaban a conocer un gran número de verdades objetivas, sus nombres se acompañaban entonces del título de "Sabios".
El primero de estos secretos es que el hombre se puede servir, como medio de perfeccionamiento de sí, de cierta propiedad presente en su psiquis y que de hecho es de carácter muy negativo. Sin embargo esta propiedad puede servir de ayuda para el perfeccionamiento de sí. Ella existe de manera general en todos los hombres, en particular en nuestros contemporáneos y muy especialmente en ustedes: no es otra cosa que lo que muchas veces he condenado y que cada uno considera, por cierto, como una manifestación indigna del hombre que ha alcanzado la edad responsable -exceptuado él mismo, por supuesto- a saber, lo que se llama "autoengaño".
A pesar de lo ilógico que parece a primera vista tal aserción, que no corresponde a ningún razonamiento humano sensato, esta propiedad, indigna de la psiquis de un hombre adulto, puede aprovecharse, en efecto conscientemente, para esta meta infinitamente grande y esto porque la percepción de las verdades relativas a las posibilidades del perfeccionamiento de sí, así como la elaboración efectiva de lo que éste requiere, deben operarse no en el consciente ordinario del hombre -que en estos casos no tiene casi ninguna importancia- sino en lo que se llama su subconsciente. Y, puesto que, debido a las circunstancias accidentales de toda clase, originadas en diversas anomalías de nuestra vida ordinaria, le ha llegado a ser imposible al hombre y, en particular, al hombre contemporáneo, el recibir y el "digerir" nada directamente con su subconsciente, le es necesario entonces -como lo han probado experimentalmente en el

transcurso de numerosos siglos, seres de Razón pura- emplear un medio especial para tocar su subconsciente gracias a una indicación razonable, accidentalmente aprehendida por su consciente ordinario y que no sea contraria a su instinto;
ya que esto no lo puede hacer sino valiéndose de la imaginación automistificadora que le es inherente.
Si han comprendido, sin la menor duda, qué deben hacer y cómo deben hacerlo y si, realmente, ustedes tienen la esperanza de llegar allí algún día, para comenzar les es necesario imaginar a menudo -pero imaginar solamente-que eso ya está en ustedes.
Y es necesario, ante todo, a fin de que la conciencia que se despierta en ustedes durante el estado activo pueda mantenerse durante el estado pasivo.
Para la comprensión correcta del significado de este primer "ejercicio de ayuda" ante todo es necesario saber que cuando un hombre normal -es decir un hombre que ya tiene su propio "Yo", su "voluntad" y todas las otras propiedades del hombre verdadero- pronuncia en voz alta o en sí mismo las palabras, "Yo soy", siempre se produce en su "plexo solar", una "resonancia", es decir, una especie de vibración, un sentimiento o algo parecido.
Esta especie de "resonancia" también puede producirse en otras partes de su cuerpo pero con la condición que, cuando pronuncie estas palabras, su atención esté intencionalmente concentrada sobre estas partes.
El hombre ordinario que aún no tiene datos para esta resonancia natural pero que conoce la existencia de este hecho y realiza los esfuerzos conscientes para que se constituyan en él los verdaderos datos que forman parte de la presencia general de un hombre verdadero, si pronuncia a menudo y correctamente estas mismas palabras, aún vacías para él y si imagina que esta "resonancia" tiene lugar en él, puede, así a la larga, por frecuentes repeticiones, adquirir el "inicio teórico" de una posibilidad para la formación efectiva de estos datos.
Para comenzar, quien se ejercita de esta manera debe imaginar, cuando pronuncia las palabras "Yo soy", que esta resonancia ya se está efectuando en su plexo solar.
A propósito de esto, es curioso señalar aquí, que por medio de una concentración intencional de esta resonancia sobre una parte cualquiera de su cuerpo, un hombre puede poner fin a toda falta de armonía surgida en esta parte del cuerpo; es decir, que él puede, por ejemplo, deshacerse de su dolor de cabeza al concentrar la resonancia en la zona de la cabeza en la que tenga una sensación de dolor.
Al principio, es necesario pronunciar las palabras, "Yo soy", muy a menudo y tratar de no olvidar nunca de experimentar esta resonancia en el plexo solar.
Si no se experimenta esta resonancia, ni siquiera en la imaginación, el pronunciar en voz alta, o para sí mismo, las palabras, "Yo soy", no tendrá ningún significado.
El pronunciarlas sin esta resonancia tendrá el mismo efecto que el pensamiento asociativo automático, es decir, un aumento, en la atmósfera de nuestro planeta, de lo que determina en nosotros, por la percepción que tenemos de ello y por su fusión con nuestro segundo alimento, una necesidad irresistible de destruir los diferentes *tempos* de nuestra vida ordinaria, mal que bien establecidos en el curso de los siglos.
Este segundo ejercicio, como ya lo he dicho, es sólo preparatorio; y es sólo cuando ustedes hayan adquirido "destreza" en la experiencia de este proceso imaginado en ustedes mismos, que les daré los detalles complementarios para obtener en ustedes resultados reales.
Primeramente, concentren la mayor parte de su atención en las palabras mismas: "Yo soy"; la otra parte concéntrenla en el plexo solar y la resonancia se efectuará, poco a poco, por sí misma.
Al comienzo, sólo es necesario adquirir, en cierta forma, el "sabor" de estos impulsos que todavía ustedes no tienen en sí mismos y que por el momento los pueden simplemente designar con las palabras "Yo soy", "Yo puedo", "Yo quiero".
"Yo soy, yo puedo, yo soy poder".

"Yo soy, yo quiero, yo soy querer".
Para concluir mis explicaciones sobre este ejercicio de ayuda, repetiré una vez más, pero en otros términos, lo que ya he dicho.
Si "yo soy", sólo entonces "yo puedo". Si "yo puedo", sólo entonces merezco y tengo el derecho objetivo de "querer".
Sin la facultad de "poder", no hay ninguna posibilidad de tener nada, no, ni el derecho de tenerlo.
En primer lugar, debemos comprender estas expresiones como si fueran designaciones exteriores de los impulsos, con el objeto de llegar, a la larga, a los impulsos mismos.
Si ustedes experimentan varias veces, aunque sea la sensación de lo que yo he llamado el "sabor" de estos impulsos sagrados para el hombre, tienen ya mucha suerte, en verdad, porque sentirán entonces como una realidad la posibilidad de adquirir un día, en su presencia, datos para estos impulsos divinos reales, propios sólo al hombre.
Y sobre estos impulsos divinos se funda, para la humanidad, el sentido de todo lo que existe en el Universo, comenzando por el átomo para terminar con todo lo que existe como un todo y, entre otras cosas, hasta vuestros dólares.

Para permitirles la asimilación completa de estos dos "ejercicios de ayuda" o, como también se les podría llamar, estos "ejercicios preparatorios", con el fin de adquirir la maestría del ejercicio principal, encuentro necesario advertirles, desde el inicio de la formación de este grupo, compuesto por personas que persiguen todas una sola y misma meta, que hay una condición indispensable para el pleno cumplimiento de esta meta común; esta condición consiste en ser sinceros en sus relaciones mutuas.
Tal como he podido saberlo, por diversas fuentes auténticas, dicha sinceridad era la condición imperiosa, por encima de cualquier otra, exigida a los hombres de todos los tiempos pasados, cualquiera que fuese su grado de intelectualidad, cada vez que se reunían para alcanzar juntos una meta común.
A mi parecer, sólo el cumplimiento de esta condición indispensable al trabajo colectivo, tal como ha sido propuesto, permitirá llegar a un verdadero resultado con relación a esta meta, ya casi inaccesible para los hombres contemporáneos.
Cada uno de ustedes, al participar con igualdad de derechos en el grupo nuevamente formado para alcanzar un solo y mismo "ideal", debe luchar, sin cesar, contra los impulsos indignos del hombre que inevitablemente surgen en él, tales como el "amor propio", el "orgullo", la "vanidad" y así sucesivamente y no tener vergüenza de ser sinceros en sus respuestas, sus observaciones y sus comprobaciones sobre los ejercicios que yo les habré dado.
Toda información que venga de uno cualquiera de ustedes, relativa al esclarecimiento de los diversos detalles de este primer ejercicio, que en este momento es para todos ustedes el centro de gravedad, puede revelarse, en este trabajo en común, de un gran valor para ayudarse unos a otros.
En tales casos no deben tener temor de ser sinceros entre ustedes.
Al trabajar, para resolver cuestiones referentes a esta gran meta común, cada uno de ustedes debe siempre comprender y sentir instintivamente que en ciertos aspectos son ustedes todos parecidos y que el bien de uno depende del bien de los otros.
Ninguno de ustedes, aisladamente, es capaz de hacer nada que sea real; por consiguiente, aunque sólo sea con un fin egoísta, ayúdense unos a otros en este grupo recientemente formado que también podría llamarse una hermandad. Cuanto más sinceros sean, unos hacia otros, tanto más útiles serán, unos a otros.
Por supuesto, sean sinceros, pero sólo aquí, en el grupo y sobre las cuestiones relativas a su meta común.
La sinceridad hacia todo el mundo es una debilidad, una esclavitud e incluso un síntoma de

histeria.
Aunque el hombre normal deba demostrar su capacidad de ser sincero, le es necesario también saber cuándo, dónde y con qué fin es necesario ser sincero.
En el presente caso, es deseable el ser sincero. Por consiguiente, hablen sin restricciones de todos los resultados que obtienen al hacer esta clase de ejercicio.

Antes de darles explicaciones detalladas sobre este tema, juzgo necesario hablarles un poco de la totalidad específica de resultados que engendra, en la psiquis humana, el funcionamiento general de lo que se llama "atención".
Aun en el estado pasivo, esta atención, en el hombre normal, al provenir de la fusión proporcional de los resultados de las acciones correspondientes de las tres partes independientemente automatizadas de su individualidad integral, constituye siempre un todo; sin embargo, en el estado activo, tal hombre puede además concentrar conscientemente la totalidad de esta atención, ya sea sobre una parte de su presencia general, o sobre cualquier cosa que le sea exterior, con tal fuerza de "concentración", que todas las asociaciones que se desenvuelven automáticamente en él -y que, al ser resultados, conformes a la ley, del funcionamiento general de su organismo, deberán siempre proseguir mientras viva- dejarán totalmente de molestarlo.
Se podría además resaltar ahora que, como lo establecen claramente informaciones auténticas que nos han llegado del más remoto pasado, ciertos sabios habían demostrado, de manera indudable, que esta corriente de asociaciones automáticas jamás cesa mientras el hombre esté con vida y que, en ciertas personas, las asociaciones continúan por inercia durante varios días después de la muerte.
Ya que hablo de las asociaciones que fluyen automáticamente en el hombre, podría, aprovechando la oportunidad, "arrojar una luz" sobre otro aspecto, insignificante a primera vista, de la fenomenal idiotez de la gente que, en su ingenuidad, le da importancia a todos sus estúpidos "sueños".
Cuando un hombre duerme de verdad, normalmente, su atención -cuya calidad condiciona, por así decirlo, el "grado" de diferencia entre el estado de vigilia y el de sueño- duerme también; en otras palabras, su atención, de acuerdo con propiedades innatas, se acumula en él con una fuerza correspondiente a la intensidad de las manifestaciones que se le impondrán posteriormente.
Pero sucede que debido a una falta de armonía cualquiera en el funcionamiento general del organismo de un hombre -resultado muy a menudo de un gasto anormal, durante su estado de vigilia, de la energía acumulada conforme a la ley- esta función de la psiquis general no puede realizarse normalmente mientras duerme; a partir de entonces, las asociaciones que fluyen en él y que registran una atención dispersa "aquí y allá", engendran estos famosos sueños, dicho de otra manera, esta estupidez humana.

Un hombre normal puede dividir la atención global de la que les he hablado en dos, o incluso en tres, partes diferentes y puede concentrar, cada una de ellas, en objetos independientes, en él o fuera de él.
Con el propósito de dar mayor eficacia al trabajo de nuestro nuevo grupo y aun antes de explicar cómo hacer este segundo ejercicio de ayuda, me es necesario decir que a partir del momento en que me tracé el plan detallado para mi Instituto del cual he hablado muchas veces aquí, ya convencido de la imposibilidad de formular exactamente, en palabras, los delicados puntos técnicos de los ejercicios o experimentos intencionales con miras al perfeccionamiento de sí; y dado que conocía la existencia, entre nuestros antepasados lejanos, de un método especial destinado a poder captar mejor las nuevas informaciones, método que se basa en lo que se llamaba entonces el "principio de enseñar con el ejemplo", introduje este

método en el programa general y lo usé frecuentemente y puesto que también tengo la intención de emplearlo cuando el trabajo comience en este nuevo grupo de seguidores de mis ideas, considero oportuno y beneficioso, para hacer que se comprenda la técnica de este segundo ejercicio de ayuda, el seguir desde ahora este método, el único verdadero a mi parecer y el único útil en casos semejantes.
En este momento, como ustedes lo ven, estoy sentado entre ustedes y aunque estoy mirando al señor L., yo estoy dirigiendo intencionalmente toda mi atención, que ustedes no están en condiciones de ver, hacia mi pie; por consiguiente, cualquiera que sea la manifestación del señor L. que aparezca en el campo de mi visión, la percibo solamente de manera automática, porque en este instante, mi atención, en su totalidad, se encuentra concentrada en otro lugar.
Voy ahora a dividir intencionalmente esta totalidad de mi atención en dos partes iguales.
Dirijo conscientemente la primera mitad hacia la comprobación ininterrumpida y la sensación continua del proceso de respiración que se efectúa en mí.
Mediante esta parte de mi atención, yo siento distintamente que algo pasa en mí mientras respiro.
Siento primero claramente que cuando aspiro el aire, la mayor parte de este aire, después de haber pasado por mis pulmones, regresa al exterior, mientras que la parte menor se queda ahí, en cierto modo se ha establecido allí; y ahora siento que ella penetra poco a poco al interior, como si se propagara por todo mi organismo.
Debido a que sólo la mitad de mi atención está ocupada en observar el proceso de respiración que se efectúa en mí, todas las asociaciones "mentales", "emocionales" y "reflejas", que fluyen de manera automática en mi presencia habitual, continúan siendo percibidas por la parte disponible de mi atención y obstaculizan a la otra parte de mi atención intencionalmente dirigida sobre un objeto determinado, pero ya en menor grado.
Ahora, dirijo la segunda mitad de mi atención hacia mi cabeza a fin de observar y, de ser posible, seguir claramente todo proceso que ahí se efectúe.
Y ya comienzo a sentir allí, en el seno de esta totalidad de asociaciones desarrollándose automáticamente, el surgimiento de algo muy fino, casi imperceptible para mí.
No sé exactamente lo que es, ni deseo saberlo, pero compruebo, de manera precisa, percibo y siento que es "algo" bien definido que emerge del desarrollo automático, en mi cabeza, de asociaciones que vienen de impresiones previas percibidas conscientemente.
Mientras esta segunda mitad de mi atención está ocupada de esta manera, la primera continúa vigilando sin interrupción, con un "interés concentrado", los efectos del proceso de mi respiración.
Ahora, dirigiendo conscientemente la segunda mitad de mi atención, sin cesar un instante de "recordarme de mí mismo en mi totalidad", ayudo a este algo que ha aparecido en mí a que fluya directamente desde mi cabeza hacia mi plexo solar. Lo siento fluir. Ya no veo desarrollarse en mí ninguna asociación automática.

Habiendo finalizado esta especie de "monólogo", volví a hablarles de la manera habitual.
Aunque haya hecho este ejercicio delante de ustedes para permitirles captar con el ejemplo todos los detalles y que, por consiguiente, lo haya hecho en condiciones que no me dejaban la posibilidad de acumular plenamente, en mi presencia general, el resultado benéfico que puede aportar, no dejo de comenzar, en este mismo instante, a sentirme incomparablemente mejor que antes de emprender esta explicación demostrativa.
Debido a que mi "plexo solar" absorbía intencional y directamente los resultados, en conformidad con las leyes, del aire que respiraba, así como los resultados depositados en mi cabeza por impresiones anteriores conscientemente percibidas, siento ahora, enteramente, que "Yo soy", que "Yo puedo", y que "Yo puedo querer".
En cuanto a ustedes, por favor, no se entusiasmen ni se animen demasiado por mi estado ya

que están muy sensibilizados por ello en este momento y desearían además adquirirlo.
De momento nada parecido le puede ocurrir a ninguno de ustedes.
Si este ejercicio, que debí hacer ante ustedes para explicarlo, produjo, en mi presencia general, un efecto del cual todos ustedes han sentido la realidad, es porque ya tengo un "Yo" individual completamente determinado y porque la totalidad de los elementos, del cual está compuesto, ya está más o menos adaptada a los resultados de las impresiones correspondientes y puedo controlarlas en conformidad con las leyes.
De esta manera, mi "Yo" absorbe con mayor intensidad este alimento apropiado.
Ustedes, por el momento, no deben esperar que la repetición intencional de este mismo ejercicio produzca en ustedes un resultado tan preciso.
Por el momento no hagan este ejercicio con el objeto de ser fuertes; para ustedes no es aún sino una preparación con el fin de poder adquirir un día su propio "Yo" y llegar a reconocer, con indiscutible certidumbre, estas dos fuentes verdaderas de donde puede nacer el "Yo".
Y ahora, sin filosofar, sin entregarse a sus habituales discusiones, tan nocivas para ustedes, traten sólo de comprender todo lo que he dicho hoy, luego hagan este ejercicio por sí mismos, pero sin la menor esperanza ni la menor expectativa de un resultado determinado.

EL MUNDO EXTERIOR Y EL MUNDO INTERIOR DEL HOMBRE

La cuestión que tengo intención de tratar en este último capítulo de mis escritos es totalmente extraña al pensamiento de los hombres contemporáneos; y es precisamente de esta ignorancia que se desprende la mayoría, por no decir la totalidad, de los mal entendidos que sobrevienen en el proceso de nuestra vida en común.
Sólo la comprensión de esta cuestión y el reconocimiento de su alcance verdadero permitirán resolver lo que constituye el problema principal de nuestra existencia, es decir, el problema de la prolongación de la vida humana.
Antes de comenzar a desarrollar este tema, quiero citar el contenido de un antiguo manuscrito que conocí por azar en circunstancias totalmente excepcionales.
El antiguo manuscrito, que tengo la intención de usar, es una de esas reliquias transmitidas de generación en generación por un muy pequeño número de hombres a quienes se les llama "Iniciados", no iniciados de la clase que se ha multiplicado recientemente en Europa, sino verdaderos Iniciados. En nuestro caso, pertenecen a una cofradía que aún existe en la actualidad, en lo más recóndito del Asia central.
El contenido de este manuscrito está expuesto, como era la costumbre en los tiempos antiguos, "podobnolizovany" o, como lo dice la ciencia esotérica, "analógicamente", es decir, simbólicamente, bajo una forma por completo diferente a la ya establecida en el pensamiento de nuestros contemporáneos.
Como estoy muy bien enterado de esta diferencia -por el más grande de los azares, por supuesto- me esforzaré por transmitir, tan exactamente como sea posible, el sentido de este texto, pero adaptándolo a la "forma de pensar" habitual entre los contemporáneos.

He aquí lo que dice este antiguo manuscrito:
"La psiquis general de todo hombre cuando alcanza la madurez -lo que ocurre en general para el sexo masculino a la edad de veinte años y, para el sexo femenino, desde que cumple los trece años- consiste en tres totalidades de funcionamiento, que no tienen entre sí casi nada en común".
"Las manifestaciones de estas tres totalidades de funcionamiento independientes en la presencia general de un hombre que haya alcanzado la madurez se desarrollan simultáneamente y sin interrupción".
"La formación en el hombre de diferentes factores, a partir de los cuales se elaboran esas tres totalidades de funcionamiento, comienza y concluye en diferentes períodos de su vida".
"Tal como ya se ha establecido desde hace mucho tiempo, los factores que determinan en el hombre la primera totalidad de funcionamiento se constituyen -a menos que se tomen ciertas medidas especiales-exclusivamente durante la infancia: en los muchachos hasta la edad promedio de once años y en las niñas hasta los siete años solamente".
"Los factores que determinan la segunda totalidad, comienzan a formarse en muchachos a partir de los nueve años y en las niñas desde la edad de cuatro años, durante un tiempo variable, según los casos, y que dura aproximadamente hasta la mayoría de edad".
"En cuanto a los factores de la tercera totalidad, comienzan a constituirse a partir del momento en que el hombre alcanza la mayoría de edad y en nuestros días no continúan formándose, en los hombres ordinarios, sino hasta la edad de 60 años y en las mujeres hasta la edad de cuarenta y cinco años".
"Pero para aquellos que se perfeccionan conscientemente hasta el estado de 'todos-los-centros-despiertos', es decir, hasta llegar a ser capaces de pensar y de sentir por propia iniciativa, la formación de estos factores puede proseguir, en los hombres hasta la edad de trescientos años y en las mujeres hasta la edad de doscientos años".
"La formación de los diferentes factores de manifestación de estas tres totalidades de

funcionamiento, enteramente distintas, se efectúa en el hombre conforme a la ley universal, llamada 'Ley de Trinidad".
"A la formación de los factores de la primera totalidad contribuyen, por una parte, como 'principio ánodo', las impresiones exteriores accidentalmente recibidas, así como las impresiones resultantes de lo que se llama los 'sueños-de-todos-los-centros' y, por otra parte, como 'principio cátodo', los resultados de los reflejos del organismo, especialmente de aquellos órganos que presentan una peculiaridad hereditaria".
"En la formación de los factores de la segunda totalidad, concurren, como 'principio ánodo', las impresiones exteriores recibidas bajo cierta presión, teniendo como característica el haber sido implantadas intencionalmente desde afuera y, como 'principio cátodo', los resultados de la acción de factores constituidos a partir de impresiones similares anteriormente percibidas".
"Los factores de la tercera totalidad de funcionamiento se forman a partir de los resultados de la 'contemplación', es decir, resultados obtenidos a partir del 'contacto voluntario' entre los factores de las dos primeras totalidades, contacto al cual los resultados de la segunda totalidad sirven de 'principio ánodo' y aquéllos de la primera totalidad de 'principio cátodo".
"Una de las propiedades de tal coordinación de las tres totalidades distintas de funcionamiento que determinan la psiquis general del hombre es el suscitar -por diversas combinaciones de 'contacto voluntario' entre las manifestaciones de estas tres totalidades independientes- en una de ellas la grabación de los procesos que se desarrollan en las otras totalidades, así como de aquellos que tienen lugar fuera del hombre y caen en la esfera de actividad subjetiva de sus órganos de percepción".
"Lo que los hombres perciben ordinariamente de esta propiedad inherente a su presencia general es lo que ellos
llaman 'atención".
"El grado de sensibilidad de esta 'atención' -o, según la definición que de ella daba la ciencia antigua, su 'fuerza abarcante'- depende enteramente del nivel del 'estado global del hombre dado".
"Para definir la esencia de esta propiedad llamada 'atención' en el hombre, la ciencia antigua utilizaba la siguiente fórmula:
GRADO DE FUSIÓN ENTRE LO QUE ES SEMEJANTE EN LOS IMPULSOS DE OBSERVACIÓN Y DE COMPROBACIÓN DENTRO DE LOS PROCESOS DE UNA DE LAS TOTALIDADES, Y LO QUE SE DESARROLLA DENTRO DE LAS OTRAS TOTALIDADES".
"Este nivel del 'estado global' del hombre va, tal como lo define la ciencia, de la más fuerte intensidad subjetiva de 'sensación de sí', a la más grande 'pérdida de sí' mensurable".
"Este grado de fusión vuelve a ser siempre el factor de iniciativa para la realización de una función común de las tres totalidades independientes que representan la psiquis general del hombre en la cual, en un momento dado, el nivel del estado global tiene su centro de gravedad".

Si cité esta hipótesis, extravagante a primera vista, de nuestros antepasados lejanos, es porque constituye una excelente introducción a la cuestión y porque mis propios intentos por descubrir su verdadero sentido me han llevado a conclusiones que quiero compartir con los lectores del presente capítulo.
En cuanto a mí, lo que me ha intrigado particularmente, durante muchos anos, de esta extravagante hipótesis científica, es la definición ya mencionada: "Grado de fusión entre lo que es semejante en los impulsos de observación y de comprobación dentro de los procesos de una de las totalidades y lo que se desarrolla dentro de las otras totalidades".
A la vez que atribuía una gran importancia a los otros elementos de esta hipótesis, no podía de ninguna manera captar el sentido de esta fórmula.

Me intrigaba especialmente la palabra "semejante".
¿Qué es esta "similitud"? ¿Por qué "similitud"? ¿Con qué fin esta extraña "similitud"?
Y, sin embargo, esta idea, "absurda" para todos los sabios contemporáneos, de que tres clases de asociaciones, de naturaleza independiente, se desarrollan simultáneamente en el hombre, no me sorprendía y la consideraba con un sentimiento de gran respeto por el saber de los Antiguos.
Y esto no me sorprendía, porque, desde la época en que efectuaba verificaciones especiales sobre la psiquis del hombre, sirviéndome de todos los medios experimentales puestos a mi alcance por la civilización contemporánea -y especialmente con la ayuda de la ciencia del hipnotismo-había comprobado y establecido claramente que en el hombre tienen lugar simultáneamente tres clases de asociaciones: de pensamiento, de sentimiento, y de instinto mecánico.
Estas tres clases de asociaciones independientes no sólo tienen lugar simultáneamente en él, sino que en cada una de ellas participan los resultados de las tres fuentes que existen en el hombre para la transformación de las tres naturalezas de "vivificación cósmica".
Estas mentes están localizadas en el hombre: la primera, en una parte de la cabeza, la segunda, en una parte del plexo solar y la tercera, en una parte de la columna vertebral.
De esta manera, estas tres clases de asociaciones en un solo hombre explican la singular impresión, que cada uno experimenta en ciertos momentos, de sentir que viven en él varios seres diferentes. Para quienes quisieran conocer más sobre estas cuestiones, les aconsejaría el aprender, no por medio de una simple lectura, sino zambulléndose profundamente en el capítulo de la primera serie de mis obras titulado "El Santo Planeta del Purgatorio".

Ahora, al releer lo escrito, surgió en mí la curiosidad de saber qué es lo que le parecerá más extravagante al lector:
la proposición que acabo de formular, o la hipótesis de nuestros antepasados lejanos.
Me imagino que al compararlas, el lector encontrará primero que no vale más una que otra, pero, al reflexionar, me culpará sólo a mí por haber osado escribir tales pamplinas -y más en una época civilizada como la nuestra-.
En cuanto a nuestros antepasados, los perdonará porque trataré de ponerse en su lugar y no dejará de tener un razonamiento de este género:
"No se puede tener nada en contra de ellos si en su tiempo aún no existía nuestra civilización. Con la instrucción que ellos tenían, ¡era necesario que se ocuparan de algo! Tanto más que en aquella época ellos no disponían de ninguna de nuestras innumerables máquinas, ni siquiera de las más elementales".
Ahora, después de haber dado libre curso a una de mis debilidades, que consiste en "soltar un chiste" justamente en el medio de los pasajes más serios de mis obras, quiero aprovechar esta tendencia insólita para salirme del tema central y contar una curiosa coincidencia que se produjo hace poco a propósito de la redacción de este libro.
Por otra parte, esta redacción dio lugar a muy numerosas coincidencias, muy extrañas a primera vista, pero, al mirarlas más de cerca, enteramente conformes con las leyes.
Por supuesto que no voy a describirlas todas, ya que esto sería imposible -serían necesarios por lo menos otros diez volúmenes.
No obstante, para caracterizar mejor estas extrañas coincidencias, cuyas consecuencias vinieron a interferir en la marcha de mis trabajos, contaré seguidamente la primerísima, que tuvo lugar el 6 de noviembre de 1934, luego la última de todas que ocurrió tan sólo anteayer.
Como ya lo he dicho en el Prólogo, después de una pausa de un año, decidí ponerme a escribir de nuevo, el 6 de noviembre de 1934, es decir, siete años, puntualmente, después de haber resuelto realizar, cueste lo que cueste, todas las tareas requeridas por mi ser.
Encontrándome ese día en Nueva York, me fui temprano al café Childs de Columbus Circle,

donde acostumbraba pasar mis mañanas escribiendo.
Dicho sea de paso, mis amigos norteamericanos apodaban a este Childs, el Café de la Paix, porque, para mí, durante la época en que escribía, desempeñaba en Nueva York el mismo papel que el Café de la Paix en París. Esa mañana, me sentía como un caballo fogoso, al que hubiesen dejado al aire libre, después de estar meses en su cuadra.
Mis pensamientos, literalmente, bullían -sobre todo aquellos que se referían a mi trabajo-.
El trabajo avanzaba tan rápido que a eso de las nueve había llenado casi quince páginas de mi cuadernillo, sin una corrección.
Si esto fue así, era evidentemente porque, durante el mes precedente, a pesar de mi decisión de no permitir a ningún pensamiento activo que se desarrollase en mí, yo había aflojado un poco mis esfuerzos, lo confieso, y me dejé llevar a representarme más o menos automáticamente lo que sería el principio de este libro, que debería ser no sólo el último, sino "el acorde final" de todos mis escritos.
A eso de las diez y media, algunos viejos amigos vinieron a verme; tres de ellos eran considerados como escritores. Se sentaron a mi mesa y se pusieron a beber su café matinal.
Entre ellos se encontraba alguien que había trabajado muchos años en la traducción inglesa de mis obras.
Decidí aprovechar su presencia para ver cómo "sonaría" en inglés el comienzo de este último libro.
Le entregué, para su traducción, lo que acababa de redactar y seguí escribiendo.
Continuamos nuestro trabajo, mientras los otros charlaban, tomando café.
A las once, dándome un pequeño respiro, le pedí al traductor que leyera en voz alta lo que ya había traducido.
Cuando llegó a leer la expresión: "sufrimiento intencional", lo detuve porque había usado "intencional" para traducir la palabra "voluntario".
Me propuse explicarle la diferencia enorme entre el sufrimiento intencional y el sufrimiento voluntario y, de inmediato, surgió entre nosotros, como siempre en casos parecidos, una querella filológica general.
En el momento en que la disputa alcanzaba su punto culminante, uno de nosotros fue llamado al teléfono.
Volvió de inmediato, muy emocionado, para anunciarme que alguien quería hablarme personalmente.
Cuando llegué al teléfono me enteré de que, en ese instante, acababa de llegar un telegrama de Londres, informándome que el señor Orage había muerto esa misma mañana.
La noticia fue tan inesperada que no comprendí en el momento.
Cuando me di cuenta de lo que se trataba quedé literalmente fulminado.
Y esto porque, en el mismo momento, me acordé de ciertos acontecimientos asociados a este día y a este hombre.
De inmediato se hicieron presentes, en mi conciencia, diversas conclusiones que ya habían sido impuestas en mí, en el curso de mi vida pasada, pero sin generar aún convicción, respecto a las "coincidencias evidentes" que sobrevienen en nuestra vida.
Lo extraño de la coincidencia consistía, sobre todo, en el caso presente, en que, puntualmente, siete años antes, la misma noche en que se comenzaron a formar en mí las ideas que debían servir de base a esta obra, había dictado una carta, dirigida a esta misma persona, de cuya muerte me acababa ahora de enterar, en la que yo evocaba algunas de estas ideas.
Yo contestaba a una carta personal en la que precisamente él me preguntaba sobre el tratamiento de su mal crónico, del cual luego habría de morir.
Esto acontecía el 6 de noviembre de 1927, a medianoche. Estaba acostado, sin poder dormir, presa de un torbellino de pensamientos opresivos y trataba de pensar en otra cosa, para distraerme aunque fuese un poco de mis pesadas preocupaciones, cuando de repente me

acordé, por asociación, de la carta que había recibido de él algunos días antes.
Pensando en esta carta y recordando la buena voluntad de la que me había dado prueba recientemente, desperté, sin el menor remordimiento, a mi secretaria, que dormía en el apartamento, y le dicté una respuesta.
El señor Orage, con justa razón, era considerado entonces como el principal artesano de la difusión de mis ideas en toda la América del Norte.
Como, en esa época, yo mismo estaba completamente absorbido por pensamientos relativos a mi propio estado de salud y estaba casi convencido de la posibilidad de restablecerla por medio del sufrimiento voluntario, naturalmente, le aconsejé hacer lo mismo, pero bajo una forma correspondiente tanto a su individualidad como a las condiciones de su vida ordinaria.
Nada diré aquí acerca de la respuesta que me envió ni de las conversaciones que tuvimos más tarde respecto a su salud, ni de mis consejos; me contentaré con señalar que estos consejos no tuvieron efecto alguno sobre él y el lector comprenderá fácilmente la causa de ello si se acuerda de las declaraciones del mismo señor Orage que he citado en un capítulo anterior de esta tercera serie de mis obras.

Una de las consecuencias nefastas que tuvo este acontecimiento, la muerte del señor Orage, tanto sobre mis escritos como sobre mí mismo, fue que, a pesar de todos mis deseos y de todos mis esfuerzos, quedé incapacitado, por dos meses enteros, de agregar la mínima palabra a lo que había escrito hasta las once, ese 6 de noviembre de 1934.
Lo que me lo impedía fue la intervención de uno de esos factores que surgen ineluctablemente en la psiquis de los hombres contemporáneos, y de los norteamericanos en particular, factor que los obliga a cumplir automáticamente hasta sus manifestaciones semi-intencionales.
El hecho es que durante mi estadía, contrariamente a la costumbre establecida durante mis visitas precedentes, había evitado toda entrevista con mis amigos y mis relaciones, con excepción de algunas pocas personas que podían ser útiles a mi meta.
Pero ahora todos aquellos que me conocían en Nueva York, enterándose ya sea por los periódicos o por conversaciones telefónicas -como es costumbre allá- de la muerte de mi fiel amigo el señor Orage, todos, sin excepción, movidos por este factor automático, consideraron su deber buscarme a fin de expresarme sus "condolencias".
Venían y telefoneaban, no sólo gente que pertenecía al grupo que había dirigido él señor Orage, sino aun otros, cuya existencia me era totalmente desconocida. Entre otros, gente que según toda probabilidad, no había visto sino una sola vez (y eso por azar), en el curso de mi primer viaje, hacía ya once años.
Desde la mañana, cuando llegaba al Café para trabajar, ya encontraba en el lugar algún "muy querido" que me esperaba. Y apenas se había ido éste, otro aparecía a mi mesa, siempre con la misma cara de circunstancia.
Cada uno de estos visitantes, después de haber lanzado su famoso: "¿Cómo está usted, señor Gurdjieff?", jamás dejaba de agregar la fórmula estereotipada: "¡Oh! ¡No sabe cuánto, pero cuánto siento lo del señor Orage!"
¿Qué podía yo contestar a esto?
La cuestión de la muerte es una cuestión que trastorna todas las condiciones subjetivas establecidas en nuestra vida.
¿Tomar las medidas habituales para desembarazarme de aquellos que venían a molestarme en mi trabajo? En este caso no lo podía hacer: esto no habría servido sino para hacer surgir, a la ligera, nuevos y ardientes propagadores de comidillas malévolas.
Ahora bien, aún antes de llegar a los Estados Unidos, había previsto, mientras escribía mi último libro, visitar, tan a menudo como fuese posible, los estados de América del Norte donde ya se habían organizado grupos de personas que seguían mis ideas.
Había calculado que, de esta manera, paralelamente al cumplimiento, en el lapso previsto, de

todas las tareas que me había fijado, terminaría este último libro y pondría a punto la organización de todo lo que era necesario para la difusión de la primera serie de mis obras.
Es por esto que, a fin de escapar de las circunstancias que obstaculizaban mi trabajo, partí, tan pronto como me fue posible, primero a Washington, después a Bostón y, de ahí, a Chicago.
Pero todo esto no sirvió de nada. Por todas partes se repetía la misma escena.
Que mis conocidos, en estas diferentes ciudades, se hayan sentido obligados a expresarme sus condolencias, esto todavía se podría comprender, si no hubiera más remedio, porque casi todos habían conocido personalmente al señor Orage y estaban al tanto de su relación conmigo.
Pero ver que las mismas escenas se repetían con norteamericanos de ciertas ciudades del Sur, ¡esto era el colmo de lo absurdo!
Entre la gente del Sur que me expresaba su famosa "condolencia" estaban quienes no sólo no habían visto jamás al señor Orage, sino que ni siquiera habían oído hablar nunca de él.
Se habían enterado de su muerte sólo la víspera y de que había sido uno de mis principales asistentes.

Se me ocurre, de repente, que las reflexiones que he compartido con un pequeño grupo de personas con ocasión de la muerte del señor Orage podrían contribuir a una mejor comprensión del contenido esencial de todo este capítulo; voy a tratar entonces de recordarlas y exponerlas aquí.
Mientras bebíamos nuestro café, hablábamos de las diferentes costumbres que se apoderan de nosotros desde la infancia y de las cuales seguimos esclavos aun después de haber alcanzado nuestra madurez.
En ese momento llegó de improviso uno de los miembros del grupo, de aspecto alegre y rostro encendido; como estaba atrasado, sin duda había caminado más rápido que de costumbre. El no esperaba encontrarme allí; pero apenas me vio, cambió de expresión y, acercándose a mí, me espetó en el instante mismo una de esas frases estereotipadas, clasificadas bajo el rubro de "condolencias".
Esta vez no me pude contener más y, tomando a todos como testigos, dije:
"¿Han oído ustedes en qué tono singular, que no parece propio de él, su compañero nos ha lanzado su perorata?"
"¿Sí? Bueno, si quieren, pídanle ahora que haga una excepción y les diga, con toda franqueza, por una vez en su vida, si, en el fondo de él mismo, es decir, en su ser verdadero, tenía la más mínima relación con las palabras que pronunciaba".
"Desde luego que no: ¿cómo podría serlo de otra manera? El difunto en cuestión no era, como se dice, ni su hermano ni su guardián y, lo que es más, no podía saber en absoluto, ni adivinar, cómo habría reaccionado ante este acontecimiento la persona a la que él dirigía estas palabras ampulosas".
"El ha lanzado esta frase en forma totalmente mecánica, sin la menor participación de su ser, y lo ha hecho por la única razón que, en su infancia, su niñera le ha enseñado, en caso parecido, a levantar el pie derecho antes que el izquierdo".
"¿Por qué fingir siempre, hasta en los casos en que no sacan nada bueno para su ser, ni siquiera para satisfacer su egoísmo?"
"¿No hay ya bastante hipocresía, sin eso, para inundar nuestra vida cotidiana, dados los hábitos anormalmente establecidos en nuestras relaciones mutuas?"
"Expresar indefectiblemente sus condolencias con ocasión de la muerte de quienquiera que sea es, por cierto, uno de esos hábitos perniciosos, enclavados en nosotros desde la infancia y cuyo conjunto obliga a nuestras acciones semi-intencionales a realizarse siempre automáticamente".
"Antiguamente era considerado inmoral, y aun criminal, expresar a alguien sus condolencias

con respecto a la muerte de una persona cercana".
"Sin duda eso era así porque, en el ser de aquel a quien se las dirige, el proceso de la impresión provocada por la pérdida de una persona cercana puede que no esté aún apaciguado y, estas palabras banales de condolencia, al recordárselo una vez más, reavivan su sufrimiento".
"De esta costumbre, mantenida en nuestros días cuando muere alguien, nadie saca ningún provecho; en cambio, puede hacer mucho mal a la persona interesada".
"Tales prácticas contemporáneas me indignan muy especialmente; sin duda porque he tenido la ocasión de escuchar hablar de una costumbre funeraria que se remonta a varios miles de años".
"Por aquel tiempo, cuando alguien moría, durante los tres primeros días nadie, salvo los sacerdotes y sus ayudantes, se acercaban a la casa del difunto".
"Sólo al cuarto día, todos los parientes del muerto, cercanos o lejanos, se reunían, así como sus vecinos, sus amigos, y aun los extraños que lo deseaban".
"En presencia de todos, en el umbral de la casa, los sacerdotes comenzaban por celebrar una ceremonia religiosa; luego se formaba el cortejo detrás del cadáver para dirigirse al cementerio, donde, después de un rito especial, se realizaba la inhumación".
"Tras lo cual, si el difunto era un hombre, todos los hombres -y, si era una mujer, todas las mujeres- regresaban a la morada del difunto, mientras que los demás regresaban a sus casas".
"Aquellos que volvían a la casa del muerto comenzaban por comer y beber, pero su comida estaba únicamente compuesta de un alimento cuyos ingredientes habían sido preparados con esta intención, durante toda su vida, por el
mismo difunto".
"Después de haber comido, se juntaban en la pieza más grande de la casa y allí, participando en lo que se llama un 'ritual del recuerdo', se dedicaban a recordarse y a contarse entre sí, con exclusión de todo lo demás, todas las acciones malas y perniciosas que había cometido el difunto en el curso de su vida".
"Esto duraba tres días enteros".
"Después de este original procedimiento de tres días, que consistía en 'no dejarle un solo cabello en la cabeza' o, como lo decían ellos mismos, en 'lavar los huesos del muerto hasta una blancura de marfil', todos los participantes se reunían de nuevo los siete días siguientes en la casa del muerto, pero esta vez sólo en la noche, después de haber cumplido sus obligaciones cotidianas".
"Durante esos siete velatorios ya no se acostumbraba ofrecer alimentos, pero en la gran pieza en que se tenía la reunión, se quemaba permanentemente inciensos de todas clases a expensas del difunto o de sus herederos".
"Sentados calmadamente, o arrodillados, en la atmósfera particular creada por los inciensos, los asistentes comenzaban por elegir entre ellos al que, por su edad y su reputación, era el más digno de ser el decano. Después de lo cual se dedicaban a la contemplación de la inevitabilidad de la muerte de cada uno".
"En ciertos momentos el decano pronunciaba, en voz alta, las palabras siguientes:
"No olviden cómo ha vivido él, aquel cuyo aliento aún no ha desaparecido de este lugar, cómo se ha comportado de una manera que no era digna de un hombre y no ha sabido aceptar el hecho de que, al igual que todos los otros, él también debía morir".
"Después de esta exhortación del decano, toda la concurrencia debía cantar lo que sigue:
"¡Oh! fuerzas santas, fuerzas supremas, ¡oh! espíritus inmortales de nuestros antepasados, ¡ayúdennos a mantener siempre a la muerte, delante de nuestros ojos y a no sucumbir a la tentación!"
"No diré nada más, pero dejaré a cada uno de ustedes el encargo de decidir por sí mismos qué beneficio tendría el que se restableciera en nuestra época esta 'bárbara' costumbre".

"Yo espero que ahora comprendan, más o menos, por qué sus fórmulas huecas de condolencia tienen casi el mismo efecto sobre mi mundo interior que sus 'víveres' norteamericanos sobre el sistema digestivo de los ingleses".
"Sería deseable para todos, para Dios, para el difunto, para ustedes y para mí y hasta para la humanidad entera que, ante la muerte de alguien, en lugar del proceso que consiste en pronunciar palabras carentes de sentido, se cumpliese en ustedes aquello que les permitiría enfrentarse a su propia muerte venidera".
"Tan sólo el darse cuenta cabal de la inevitabilidad de nuestra propia muerte puede destruir los factores que se han implantado en nosotros debido a nuestra vida anormal, y que son las fuentes de manifestación de los diferentes aspectos de nuestro egoísmo, raíz de todo mal en nuestras relaciones recíprocas".
"Y sólo esta comprobación puede resucitar, en los hombres, los datos divinos antiguamente presentes en ellos para los verdaderos impulsos de Fe, de Amor, y de Esperanza".

Mientras decía estas palabras, me volvieron a la memoria, no sé por qué, las estrofas de un canto persa muy antiguo y, en forma completamente involuntaria, me puse a recitarlas.
Esto se me había escapado tan involuntariamente que, para esconder de los presentes, la fuerza de mi pensamiento automático del momento, me vi obligado, de buen o mal grado, a darme el trabajo de explicar en inglés el sentido de este canto.
De las palabras de este antiguo poema persa emana una sabiduría científica que, en el lenguaje ordinario de ustedes, podría ser expresada aproximadamente así:

Si todos los hombres tuviesen un alma
Desde hace tiempo ya no habría lugar sobre la tierra
Ni para las plantas venenosas, ni para los animales feroces,
Y el mismo mal habría cesado de existir.

Para el holgazán, el alma es una ilusión,
Ella es un lujo para el que se complace en el sufrimiento;
Ella es el sello de la personalidad,
Ella es el camino, ella es el nexo con el Hacedor y Creador.

Residuo de la educación
O primera fuente de la paciencia,
Ella es también testigo del mérito
De la esencia del Ser eterno.

Guía de la voluntad
Su presencia es "Yo soy"
Ella es una parte del Todo-Ser,
Ella fue así, y así será ella siempre.

Así que, brevemente, a pesar de mi inextinguible deseo de trabajar y a pesar de que en todas las circunstancias, favorables o desfavorables, escribía, escribía sin cesar, con el fin de terminar este libro y de llevar a cabo todas las tareas que me había fijado, me veía en la incapacidad de hacerlo.
El 9 de abril de 1935, al terminar finalmente el Prólogo, comencé, ese mismo día, el presente capítulo.
Fue en relación con la redacción de este capítulo, en el cual trabajo actualmente, que ocurrió la coincidencia que he decidido compartir con el lector.

Todo el día y toda la noche del 10 de abril, trabajé intensamente en el principio de este capítulo, todavía poco satisfactorio a mis ojos, y fue sólo hacia el final del día siguiente que algo me pareció tomar forma, haciendo nacer en mí la certidumbre de que en adelante todo iría mejor.
Después de dormir algunas horas, me puse nuevamente a escribir; pero cuando llegué al lugar en que había empleado por primera vez la expresión "el problema de la prolongación de la vida humana", otra vez me atasqué.
Y esta vez porque de pronto se me hizo evidente que para explicar a fondo esta cuestión, de la cual yo había decidido hacer el motivo central o, se podría decir, el "pivote" de todo lo que tenía la intención de tratar en este libro, debía absolutamente comenzar por informar al lector, aunque fuere brevemente, sobre el lugar que ocupa esta cuestión en la ciencia contemporánea y en el pensamiento de los hombres de hoy.
Me puse a reflexionar en cómo hacer las cosas más comprensibles; y esto sin extenderme demasiado.
Había dado vueltas y vueltas en mi pensamiento a todos los hechos conocidos sobre el tema, pero cualquiera que fuese el ángulo bajo el cual tratara de exponerlos, su expresión siempre resultaba demasiado larga.
Muy pronto fui absorbido por mis reflexiones sobre este tema preliminar al punto de no prestar más atención a ninguna otra cosa.
Llegaba alguien -¿quién era? ¿Qué había dicho? ¿Qué impresión me había dejado al irse? ... No me había dado cuenta de nada. Aun el deseo de beber café frecuentemente, o de fumar cigarrillos, había desaparecido.
Sentía mareos, a veces, como si mi cabeza fuese a estallar, pero no por eso dejaba de escribir, ya que todo el resto dependía de ello.
En la noche del sábado al domingo, el 14 de abril, cuando el reloj daba la medianoche, decidí acostarme con la esperanza de conciliar el sueño, pero en vano.
Sucedió todo lo contrario: mis pensamientos, siempre girando, alcanzaron tales proporciones que ahuyentaron completamente el sueño. Se me hizo absolutamente evidente que sin el tema preliminar el resto no tendría ningún valor.
La aurora comenzó a despuntar y, convencido finalmente de que aquel día no se me concedería el sueño, decidí levantarme e ir a caminar sin rumbo fijo por las calles.
Como era domingo, y muy temprano, casi no había nadie afuera.
Iba al azar, con la idea de encontrar algún bar nocturno donde tomar una taza de café.
Desde lejos divisé en la esquina de una calle que algo se movía; me acerqué y vi que era un vendedor de periódicos que instalaba su quiosco.
Decidí comprar cualquier periódico y regresar a mi casa para volver a acostarme; quizá la lectura de este diario me distraería de mis pensamientos y llegaría así a dormir un poco.
Compré entonces el *New York Times,* cuyo número dominical es particularmente grueso, pero al pagar me di cuenta de que la lectura de un periódico de lengua inglesa no era en absoluto lo que necesitaba y que no me produciría el efecto que esperaba, por la sencilla razón de que en esta lengua yo no tengo el automatismo que sólo la práctica permite adquirir.
Le pregunté entonces al vendedor si por casualidad él mismo o algún otro en el barrio tenía periódicos europeos, griegos por ejemplo, o armenios o rusos.
Me respondió que no los tenía, pero que tres calles más adelante vivía toda una colonia de judíos rusos y que encontraría periódicos rusos en todos los quioscos.
Me fui en la dirección indicada. Entre tanto las calles habían comenzado a animarse.
En la primera esquina vi un quiosco y solicité un periódico ruso. El vendedor me contestó en ruso:
"¿Cuál, querido paisano, *Russkoi Slovo o Russky Golos*?'
Me enteré así por primera vez que en Nueva York se publicaban dos periódicos rusos bajo

esos títulos.
A fin de que el lector se haga una idea justa de la coincidencia que me dispongo a contar, debo decir que durante estos diez últimos años, es decir, desde que me había puesto a escribir, ya no leía prácticamente nada, ni periódicos ni libros, ni aun las cartas o telegramas.
Tomé los dos periódicos, regresé a casa y volví a
acostarme.
Uno de ellos era particularmente voluminoso para ser un periódico ruso.
Empecé a leerlo.
Al hojearlo, pronto comprendí que ese día celebraba su vigésimo quinto aniversario -por eso era tan grueso-.
Todos sus artículos eran tan "almibarados" para mi gusto que lo dejé y tomé el otro.
Al desplegarlo, lo primero que cayó bajo mis ojos fue este título: "El problema de la Vejez".
Era precisamente el tema que, durante tres días y tres noches, no me había dejado descansar.
Al leer este corto artículo, quedé entusiasmado y estupefacto de encontrar en él todo aquello sobre lo que había reflexionado y que había considerado necesario como material de introducción.
Al mismo tiempo todo en él estaba bien formulado, expuesto de manera muy condensada y, lo que era esencial, de una rara objetividad.
Maquinalmente, me pregunté cómo podría sacar partido de esta feliz coincidencia y, luego de un momento de reflexión, decidí nada menos que incluir todo el artículo, en este capítulo, en un lugar apropiado.
Al no estar presentado por mí, los lectores aceptarán, por lo demás, el material de este artículo mucho más objetivamente y, por consiguiente, obtendrán de él mayor provecho.
Y para que esto no se considere como un plagio, lo reproduciré completo, mencionando dónde y por quién ha sido escrito y llegaré aun hasta subrayar dos veces el nombre del autor.
Este artículo me tranquilizó y regocijó de tal manera que decidí no trabajar más aquel día y más bien ir a ver el famoso *Coney Island* que había tenido la intención de visitar en cada uno de mis viajes, sin poder jamás lograrlo.

EL PROBLEMA DE LA VEJEZ
Por
P.MANN

Russky Golos
Domingo 14 de abril de 1935

Cuando Metchnikov publicó sus trabajos, se pudo creer que se había resuelto el problema de la prolongación de la vida humana. Según él, la vejez prematura y enfermiza, y la muerte, eran resultados del envenenamiento crónico de los tejidos por las toxinas de las bacterias de descomposición que se desarrollan principalmente en el intestino grueso.
Para prolongar la vida, preconizaba un régimen de leche cuajada (kéfir, suero de leche de vaca) porque las bacterias del ácido láctico, al penetrar en el intestino, previenen tanto la descomposición orgánica como el desarrollo de esos agentes de putrefacción.
Como prueba, Metchnikov citaba muchos ejemplos de longevidad de personas y aun de pueblos enteros. Además, el sabio mismo vivió hasta una edad que ninguno de sus parientes había alcanzado y él consideraba que se debía al hecho de que durante varios años había bebido diariamente leche cuajada, preparada según una receta especial.
Sin embargo, Metchnikov exageraba la importancia de las bacterias del intestino. Las toxinas elaboradas por estas bacterias son innegablemente nocivas. Pero hay muchas otras razones, y más importantes aun, para la senectud precoz del organismo animal. Hay animales que no tienen ningún intestino. No dejan de envejecer ni de morir.

La causa de la senectud precoz no está ahí. Una vez rechazada la teoría de Metchnikov, los sabios aportaron toda una serie de nuevas teorías que explicaban, cada una diferentemente, las bases de la longevidad.
El famoso fisiólogo francés, Brown-Séquard, trató de retardar el progreso de la vejez y de rejuvenecer el organismo por medio de la inyección de extractos de glándulas sexuales animales.
Al no dar grandes resultados la aplicación de este método a gran escala, Steinach y Voronov volvieron a la idea del fisiólogo francés y trataron de lograr el rejuvenecimiento por injerto de glándulas sexuales de animales jóvenes. Pero ellos mismos admitieron que no habían logrado resultados positivos, sino en casos excepcionales.
Y continuaron surgiendo nuevas teorías sobre las causas de la vejez, valiéndose de cambios físico-químicos en el organismo, del desgaste de los vasos sanguíneos, etc.
Cada una de ellas exponía a su manera las razones de la senectud precoz y proponía diferentes métodos para la prolongación de la vida. Pero no estaban de acuerdo sino en su conclusión general, es decir, que la muerte tiene mucha prisa por alcanzar al hombre.
De hecho, el hombre puede vivir mucho más de setenta o setenta y cinco años, duración habitual de la vida humana.
¿Cuántos años, entonces? ¿Y de qué manera?
Se sabe que en casos excepcionales, el hombre puede vivir cien a ciento veinte años y aun hasta ciento cincuenta. En la clínica de Patofisiología para ancianos dependiente del Instituto de la Unión para la Medicina Experimental, dirigida por el profesor Hellmann, se sigue el estudio completo, bajo todos sus aspectos, del organismo humano en diferentes edades. Sin contar a los niños y a los adolescentes, la clínica alberga docenas de ancianos, entre los cuales algunos se acercan a la edad límite de la vida humana.
En un solo y mismo período la clínica acogió más de sesenta ancianos, hombres y mujeres, de los cuales tres tenían más de cien años. Uno de ellos, Moschuchin, murió hace unos cuantos meses a la edad de ciento veintitrés años; este viejo campesino recordaba perfectamente los acontecimientos del siglo pasado, el estado feudal, la liberación de los campesinos y la época en que ganaba diez copecs diarios. Los otros dos eran Zirulnikov, el ciudadano más viejo de Moscú después de la muerte de Moschuchin, ciento doce años, y Balascheva, ciento cinco años, testigo ocular de los funerales de Nicolás I.
Entre los ancianos de menos de cien años, se puede citar a un antiguo partidario Aksenova, setenta y cinco años, que tomó parte activa en el movimiento de los partidarios, en Siberia, fue varias veces perseguido a través de Checoslovaquia y participó en marchas forzadas, cubriendo más de una vez sesenta kilómetros en un día. Citemos también una mujer de ochenta y tres años, profesora de lenguas, Pastematzkaya, que aun el invierno pasado hizo un brillante papel en una competencia de patinaje sobre hielo con jóvenes.
¿Qué nos han aportado estas observaciones? El estudio de los hombres de mucha edad permite concluir que fuera de los factores sociales, que desempeñan un papel muy importante en la longevidad, una gran parte tiene que ver con los factores hereditarios. Además, casi todos los ancianos examinados habían gozado de una salud excepcional durante su vida entera. Muchos de ellos conservaban intacta su memoria y sus facultades mentales. La mayoría no representaba su edad. Nunca estaban enfermos.
Esta característica condujo a los sabios a la muy importante idea de la posible presencia, en muchos de ellos, de una inmunidad congénita respecto a las infecciones.
Parece que esta propiedad biológica es uno de los factores hereditarios que determinan las condiciones internas gracias a las cuales un hombre puede alcanzar una edad muy avanzada.
Otros resultados de estas observaciones son también de suma importancia. Entre otras cosas los sabios le dieron gran importancia al estudio de las diferencias entre los individuos según su edad.

¿Es normal la sangre de los ancianos?
Esta cuestión ha sido ya solucionada definitivamente. Se descubrió que la sangre de los ancianos era normal y casi no difería de la de los jóvenes.
Investigaciones paralelas han permitido concluir que los muy ancianos conservan por mucho tiempo sus aptitudes físicas, especialmente en el plano sexual.
La comparación de los resultados de la observación de los individuos jóvenes y viejos nos permite establecer que el desarrollo del hombre obedece a una ley fundamental y observar las variaciones funcionales que determinan las particularidades fisiológicas del hombre en diferentes edades.
El descubrimiento de estas leyes abre nuevas posibilidades para la solución del problema de la vejez en general y de ciertos de sus elementos más importantes, especialmente de la cuestión que desde hace mucho tiempo interesa a los sabios, la del mantenimiento hasta una edad avanzada de las capacidades no sólo físicas, sino mentales.
Después de los trabajos de Brown-Séquard y de Metchnikov, el pensamiento científico ha recorrido mucho camino. El estudio de las glándulas endocrinas se ha desarrollado considerablemente. Los últimos descubrimientos sobre las hormonas han introducido numerosos hechos nuevos. La clínica del profesor Hellmann tiene como programa el estudio crítico de las diversas teorías sobre las causas de la longevidad, a fin de poner al hombre en posibilidad de alcanzar naturalmente y en plena salud una edad avanzada y, en general, de descubrir el medio de prolongar la vida humana.
Los trabajos apenas han comenzado. Es demasiado pronto para hablar de resultados. Falta aún hacer un gran número de investigaciones, de observaciones, de razonamientos y de deducciones prácticas. Pero parece indudable que el único camino justo hacia una solución de este interesante problema científico consiste en un estudio del organismo humano bajo todos sus aspectos, desde el nacimiento hasta la edad más avanzada, gracias a los esfuerzos aunados de fisiólogos, de bioquímicos y de médicos, tal como ha sido emprendido por el Instituto de la Unión para la Medicina Experimental.
Este método abre nuevas y grandes posibilidades para la ciencia soviética.

Ahora, ¡basta de aprovechar la materia gris de los demás! Es tiempo de "extraer" nuevamente de la mía.
Así pues, diré que todo hombre ordinario, todo hombre que jamás ha "trabajado sobre sí mismo", tiene dos mundos; si se ha convertido en "candidato para otra vida", ya tiene tres mundos.
Pese al hecho que todo lector, sin excepción, después de haber leído la frase anterior, pensará sin duda que me he vuelto completamente loco, no por ello dejaré de desarrollar la consecuencia lógica de esta fórmula archi-extravagante.
Si desean ustedes realmente conocer la verdad, yo les voy a decir de qué se trata, y por qué enuncié tal *"absurdidad"*.
Ante todo hay que precisar que en el parloteo de los ocultistas de todas clases y de otros parásitos sin voluntad, cuando abordan temas espirituales no todo es enteramente falso.
Lo que ellos llaman "alma" existe en realidad, pero no todo hombre necesariamente la tiene.
El alma no nace con el hombre, ni puede florecer ni tomar forma en él, mientras su cuerpo no se haya desarrollado plenamente.
Este es un lujo que no puede aparecer ni alcanzar su realización sino durante el período de la "edad responsable", es decir, durante la madurez.
El alma también es materia, como el cuerpo físico -pero en este caso se trata de una materia "más fina"-.
La materia de la que está formada el alma, luego nutrida y perfeccionada, se elabora en el curso de los procesos que se efectúan entre las dos fuerzas esenciales sobre las cuales está

fundado el Universo entero.
Estas dos fuerzas, las únicas que por su acción pueden producir la materia de la cual se reviste el alma, son aquellas que la ciencia antigua llama el "bien" y el "mal", o "afirmación" y "negación", y que la ciencia contemporánea llama "impulsión" y "repulsión".
En la presencia general del hombre, las fuentes de estas dos fuerzas están constituidas por dos de las totalidades de funcionamiento de la psiquis general ya mencionadas.
Una coincide con aquella función cuyos factores provienen de los resultados de impresiones recibidas del exterior; la otra aparece como función cuyos factores surgen principalmente de los resultados del funcionamiento específico de los órganos determinados por la herencia.
Tanto en la presencia general del hombre, como en toda cosa en el Universo, ya una, ya la otra de estas totalidades de funcionamiento puede servir de fuente a una de las fuerzas requeridas para el proceso indicado.
Para este proceso, es indiferente discernir cuál de las dos es afirmativa y cuál negativa; lo que importa es que si una afirma, la otra niega.
La plena realización y la determinación precisa, en el hombre, de la totalidad de funcionamiento cuyos factores se constituyen a partir de las impresiones procedentes del exterior, se llama el "mundo exterior del hombre".
Y la plena realización de la otra totalidad, aquella cuyos factores surgen de las "experiencias" que tienen lugar automáticamente y de los reflejos del organismo -sobre todo de aquellos órganos cuya especificidad se transmite por herencia- se llama el "mundo interior del hombre".
Con relación a estos dos mundos, el hombre aparece en realidad como un simple *esclavo,* porque sus diversas percepciones y manifestaciones no pueden ser sino conformes a la calidad y la naturaleza de los factores de estas totalidades.
Está forzado, en relación con su mundo exterior tanto como con su mundo interior, a manifestarse obediente a las órdenes de cualquiera de los factores de una u otra totalidad.
No puede tener ninguna iniciativa propia, no es libre de querer o de no querer, sino que está obligado a ejecutar pasivamente tal o cual "resultado" proveniente de otros resultados exteriores o interiores.
Tal hombre, es decir un hombre que no tiene relaciones sino con dos mundos, no puede hacer nunca nada, por el contrario, todo se hace a través de él. En todo no es más que el instrumento ciego de los caprichos de sus mundos exterior e interior.
La ciencia esotérica más elevada llama a este hombre "el hombre entre comillas"; dicho de otra manera, se le llama "hombre" y al mismo tiempo no es un hombre.
No es un hombre como debiera serlo, por la razón que sus percepciones y sus manifestaciones no se desenvuelven según su propia iniciativa, sino que se efectúan ya sea bajo la influencia de causas accidentales, o de acuerdo con los funcionamientos conformes a las leyes de los dos mundos mencionados.
En el hombre "entre comillas", el "Yo" está ausente, y lo que está en su lugar y "desempeña su papel" es el factor de iniciativa proveniente de aquella de las dos totalidades descritas arriba en la cual reside el centro de gravedad de su estado general.
El "Yo" en el hombre verdadero representa aquella totalidad de funcionamiento de su psiquis general cuyos factores se originan de los resultados de la contemplación, o simplemente del contacto entre las dos primeras totalidades, es decir, entre los factores de su mundo interior y de su mundo exterior.
La totalidad de manifestación de esta tercera función de la psiquis general del hombre representa también un mundo por sí misma, pero se trata entonces del tercer mundo del hombre.
Así, este tercer mundo del hombre es, estrictamente hablando, como lo entendían las ciencias antiguas, el verdadero "mundo interior del hombre", por oposición al verdadero "mundo

exterior".
A esta tercera totalidad de funcionamiento distinto de la psiquis general del hombre la llamaré con el mismo nombre con que se la designaba en la antigüedad, a saber: "el mundo del hombre".
Según esta terminología, la psiquis general del hombre en su forma definitiva es considerada como el resultado de la conformidad a tres mundos independientes.
El primero es el mundo exterior, dicho de otra manera, todo lo que existe fuera de él, tanto aquello que puede ver y sentir, como aquello que permanece invisible e intangible para él.
El segundo es el mundo interior, dicho de otra manera, todos los procesos automáticos de su naturaleza y las repercusiones mecánicas de estos procesos.
El tercer mundo es su propio mundo, que no depende ni de su "mundo exterior" ni de su "mundo interior", es decir, independiente de los caprichos de los procesos que se desenvuelven en él, tanto como de las imperfecciones de los procesos que los desencadenan.
Un hombre que no posee su propio mundo no puede hacer nunca nada por iniciativa propia: todas sus acciones "se hacen" en él.
Sólo puede disponer de iniciativa propia para sus percepciones y manifestaciones el hombre en cuya presencia general se ha constituido, de manera autónoma e intencional, la totalidad de los factores necesarios para el funcionamiento de este tercer mundo.
De ahí que sea bien evidente que todo el secreto de la existencia humana reside en la diferencia de formación de los factores necesarios para estos tres funcionamientos, relativamente independientes, de su psiquis general.
Y ésta diferencia consiste solamente en que los factores de las dos primeras totalidades se constituyen por sí solos, conforme a las leyes, bajo el efecto de razones fortuitas que no dependen de ellos, mientras que los factores de la tercera totalidad se constituyen exclusivamente de manera intencional por una fusión de las funciones de las dos primeras.
Y es en este sentido en el que hay que entender la sentencia común a todas las antiguas enseñanzas religiosas según la cual "el hombre recibe de lo alto todas sus posibilidades".
Los factores necesarios a las tres totalidades se constituyen en el hombre, como toda cosa en el Universo entero, a partir de vibraciones correspondientes, ya sea que emanen directamente de su propia fuente o que se hayan cristalizado de antemano con miras a nuevos surgimientos, sobre la base de la segunda ley cósmica fundamental, llamada "Ley de Siete".
Con el fin de explicar en qué consisten las vibraciones de que acabo de hablar, puedo utilizar de inmediato, como ejemplo excelente, las causas del hecho de que hoy, dando prueba de una singular actitud interior hacia mí, se multipliquen mis numerosos enemigos, con quienes estoy ahora relacionado en todas partes.
Entre los diversos aspectos característicos de esta singular actitud interior de la multitud de mis enemigos, tomaremos uno solo para nuestra explicación. Helo aquí:
Por así decirlo, no hay ni uno solo de mis enemigos jurados que, en uno u otro de sus estados ordinarios, no esté dispuesto a "vender su alma por mí".
"¡Qué absurdo!" -pensará cada uno de mis lectores-. "¿Cómo es posible que un solo y mismo hombre pueda tener respecto a otro dos actitudes tan diametralmente opuestas?"
Sí, desde un punto de vista superficial, es absurdo -y sin embargo, así es en realidad-.
Este es un hecho irrefutable, un hecho que puede ser demostrado a voluntad en todos sus detalles, no solamente en el plano práctico -quiero decir de manera normal, accesible a todos- sino también científicamente, apoyándose en todos los "diagnósticos" de las diversas ramas de la ciencia oficial de nuestro tiempo, tales como la jurisprudencia, la química, la física, la medicina, etc., y, por lo que parece, el psicoanálisis mismo.
Por lo demás, nada es más fácil que hacer esta demostración, primero porque se pueden encontrar gratuitamente y por millares, tales temas de estudios, luego porque tales investigaciones -y esto es lo más importante-tienen como punto de partida un principio de

ahora en adelante establecido y formulado por mí de manera plenamente aceptable, para todas las categorías de sabios.
Este principio, científicamente indiscutible, lo he definido en estos términos:
"La agudeza de la contradicción que aparece entre dos acciones diametralmente opuestas es directamente proporcional a la duración de su encuentro".
Y así es realmente. Mientras más relaciones directas tiene alguien conmigo, más vigor muestra luego en las acciones diametralmente opuestas que manifiesta hacia mí.
Y esta combinación psicofísica, a primera vista increíble, que surge en las relaciones recíprocas de las personas, opera en general de la manera simple que voy a describir.
En primer lugar, hay que saber que en el universo entero toda concentración, cualquiera que sea la especie a la que pertenezca, posee la propiedad de irradiar.
Dado que en el hombre la formación de las tres totalidades de funcionamiento de su psiquis general se presenta como un surgimiento de resultados provenientes de fuentes diversas, cada una de ellas también posee entonces la propiedad de irradiar.
Tal como la irradiación de todas las concentraciones cósmicas consiste en vibraciones emitidas por una fuente correspondiente, de la misma manera las vibraciones que surgen de los procesos de cada una de estas totalidades de funcionamiento bien distintas que constituyen la psiquis general del hombre tienen una densidad y un grado de vivificación que les son propios.
Cuando hay contacto entre las radiaciones de diferentes concentraciones cósmicas, la fusión de las vibraciones se hace según su "afinidad"; de la misma manera, cuando las vibraciones emitidas por dos personas entran en contacto, se efectúa una fusión entre aquellas vibraciones que se corresponden.
Para explicar por analogía ciertas particularidades de la irradiación de una persona, tomaré como ejemplo las radiaciones emitidas por nuestra Tierra.
La irradiación general de la Tierra, cuya totalidad se manifiesta como atmósfera, comporta tres clases de vibraciones independientes, surgidas de procesos que se efectúan en el seno mismo de la Tierra entre los metales, los metaloides y los minerales.
La irradiación general de una persona también comporta tres clases independientes de vibraciones, teniendo cada una su propia calidad de vivificación.
Y así como las vibraciones heterogéneas emitidas por la Tierra encuentran en su expansión, según su grado de vivificación, límites bien definidos, de la misma manera los diferentes elementos de la irradiación general de una persona tienen también sus límites precisos.
Por ejemplo, mientras las vibraciones que surgen de un proceso de pensamiento activo pueden, según ciertas combinaciones conocidas, adquirir una fuerza de expansión que puede cubrir centenas o millares de kilómetros, las vibraciones emitidas por el proceso de sensación -por activa que sea- no podrían extenderse más allá de unos doscientos metros.
En el hombre, las tres clases de vibraciones encuentran sus fuentes en los tres procesos siguientes:
La primera clase de vibraciones nace en el proceso llamado "pensamiento activo", e incluso a veces, gracias a ciertas combinaciones conocidas, en el proceso de "pensamiento pasivo".
La segunda clase de vibraciones nace en el proceso llamado "sentimiento".
La tercera clase de vibraciones corresponde a la totalidad de los resultados procedentes del funcionamiento de todos los órganos del cuerpo físico -se las designa igualmente como "vibraciones de las funciones instintivas".
Las vibraciones emitidas por la totalidad de presencia de un hombre en estado de completo relajamiento constituyen por sí solas una atmósfera análoga al espectro de los colores, teniendo un límite de expansión determinado.
Y desde que un hombre se pone a pensar, a sentir o a moverse, esta atmósfera espectral se modifica, tanto en lo referente a su volumen de expansión como a la calidad de su presencia.

Mientras mayor es la intensidad de manifestación de uno u otro de los funcionamientos distintos de la psiquis general de un hombre, más se diferencia el espectro de su atmósfera.
Podríamos muy bien representarnos la combinación de las vibraciones heterogéneas surgidas de la irradiación general de diferentes personas en el curso de su existencia común si la comparáramos con el cuadro siguiente:
En una noche oscura, durante una violenta tempestad en el océano, la gente observa desde la orilla las oscilaciones de un grupo flotante de múltiples lámparas eléctricas de distintos colores, separadas por largos intervalos pero ligadas entre sí y en comunicación con las extremidades de dos cables.
A pesar de que estas lámparas de distintos colores reciben su corriente de una sola y misma fuente, como sus rayos atraviesan lugares en movimiento de naturaleza diversa, algunos de ellos se propagan a lo lejos, otros se modifican mutuamente al interpenetrarse, otros más son engullidos completamente, ya sea a mitad del camino o en el lugar mismo donde surgen.
Si dos personas se encuentran juntas, mientras más próximas estén una de otra, más íntima es la mezcla de sus atmósferas, y mejor se efectúa el contacto entre sus vibraciones específicas.
El contacto y la fusión de las vibraciones específicas surgidas de diferentes personas se producen mecánicamente, según su situación recíproca y las condiciones en que se encuentren.
Así, en las personas con las que entro en contacto, la formación de los factores psíquicos requeridos para la manifestación de actitudes hacia mí diametralmente opuestas debe inevitablemente efectuarse de la manera siguiente: